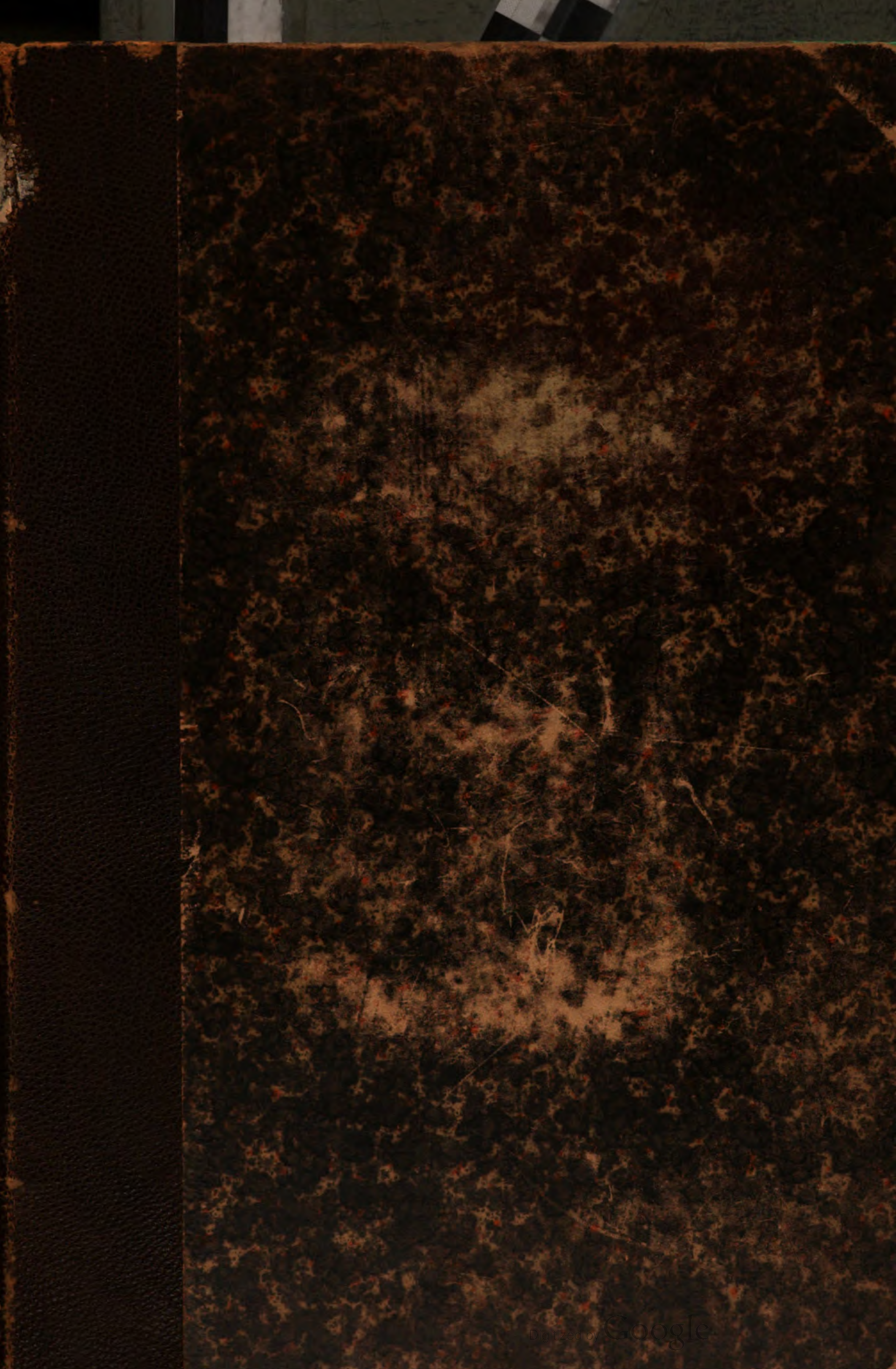
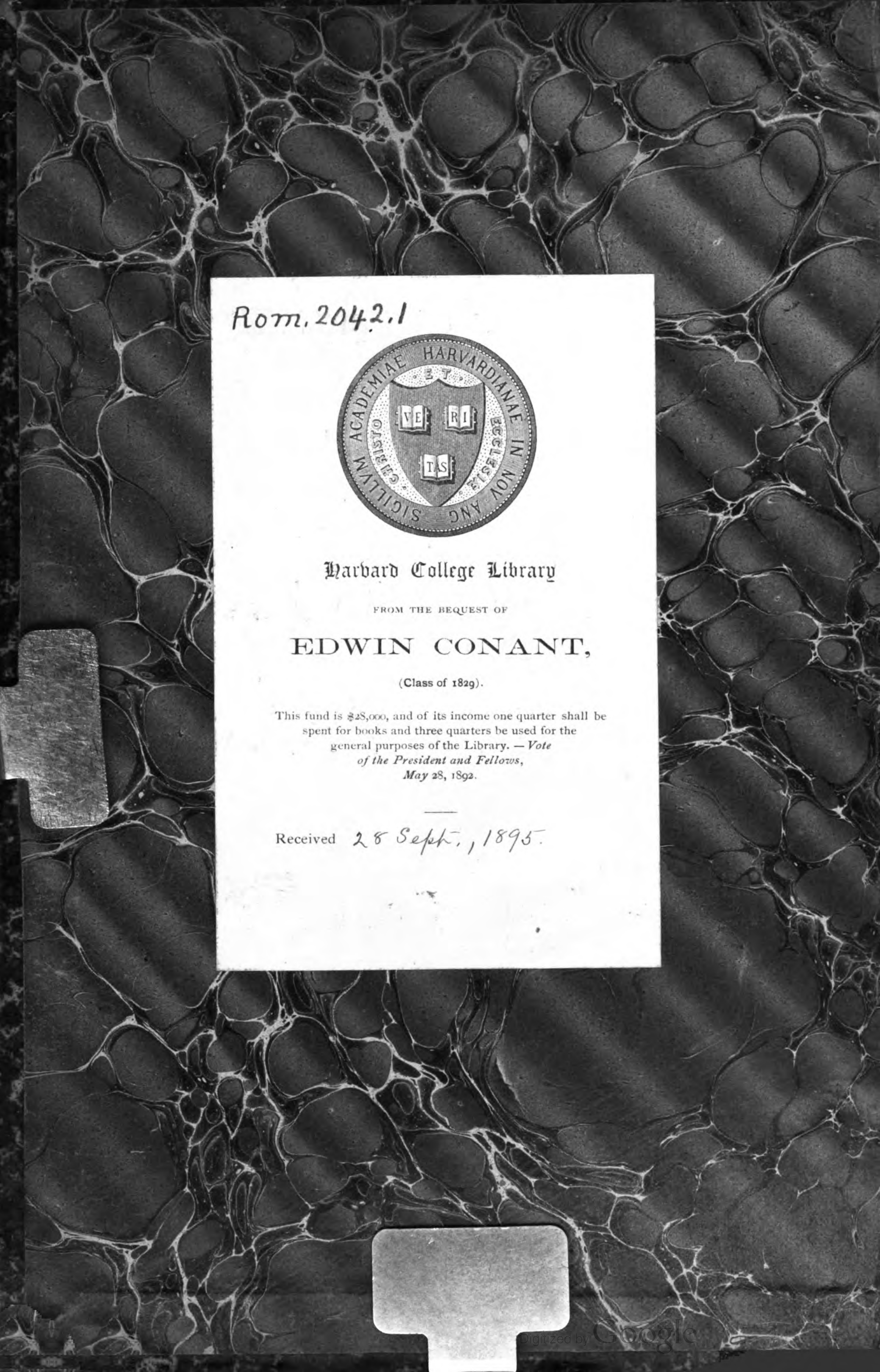
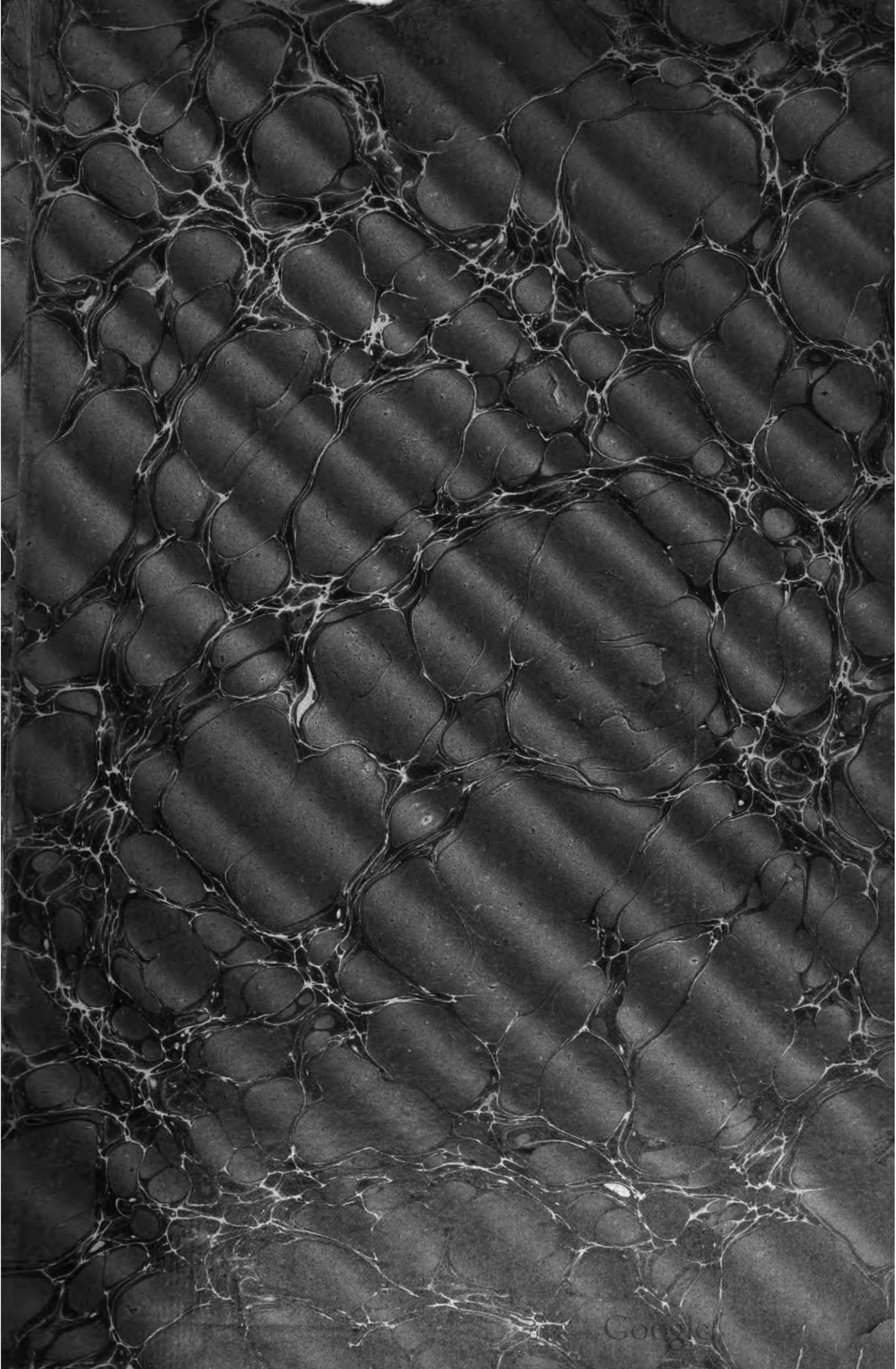



Rom. 2042.1
SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



EL RENACIMIENTO CLÁSICO

EN LA

LITERATURA CATALANA

POR

D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

DISCURSO

LEÍDO EN SU SOLEMNE RECEPCIÓN

EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

el día 17 de junio de 1889.



BARCELONA
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA
CALLE DEL NOTARIADO, NÚM. 9
1889

Señores académicos:

Costumbre es, hasta ahora casi nunca quebrantada, en estas solemnes fiestas de la ciencia, en quien viene ante su sagrado recinto á hacer profesión de fe de ella y á pronunciar el temeroso voto de consagrar á su servicio su vida entera, agotar las frases de gratitud y de obsequio en honor de los ilustres compañeros, las más veces sus maestros de ayer, que le han guiado y como llevado por la mano á ocupar uno de esos codiciados sitiales adornados con los laureles de la gloria, á los cuales por lo común se une la majestad augusta de los años. Sabios respetables, frentes inclinadas bajo el noble peso de sus méritos y de sus servicios, cuantos eminentes varones han alcanzado el favor altísimo de sentarse á vuestro lado, ninguno ha desdeñado cumplir con este deber, juzgándolo, y con razón, como sagrado tributo ofrecido al prestigio del saber y de la experiencia. ¡Con cuánto mayor motivo no tendría yo que extremar esas frases de afectuosa gratitud, si no temiera que á vuestros oídos sonaran á retóricos encarecimientos, y aún que despojarme de todo mérito literario que vuestra bondad pudiera atribuirme, cuando sin ninguno de los que dan derecho á penetrar en estos umbrales, me llamasteis á ellos, y hasta me considerasteis digno de compartir vuestras bien aprovechadas tareas, mucho

antes de que los votos de todos me otorgaran aptitud oficial para intentarlo!

Mas si me siento ahora como embarazado y perplejo, creyendo, y no sin causa, que no he de acertar á elegir las palabras que mejor expresen mi franca gratitud y más bien soliciten vuestra hidalga indulgencia, no he experimentado iguales dudas y desasosiego al tratar de escoger asunto que os fuera simpático, y que á la par correspondiese á los intentos de esta Academia y á mis particulares aficiones. Harto sé que nunca hallan vuestra atención indiferente los esfuerzos que se encaminen al esclarecimiento de la historia y de la literatura patrias; harto sé también que uno de los principales fines que señalaron sus esclarecidos fundadores á nuestra Academia fué el estudio de aquellos dos trascendentalísimos sujetos; y en cuanto á mí, á quien obligan además honrosas tradiciones de familia, no he hallado, ni cuento hallar en los días de mi vida, otros más atractivos á mi actividad y ansia de saber que los dos citados.

Por ello, pues, y para corresponder por mi parte, ya que no en lo cabal del desempeño, por la importancia é interés del tema, cuando menos, á lo que exigen de mí este acto y vuestra reconocida ilustración, he juzgado digno de uno y otra, presentar abocetado á grandes trazos el cuadro de las influencias greco-latinas en la literatura catalana, y en particular el del llamado renacimiento clásico.

Ningún fenómeno conozco en la historia literaria más indeterminado, más vario, más complejo y de más inadecuadas aplicaciones, ni más difícil de precisar en su rigurosa y doble acepción filosófica é histórica, que el que se designa con la palabra *Renacimiento*. Si no viniera aquí á tratar de él bajo un aspecto limitado y considerándole en un desarrollo histórico parcial, fuera deber mío procurar con mis flacas fuerzas dejar bien determinadas la multitud de concausas que lo produjeran, é indicar cómo comenzó en ciertos pueblos antes que en otros, por qué se manifestó en algunos órdenes de la actividad intelectual con desarrollo más ó menos prematuro, y por dónde ofreció diversos aspectos, según los elementos sociales y políticos, y hasta según los recuerdos é históricas tradiciones de cada nación. Entonces estuviera muy

en su lugar exponer los motivos á que debió el derecho romano su especial renovación en el siglo XIII, y cuáles los que hicieron que la filosofía griega, que en su forma aristotélica comenzó á avasallar las inteligencias en aquella sazón, bajo el peso de la autoridad del Estagirita, no desenvolviera todos sus aspectos hasta el siglo XV; y por último, tuviera que explicar también el despertamiento de la filología y de la erudición clásicas en ese mismo siglo, y la restauración completa en el siguiente de la vida intelectual, artística y política de Grecia y Roma.

Esa tendencia, nunca extinguida en los pueblos europeos en la Edad Media, hacia la renovación de la cultura clásica, si bien adquirió su expansión más poderosa y su forma crítica y literaria más brillante en el siglo XVI, llamado por antonomasia del Renacimiento, hablando en rigor filosófico, no renació entonces, porque nunca había muerto del todo la influencia civilizadora del saber clásico, latente unas veces, manifiesta otras, pero siempre continua y con graduales crecimientos, á pesar de aparentes retrocesos, como savia fecunda y vigorosa del organismo de los pueblos neo-latinos. ¿Y qué es la historia de la Edad Media, bajo el punto de vista literario, más que la lucha no interrumpida entre la civilización del mundo greco-romano y la del septentrional, entre el espíritu germánico y el latino, entre la majestad romana y la ignorancia bárbara, y qué hizo la misma Iglesia, al tomar parte en esa desigual lucha, sino decidir al fin con su poderoso prestigio el triunfo en favor del vencido clasicismo, acogiéndole entre sus brazos, colocando la púrpura y el cetro de los Césares bajo la égida de la tiara, y convirtiendo la moribunda lengua del Lacio en lengua de sus dogmas, de sus leyes, de su predicación y de sus pontífices?

Que entre el antiguo y el nuevo mundo no pudo haber, ni realmente ha habido, solución alguna de continuidad, excusado es que os lo demuestre, Señores académicos, porque en vuestra ilustración lo tenéis harto sabido. Por ello en la literatura catalana, como en todas, la sombra augusta de Roma llena la Edad Media y continúa velando sobre ella, como sobre los

demás pueblos que un día congregó alrededor de sus siete colinas. Díganlo, si no, los nombres de San Paciano, obispo de Barcelona; de Ascanio, arzobispo de Tarragona; el Cronicón bizantino de Juan Biclarense, y sobre todo los vivos fulgores de ciencia clásica que despide en las tinieblas del décimo siglo la modesta corte pirenáica de Borrell II. Allí, al par que se alzaban esas primitivas basílicas de Cuxá, de Besalú y de Bajes, donde el arte románico combinaba sus rudimentarios elementos con los destrozados del arte clásico, renacían las ciencias, gracias á los esfuerzos del famoso Attón y á la protección del Conde catalán. Próceres y sabios, gobernantes y hombres de clerecía, acudían á aquel ignorado centro donde el saber de Isidoro despedía sus últimos destellos, cual Usuardo y Gualtero ó el insigne Gerberto, elevado luego á la cátedra de Pedro con el nombre de Silvestre II, cuya ciencia fué tan extraordinaria, que la fantasía popular le convirtió en una especie de *Fausto* alemán, no pudiendo esplicársela de otra suerte que por demoníaco pacto.

Todavía poco más tarde de un siglo, y bajo el gobierno del inerte Berenguer Ramón I, duraba la estela luminosa dejada por la escuela de Ausona y representaban sus gloriosas tradiciones los dos Olivas, el obispo y el monje de Ripoll, casi uno de otro contemporáneos, mientras alcazaban en Barcelona singular renombre Bonfilio su prelado, y Renallo el gramático, apellidado el *Maestro*.

Con el mencionado Renallo, con los escasos fragmentos latinos de poesía popular histórica que se han salvado de la incuria de los siglos, como los cantos dedicados á Ramón Borrell III, á Ramón Berenguer IV, al valeroso abad Odón; con los himnos religiosos en loor de santos catalanes, y finalmente con el cantar latino del Cid, semi-clásico, semi-caballeresco, que, en sentir de Milá y Fontanals, hubo de ser compuesto en Cataluña, termina en esta región casi por completo el empleo poético popular de la lengua latina; y no decimos el literario, porque éste continuó largo tiempo y puede decirse que se prolongó hasta los comienzos del presente siglo.

Hay una época en nuestra historia, Señores, de más ó menos aparente solución de continuidad en la cultura litera-

ria, en la cual como que cesara de golpe y por completo la actividad del ingenio, presa de torpe marasmo ó más bien sumido en inactiva duda ante el problema de la elección entre las dos lenguas, dejada aparte la propia, ruda é imperfecta todavía, que se disputaban la supremacía del arte de la palabra: la latina decrépita y por el pueblo abandonada, y la convencional de los trovadores, por éste sin duda entendida pero no hablada. Y cuenta que tan larga inacción, cuyos límites señalan los extintos fulgores de la modesta corte de Borrell II y las maravillosas glorias del rey conquistador, no se acuerda con la actividad política de Cataluña, ni con la plena conciencia de su propia individualidad, hondamente sentida y expresada en la promulgación de los *Usatges*, afirmación de su fisonomía característica y nacional, antes que en otro pueblo ibero aquí realizada. A la verdad que hay algo de aparente y mucho de ignorancia de noticias de aquellas oscuras edades en esa esterilidad literaria; pero también debemos reconocer que algún hecho real debió contribuir á ella, y este hecho hemos de buscarle en el predominio de la cultura francesa, que sintió Cataluña tan hondamente como otras comarcas de Europa, y aun quizás mucho más que ellas.

En efecto: no era probable que, agregada nuestra patria por algún tiempo al Imperio carolongio cuando mayores y más espléndidos fueron los hazañosos hechos del César francés, y más fulgente el brillo de su Academia palatina, y unida más tarde en sus destinos políticos á Provenza, el vergel de la poesía medio-eval, dejase de participar del movimiento intelectual y de experimentar la supremacía de las dos culturas y de las dos Francias, la del Norte y la del Mediodía. Si la epopeya franca fué la verdaderamente nacional de Europa en la Edad Media, y si tuvo bastante fuerza para matar en Italia toda eflorescencia épica, á pesar de hablar una lengua más desemejante de la antigua francesa que la de *oc*, ¿cómo no suponer que había de serlo y de hacer otro tanto en un país como el nuestro, libertado por las armas carolingias y franco por su cultura, por su movimiento social, por muchas de sus instituciones, y hasta por la adopción de la escritura francesa, por la sustitución más temprana que en Castilla del rito romano por el gótico, por la cos-

tumbre de fechar según los reinados de los monarcas franceses y por la introducción en algunas comunidades de la vida canónica aquisgranense?

Mas llegó el siglo XIII, y con él la época en que nuestra literatura se hiciese independiente, alcanzando propia originalidad, sobre todo en los dominios de la prosa. Fué esto cuando tuvo nuestra lengua la fortuna inmensa de hallar un rey y héroe á la vez, conquistador de tres reinos, promulgador de fueros, fundador de Ordenes religiosas, capitán y escritor, que la tomó en sus brazos y la sentó en el solio que ocuparon antes la latina y la provenzal, que la ennobleció con su pluma y la hizo idioma de los monarcas, de la historia y de las leyes, mientras que con sus dedos de gigante ensanchaba y deslindaba los límites de su herencia más allá del Ebro y de los mares.

Difícil es buscar en esta era original y de esplendores de la civilización cristiana, como no sea en la ciencia del derecho, en la moral y en la filosofía, vestigios del saber clásico; y si alguna vez los hallamos en las poesías provenzales de los trovadores catalanes Guiraldo de Cabrera, que es el que más alusiones ofrece de las fábulas y de las materias épicas antiguas (1), y de Serveri de Gerona (2), y en el mismo nombre

---

(1) Su única composición conservada, dirigida al juglar Cabra, fué escrita en 1170 y debió ser considerada como un índice muy autorizado de los conocimientos necesarios al juglar. Entre los muchos asuntos que indica, se cita el del *setge que á Troja fon*, tal como le había popularizado el pseudo Dares. Además alude á otros asuntos clásicos.

Ni sabs d' Itis
Ni de Biblis
Ni de Caumus nulla faisson
De Piramús
Qui for los murs
Sofri per Tibes possion.
Ni de París, etc.
. . . .
Ja no sabrás
Ni de Tebas, ni de Catón, etc.

Se refiere también á la fábula de *Nersisec* ó de Narciso. (Vid. Milá y Fontanals, *De los trovadores en España*, Barcelona 1861, p. 274 y sig).

(2) Milá da noticia de una pequeña parte de las composiciones de este fecundísimo poeta. En ellas se leen escasísimas alusiones clásicas; pero es probable que las tengan en mayor número las muchas poesías que permanecen inéditas. En la que lleva el núm. 2 hay una alusión al *Alexandre* (Vid. *Trovadores*, p. 374):

Qu' *Alixandres, Oliviers nj Rotlans.*

En la poesía núm. 12 (*Ibidem*, p. 387) se cita á Aristóteles: *Si doc no y volch Aristotils errar.*

de *Dios de amor* que se dió á Ameneo de Escás, es con fisonomía tan caballeresca, tan vestidos á la usanza medio-eval, que se confunden con los asuntos bretones y carolingios, de cuyo colorido participan por completo.

Caracteriza principalmente la que pudiéramos denominar era literaria de D. Jaime I, primera de nuestras letras, el cultivo de la historia y de las ciencias morales,—géneros en los cuales había de sobresalir la prosa catalana,—y el intento de aquel monarca de encerrar la lengua, las leyes y el modo de ser político de Aragón en los estrechos límites de esta región, y de extender por el contrario á sus nuevas conquistas el espíritu de la civilización catalana y de su idioma, con cuya ayuda esperaba hacer nacer un día de aquéllas y de los restos de la despedazada nacionalidad de la lengua de *oc*, un estado poderoso que tuviera á Barcelona por capital y el Mediterráneo por la primera de sus provincias (1).

No se apartaron durante largo tiempo la historia y la didáctica de los senderos que les trazara la pluma del rey invencible; y así, mientras en aquélla resalta con toda su espontaneidad la ruda franqueza de nuestra raza y de nuestra lengua, la sencillez sin arte, la gráfica expresión que sin retóricos alardes alcanza pintorescos y brillantísimos efectos, en la segunda, aparte de su temple grave y utilitario, se transparentan con marcados trazos las huellas del simbolismo semítico, introducido en Castilla, en el reinado de Alfonso VII, por D. Raimundo arzobispo de Toledo.

A la cabeza de este notable movimiento simbólico marcha también el legendario monarca que llevó de frente todos los conocimientos y las energías de su época. El que no quiso permanecer indiferente á los halagos de la poesía trovadoresca que se amparó en su corte; el que arrancó los lauros de Herodoto para la historia patria, cuyo magnífico pedestal alzara como aquél á la historia griega, ¿cómo había de volver la espalda al avasallador influjo que desde las escuelas de Toledo amagaba derramarse por la Europa entera? El *Libre de la Sabiesa*, no hay que dudarlo, continúa el impulso debido

(1) *Jacme le Conquerant roi d'Aragon*, etc., par Ch. de Tourtoulon, segunda parte, p. 145.

á los esfuerzos de Fernando III y de Alfonso X, procede de los mismos orígenes de éstos y contiene igual fondo arábigo y judáico, sin que empezca este carácter de la obra á que se muestre la erudición escolástica y pagana que los llamados estudios generales y el clero, con mayor ó menor acierto, divulgaban por doquiera. En aquella informe compilación de sentencias que parece el matalotaje provisional de un trabajo todavía incompleto, los nombres de Salomón y de los Santos Padres se ven confusamente citados junto á los de Séneca, Sócrates y Aristóteles, y á los de Honain-ben-Ishak y otros moralistas orientales.

Extraño contraste ofrecen, sin embargo, los honores literarios tributados al saber arábico y rabínico con la ruda controversia anti—semítica que el mismo rey iniciara y con su protección alentaba, ora eligiendo al sabio Fr. Ramón Martí para examinar, en unión del obispo de Barcelona y San Ramón de Penyafort, los errores de los libros talmúdicos, ora promoviendo en su presencia disputas teológicas entre judíos y doctos religiosos; controversia que á la larga produjo una poderosa reacción contra la ciencia oriental en algunas de sus formas, en parte alguna más viva que en Cataluña, donde la representan á maravilla el incomparable *Puggio fidei*, de Martí, siglos más tarde aprovechado por Pascal, las gigantescas tentativas de Ramón Lull para abatir á duros golpes la filosofía arábigo-hispana, y las elocuentes predicaciones del apostol valenciano San Vicente Ferrer contra los judíos.

No se detiene en el siglo XIV, considerado por los historiadores todos como una época de retroceso en la historia de la Edad Media, antes continúa con vigor y fuerza grandes el desarrollo expansivo de la nacionalidad y de la ciencia catalanas. Díganlo, en cuanto á la primera, la legendaria epopeya de Oriente, los laureles de Córcega y Cerdeña, y la anexión de Sicilia y de Atenas; díganlo asimismo, en cuanto á la segunda, los nombres de aquellos tres grandes apóstoles del pensamiento, Ramón Lull, Arnaldo de Vilanova y Juan de Peratallada, que recorrían como los almogávares los mares y

las zonas y que, como éstos llevaban las barras hasta las cumbres del Monte Tauro, así hacían sentir ellos los acentos vigorosos del *pus bell catalanesch del mon* en las tostadas plazas de Túnez y Bugía, en la corte pontificia de Aviñón y en la de Sicilia y hasta cabe los muros de la tártara Moscou y de Viena; díganlo, por último, aquellos ilustres catalanes que brillan en la Universidad de París, emporio de la ciencia, ó que en ella explican con general aplauso, Francisco Bacó, por Tritemio apellidado el doctor sublime y místico, maestro de teología en aquellas aulas; Fr. Juan Bassols, el doctor *ordinatissimus*, el más amado de los discípulos de Scoto; Fr. Bernardo Oller, profesor de aquella famosa escuela; Fr. Francisco Martí, que la llamaba *madre suya;* Fr. Armengol Bernat, Guillém Rubió, Juan Ballester y otros y otros más, que dejaron en sus numerosas obras latinas abundante caudal y testimonio de su doctrina.

Ved, pues, si hay motivo para afirmar que el siglo décimocuarto es el áureo y clásico de la literatura y de la civilización catalanas; y así le llamo, no sólo por haber nacido en Cataluña sus más grandes escritores (1), sino porque en él florecieron los géneros que más fuertemente impreso llevan el sello de la nacionalidad y del carácter catalán: la historia y la didáctica. No busquemos en él más legítima poesía que la que, como encantador perfume, se escapa de las pintorescas frases de nuestra prosa; que nuestra lírica, por funesto hado, nació condenada á ser en su mayor parte académica y á seguir las pisadas de la musa provenzal, primero, y más tarde de la italiana, lo que estorbarle no pudo que produ-

---

(1) El artificial y estrecho provincialismo moderno, que ha matado la unidad de nuestra gloriosa raza, que todos debiéramos reconocer, como la reconocen los pueblos de abolengo portugués ó castellano, no teniendo á deshonra apellidarse tales, podrá tal vez oponer algún reparo á lo que en el texto se dice. Mas respecto de un nombre ilustre, que más se ha visto sometido á esa tortura del cantonalismo literario, nos apropiaremos las discretas frases de un crítico castellano, que protesta contra él, ya que de las nuestras pudiera decirse que adolecen del mismo mal que en los demás vituperamos. «Los mallorquines consideran á Lulio como uno de sus primeros poetas, y algunos catalanes le excluyen, como hizo el señor Amat, del catálogo de sus trovadores. Mariana dice: «Raimundo fué catalán de nación, nacido en la isla de Mallorca.» (Lib. XV, cap. 4.) En efecto, cuando Raimundo Lulio florece, no se había desarrollado aún ese espíritu de provincialismo que reclama y excluye hoy al filósofo y al poeta: *hijo de catalanes, ni en el espíritu, ni en la lengua, ni en las formas artísticas* se aparta de los poetas del Principado, si bien imprime el sello de su personalidad á todas las poesías que felizmente han salvado la oscuridad de los tiempos.» (J. Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*, t. IV, p. 114, nota.)

jera un lírico gigante, por ventura el más original y conocedor de los más misteriosos y ocultos pliegues del corazón humano. Ramón Lull y Muntaner son áridos é inaguantables cuando metrifican con la monótona cantinela de aquella lengua convencional y sujeta á inflexibles cánones; y en cambio, es poeta de veras cuando nos habla el primero de sus místicos arrobos, regalados con cantos de pájaros, con la esplendidez de cármenes y vergeles, con el murmullo de límpidas corrientes y aromas de primavera; y es poeta á la par del corazón el Jenofonte catalán cuando, sin arte alguno, nos cuenta las fantásticas aventuras de aquella odisea incomparable á los montes y campos de la Anatolia, ó el tiernísimo idilio de aquella otra más modesta que, con paternal cariño y legítimo orgullo de fidelísimo vasallo, realizó para llevar salvo á los brazos de la reina Esclaramunda su nieto esperado, el regio vástago del infante de Mallorca.

Los imperfectos vestigios clásicos de esta primera época se reducen á la mayor ó menor popularización por los *trouveras* y trovadores de las materias caballerescas de Alejandro, de Tebas, de Eneas y de Troya, y á la no interrumpida transmisión de la ciencia ética de Séneca, que llena la Edad Media, y en particular la cultura de España, gracias al aire moderno y casi cristiano que supo dar el filósofo pagano á las inspiraciones de la moral antigua. Tal vez representa la tradición senequista en lenguas romances antes que ningún otro, desde los tiempos de San Martín Dumiense, nuestro Fr. Lucas, obispo Auximense, de la Orden de predicadores, el cual dedicó al papa Clemente VI una obra de alguna extensión, donde muestra mucha copia de doctrina y erudición clásica, confusa compilación y exposición de todos los libros de Séneca, incluso sus tragedias, anegadas en comentarios (1).

También continuaba la literatura latina medio-eval vulgarizando en formas populares las obras de algunos clásicos á la sazón más en boga, y de ello ofrece curioso testimonio

(1) M. S. vitela que se hallaba antes en la llamada Biblioteca de San Juan, hoy universitaria, y tiene este epígrafe:
«Taula per alphabet de tots los libres de Séneca é la exposició de ell, feta per Fr. Lucas, Bisbe Auximensi del orde dels preycadors..... etc.»

una versión catalana del *Facetus* ovidiano, nombre de dos poemas latinos en exámetros y en dísticos, respectivamente, que se compusieron sobre el manoseado tema del *Ars amandi*; versión no servil, sino caprichosa y amplificada y que, manual escandaloso, con sus ribetes moralizadores, de cortesía mundana y de arte de amar, viene á representar en nuestras letras el ciclo abundantísimo de imitaciones de Ovidio en lengua vulgar (1).

Parece que la dominación de los catalanes en la tierra consagrada por los recuerdos del arte clásico había de influir inmediatamente, que no á la larga, en el conocimiento de éste, acaudalado en las mismas fuentes, y hasta en su vulgarización, beneficiando las letras con más eficaces resultados de los que hasta allí había podido experimentar.

No fué, sin embargo, así, y no hay por que maravillarnos de ello. Aparte del batallar incesante en que vivieran los soldados de la famosísima Compañía para mantenerse en tan hostiles y lejanas regiones, donde de continuo les cercaban poderosos enemigos, la situación política y social de la antigua Helade, en la cual la antorcha del saber clásico no despedía iguales fulgores que en Bizancio, heredera del cetro intelectual de la Atenas de Pericles y capital del helenismo medioeval, explican por completo que pisaran con ruda planta la morada de las Musas y de las Gracias, sin que los más pequeños favores de su hermosura gozaran. También estuvieron allí los franceses, y durante un período dos veces secular, y sin embargo no se anticipó por esta causa en Francia la alborada del Renacimiento.

¿Y que más os diré, Señores, sino que todos los pueblos neo—latinos vieron cara á cara las maravillas del arte griego, y le sorprendieron en su misma cuna, cubierto á las veces con bárbaros cendales, sin aprender nada de él ni de aquella inteligente raza, su fiel custodia, á quien miraban con doble desdén, como herética y vencida, hasta tal punto, que los tres cronistas más originales de aquella edad, Villehardouin, Mun-

(1) El entendido crítico francés A. Morel-Fatio, á quien tanto debe nuestra historia literaria, dió á conocer esta peregrina versión, con atinadas observaciones, en la *Romania* XV, p. 193 y siguientes.

taner y Marino Sanuto, escribieron sus inimitables crónicas, de sabor caballeresco y con ruda franqueza dictadas, después de haber pisado palmo á palmo el país de los clásicos recuerdos y de haberse sentado á la sombra del Partenón y de Santa Sofía?

Grecia no era entonces otra cosa que una nación occidental ó europea. La cuarta Cruzada había roto el vínculo que la unía al bizantinismo y enlazado sus destinos á la Europa católica y latina. Y en ella la cultura occidental desarrollóse con tal lozanía, que con no ser por su historia ni por su posición favorable á ella, se convirtió en una nación eminentemente francesa, pues Francia era en la Edad Media la genuína representante de la civilización europea y cristiana, y francés para los orientales, cual todavía ahora, equivalía lo mismo que á europeo.

¿Qué extraño, pues, que Muntaner, el fiel cantor de la heroica epopeya de todas nuestras conquistas, desde las de Mallorca y Valencia hasta las de Sicilia y Atenas, al pisar los campos de la Anatolia, las calles de Bizancio, las playas de la Tracia y Macedonia ó los montes de la Beocia, no ambicionara, como el padre de la historia griega, los favores de las nueve Musas, ni cual él les consagrara su libro de inimitable sencillez homérica; ni se acordara de Hector, ni de Aquiles, del Pórtico ó de la Academia, de las Termópilas ó de Salamina, de Píndaro ó de Homero, sino que llenara su corazón todo con amor intenso al *casal d' Aragó*, por cuya gloria combatía, y sólo tuviera piadosas memorias para los sitios donde el Cristianismo estampara sus huellas venerandas, narrando con crédula sencillez los milagros del maná de Efeso en la tumba de San Juan, ó de las manchas de sangre de los inocentes en el mar de Mármara? Digo mal, una vez sola, si no me es infiel mi memoria, vuelve su vista á la antigüedad clásica, al divisar desde Galipoli, y á la otra parte del mar, la tierra que por diez años consecutivos sintió el peso de las armas de los soldados de Grecia. Mas no esperéis oir la voz de Homero, sino el débil eco de las pseudo narraciones troyanas, al escuchar el candoroso relato del robo de Helena, hecho por el más ingenuo historiador de la época moderna. La edad antigua hermosamente adulterada por su pluma,

toma subido tinte caballeresco, y aquel pequeño cuadro en que se describe el famosísimo episodio clásico, se convierte en un retablo gótico, donde todo es medio-eval ó catalán, si queréis; los trajes, las fisonomías y las costumbres (1).

Sin embargo, no era posible que, no ya tradiciones, ni ruinas, ni lugares, ni el prestigio de lo pasado, sino un monumento perenne, viviente, de imponente grandeza, cual lo era la joya arquitectónica más incomparable que el genio de Grecia ha legado á los tiempos modernos, dejara de despertar respetuosa admiración en quienes gozaron de su contemplación diaria mucho más de medio siglo, aun cuando les supongamos, con harta razón, más dados al duro batallar que á gustar de las dulzuras del arte. Y así fué, en efecto; y en nuestro riquísimo Archivo ha permanecido hasta ahora oculto un documento encomiástico, de modesta forma, pero de valor inapreciable, como quiera que bajo una simple orden de alistamiento dispuesto por el Rey ceremonioso, para guarnecer con una cortísima compañía de ballesteros la Acrópolis de Atenas, se encierra un precioso testimonio de la cultura de nuestra raza, que lava por sí solo la fea nota de barbarie sobre ella por los griegos y muchos extranjeros arrojada. Confiesa el sabio Gregorovius, á quien comuniqué mi peregrino hallazgo, que no existe en escritor ni en documento alguno de aquella época, que tan bien conoce, otro tan notable elogio; elogio candoroso y expresivo, que estimaba aquella maravilla aûgusta como *la pus richa joya qui al mon sia e tal que entre tots los reys de cristians envides la porien fer semblant* (2); elogio que tiene la sencillez de crónica y el sabor grato de leyenda; elogio sorprendente en plena Edad Media, en que no se sentían con tanta pureza como en la moderna las delicadezas del arte clásico; elogio, en suma, que expresa mejor que todos los elocuentes encarecimientos de la crítica presente el religioso sentimiento de veneración artística que causó en los catalanes la vista total é intacta,—tal cual le dejaron las manos educadas á modelar

(1) Muntaner, *Crónica catalana*. Ed. citada. Cap. CCXIV.
(2) Arch. Cor. Arag. Reg. n.º 1268—fol. 126.

lo ideal de los artífices griegos,—del Partenón helénico, en quien por dicha no habían estampado su bárbara huella, todavía ni turcos, ni venecianos.

Fuerza es que nos detengamos en los umbrales del Renacimiento, cuya primera edad de oro asoma en Italia, y cuya alborada primera llega á estas costas orientales de España, antes que á las letras castellanas y portuguesas, en el último tercio de este siglo XIV, para dar una ojeada general al período que acabamos de atravesar y delinear á grandes rasgos. Por poco que le observemos, dos hechos han de atraer poderosamente nuestra atención: el primero de ellos, el carácter caballeresco y sincrético de la influencia clásica, la cual, supeditada por el vigoroso espíritu propio de la época y por la ignorancia que en ella domina, se hermana perfectamente con las tradiciones locales, donde quiera que las encuentra, por tal arte, que con razón pudo exclamar entonces el *trouvera* Juan de Bodel, en la *Chanson des Soissons*:

> Ne son que trois materes á nul homme entandent
> De France, de Bretagne et de Rome la grant.

A consecuencia de este hecho toda la cultura clásica toma un marcado tinte gótico, con algo de candorosa y á las veces de pueril imitación, que asemeja las obras por ella producidas á los retablos y miniaturas de la época, y las convierte en curioso fenómeno, digno de la atención y del estudio del erudito, que no por eso halla en ellas menos incólume ó más desfigurado el poderoso original espíritu que las inspirara. Para aquella civilización espontánea y acomodaticia á la par, donde se admitía ó plagiaba fácilmente todo sin escrúpulo alguno, Virgilio era un encantador y un nigromante, el genio de las leyendas, el símbolo de la ciencia del mundo antiguo, el poeta y cristiano que había predicho el nacimiento del Salvador; Ovidio, el maestro del amor y de los placeres, un galanteador cortesano, cuyo espíritu inspiraba los *Facetus* ó códigos de la seducción, la *Vetula* de Richard de Fournival, aparecía en el *Tesoretto* de Brunetto Latino y llenaba la gigantesca alegoría del *Roman de la Rose;* Dyctes y Dares los verdaderos narradores de la guerra troyana, y Homero un

falsario que desfiguró sucesos que no había presenciado; Quinto Curcio, el inspirador de los libros de caballería y el héroe macedonio, el dechado de perfectos caballeros, cuyas hazañas dieron asunto á numerosos poemas épicos y romancescos; Valerio Máximo, preferido por sus sabrosas anécdotas y útiles máximas, el principal historiador latino; Séneca, el moralista y filósofo cristiano, amigo de San Pablo y colocado al nivel de los Padres de la Iglesia por sus sanas enseñanzas; Donato y Prisciano, los gramáticos por excelencia; Boecio, á quien el clero veneraba como santo, el expositor de Aristóteles, que disputaba á Averroes el campo de la ciencia filosófica; Catón, el severo moralizador, cuyos pretendidos dísticos suplantaron al catecismo en las tiernas inteligencias infantiles; Estacio, el rival de Virgilio y el encarnizado duelo de los dos hermanos tebanos convertidos en barones feudales, interesaba tanto como las aventuras de Troya ó de Eneas á aquella sociedad semi-bárbara y profundamente cristiana.

En armonía con esa especial interpretación literaria de la antigüedad clásica se explicaba también su modo de ser, identificándole con las costumbres feudales, políticas y religiosas de la Edad Media. Las tradiciones troyanas aparecen en los cantos de los trovadores provenzales, en el *Roman de Troie* de Benoit de Saint-More, en la narración del mesinés Guido Columna, en el *Nobiliario* del conde portugués Dom Pedro, en las obras historiales de D. Alfonso *el Sabio* y hasta se confunden con las leyendas escandinavas de los pueblos del Norte. Los francos se consideraban de origen troyano, y del mismo abolengo gloriábase de descender la prosapia carolingia. Para los catalanes, la Acrópolis era el *Castell de Cetines;* Muntaner llamaba á Helena la esposa del *duch de Tenes* (Atenas); en la *romería* á Tenedos, al decir del cronista, acompañaban á Priamo cincuenta *caballeros*; los caudillos griegos se convierten en las páginas de nuestros escritores en *barons* ó *duchs;* Rocabertí, ya en los mejores días del Renacimiento catalán, apellida á Calchas *bisbe de Troya*, y no faltará una *Crónica troyana* portuguesa que dará á Eneas el dictado de *ricomen*. De tal suerte la Edad Media se negaba en cierto modo á sí propia, y adoraba el futuro Renacimiento

cuando buscaba en los recuerdos clásicos el fundamento de sus glorias, en el Imperio romano sus tendencias de unidad y en el derecho del Lacio la uniformidad de su constitución civil, el poder absoluto de los reyes y la muerte de los derechos feudales y forales.

El segundo de los hechos que resalta en el período recorrido de nuestra literatura, y que no cesa del todo con él, es, á no dudarlo, el predominio de la influencia francesa. De Francia puede decirse que derivan las corrientes poéticas, líricas y épicas, muchas de las narraciones caballerescas, de las leyendas agiográficas y casi toda la escasa cultura clásica de la época, si se exceptúan algunos pobres vestigios de ciencia isidoriana y el caudal de la moral senequista. Y no hemos de acudir á la extrema vecindad de aquella nación á nuestra patria, para explicar este influjo tan avasallador, pues otro tanto acaecía en otros pueblos latinos más alejados de ella. Más de una vez he indicado que Francia fué el centro de la civilización europea y cristiana en los siglos medios. Así como sus soldados constituyeron el poder temporal de los pontífices, arrebataron el Santo Sepulcro á los infieles y derrocaron el imperio de Bizancio, por igual suerte sus *trouveras* popularizaron las gestas de Carlomagno y sus trovadores crearon la poesía más original de la Edad Media. La universidad parisiense podía con orgullo apellidarse madre y centro de todas las de Europa, y allí se dieron cita los sabios más eminentes: Ramón Lull y Dante, el Arzobispo D. Rodrigo de Toledo, Brunetto Latino, Boccaccio y el Petrarca. Las obras de Jacques de Vitry, de Vicente de Beauvais (1), de Benoit de Saint-More, de Juan de Meung y Guillermo de Lorris, de Brunetto Latino, dé Richard de Fournival, de Haiton, de Lambert le Court, de Bonnet (2) y de muchos y

---

(1) Fr. Jaume Domenech, en tiempo de Pedro IV, y al decir de él por mandato de éste, escribió una compilación histórica tomada del *Speculum historiale*. Vid. Morel Fatio, *Catál. de manus. espag. de la Bib. nat.*, núm. 122, p. 41, y Villanueva, *Viaje literario*, t. IV, p. 141, y t. XVIII, p. 223

(2) Honoré Bonnet, *L'arbre des batailles*.

Versión catalana. Vid. Morel Fatio, *Manuscrits espagnols*. de la Bib. de París, núm. 103. El traductor se llama Llorens Exarch. (Vid. también el *Tirant lo Blanch*.)

Versión castellana de Antonio Zorita V. Nic. Ant. *Bibl. hisp. vet.* t. II. p. 210, nota, y Morel Fatio, núm. 103, op. cit.

muchos otros, que por no pecar de prolijo en este lugar no cito, tuvieran menor resonancia, á no haber nacido en Francia sus autores ó á no haber sido la lengua francesa el medio de expresión por ellos empleado, lengua que se hablaba á la sazón desde Atenas á Lisboa, y que era calificada por Martín Carrale como *la plus delitable á lire et á oir que nulle autre.*

Se acercan, sin embargo, los días en que este soberano influjo va á recibir rudo golpe, del cual no se levantarán las letras francesas hasta el reinado de Luis XIV, en que recobrarán el perdido cetro. Todas las naciones neolatinas se lo van tomando sucesivamente, cual si recordaran su antigua solidaridad, y en este siglo es Italia la que se alza con él, y la destinada por la Providencia á ser el centro de los estudios humanísticos y el primer foco del verdadero Renacimiento. Al clasicismo caballeresco y medioeval sucederá otro más erudito y profundo, que, no pagándose tanto de las materias como de las formas, preparará la renovación completa y el espíritu crítico del siglo décimosexto. Tres grandes nombres aparecen entonces que bastan por sí solos para constituir una edad de oro de la literatura italiana, más digna de atención, si se la compara con el estado de cultura intelectual en aquella sazón, que los dos brillantes siglos sucesivos: Dante, Petrarca y Boccaccio; los tres igualmente enamorados de la civilización clásica, pues si el primero toma por mentor y guía á Virgilio en su trilogia cristiana, no tuvo aquélla más celoso partidario y propagador de sus bellezas que el cantor de Laura, mientras se arruinaba el autor del *Decamerone* por su pasión por los libros griegos; todos ellos elegantes escritores en lengua latina, y maestros y creadores de la vulgar italiana; los tres tan grandes y originales en sus artísticos procedimientos, que se adelantan á su siglo, asombran á sus contemporáneos y producen una numerosa legión de imitadores reclutada en todos los países europeos.

Entre las naciones peninsulares Cataluña recibió la primera las semillas del Renacimiento italiano que las brisas del Mediterráneo llevaron á sus playas en el reinado de un monarca más grande que simpático, el célebre Pedro IV, diplomático y poeta, y si no historiador, promovedor de obras históricas y autor de un código singular de palacianas cere-

monias, donde moraliza y legisla á la par, descendiendo con minucioso cuidado á los más pequeños detalles del servicio de su casa.

A impulsos de la admiración que las musas de Italia despertaban, del amor á lo antiguo y de la protección real tomaban vuelo inusitado las letras patrias, la prosa se engalanaba con latinos arreos, y en la corte de los tres últimos soberanos de la casa de Barcelona, formando hermosa pléyade, brillaban nuestros más áureos prosistas de aquel siglo, doblemente dichoso para la lengua y la civilización catalanas; el castizo Francisco Eximenis, el elocuente Fr. Antonio Canals, el elegante Bernat Metge, el senequista Antonio Vilaragut, el historiador Descoll, el satírico Turmeda, el apóstol San Vicente Ferrer y el ingenuo Nicolás Pachs, que con su sencilla llaneza y con ser el más oscuro de estos ilustres nombres, compartió los favores de los monarcas y el fervor de todos por la erudición clásica. Nada más elocuente, para mostrar el vuelo que ésta llegó á alcanzar también por aquellos días, que la enumeración de las versiones del latín que en el espacio de medio siglo se hicieran, enumeración incompleta, pues no comprenderá más que las que han llegado á mi noticia; pero que fácilmente podrán completar los poseedores ó conocedores de recónditos tesoros bibliográficos.

No me detendré en el estudio de estas traducciones, algunas de ellas peregrinas y nada conocidas, porque semejante tarea, para ser hecha á perfección, requiere cierta prolijidad, impropia de un discurso de la índole del presente; y así me contentaré con deciros que las hubo de Valerio Máximo, una de ellas por Antonio Canals (1), que por desdicha

(1) Tengo noticia de los siguientes códices de esta conocida versión de Antonio Canals. I. El de París.—II. El que según Fuster pertenece al Excmo. señor marqués de Dos Aguas, que es un tomo en folio en vitela, el cual empieza por la tabla de los capítulos, siguiendo después las cartas del Cardenal al Consejo de Barcelona y de éste á aquél.—III. El de la Biblioteca Nacional de Madrid, citado por Gallardo.—IV. El que se custodia en el Archivo de las Casas Consistoriales de Barcelona.—El de París le describe detalladamente el señor Morel Fatio en su *Catalogue des Manuscrits espagnols de la Bibliothèque Nationale, première livraison*.—IV. *Histoire*. Núm. 126. En la clasificación de 1860 es el cód. X del fondo español. Letra del siglo xv. Tiene 172 hojas útiles. Hay en este ejemplar algunas lagunas.—Comienza: «Al molt reverend pare en Xpist e senyor meu molt alt lo senyor en Jacme per la providencia divina de la santa esglesia romana Cardenal Bisbe de Sabina e administrador del bisbat de Valencia frare Anthoni Canals, del orde dels frares

permanece inédita, á pesar de su mérito y de que los códices no escasean; de las *Heroidas* de Ovidio (1), y la que conozco notable bajo más de un concepto, sin más lunares que cierta afectación de lenguaje y rigidez de construcción, defectos que se observan en muchas otras versiones latinas de esta época; de Boecio, la más antigua sin duda, escrita antes de 1375 y dedicada al infante D. Jaime de Mallorca (2); de Cicerón, por Fr. Nicolás Quils (3); de las *Sentencias* de

predicadors, per vostra altesa licenciat en theología e fet lector de la Seu de Valentia, humil servidor indigne, etc.»

Hablando de Valerio dice: « ....lo qual es pelegrí e poch comunicat en lo regne Darago..... Perque yo á manament de vostra senyoría el tret de latí en nostra volguda *lengua materna valenciana* axi breu com he poscut, jassesia que altres lagen tret en *lengua catalana*..... etc.» Consta, pues, que hubo una ó más versiones de Valerio en catalán, mucho antes de que fuera traducido al castellano, es decir, desde mediados del siglo XIV.

(1) Entre los preciosos manuscritos en lengua catalana que posee nuestro distinguido amigo el entendido bibliófilo y correcto poeta D. Miguel Victoriano Amer, se cuenta esta curiosa traducción catalana de las *Heroidas* de Ovidio, una de las obras predilectas de los predecesores del Renacimiento. El Sr. Amer tuvo la galantería de poner á nuestra disposición esta curiosa obra, para que pudiéramos con más detenimiento examinarla. Forma un volumen de 86 hojas in-folio, sin nombre de traductor, escritas en papel antiguo. Cada *Heroida* empieza con una letra pintada á dos colores. A las 86 hojas siguen otras cuatro, la última de las cuales contiene tan sólo las siguientes palabras: *finito libro sit laus et glia. ipo. Amen.* En estas cuatro hojas en blanco parece que debía haberse copiado la *Heroida XXI*, ó sea la epístola de Saphe á Faón, única que falta. Según el citado señor Amer, la época de la traducción es el siglo XIV.

El malogrado D. Andrés Balaguer y Merino publicó en 1875, en la *Renaixensa*, año V núm. 14, un fragmento de otro códice de esta misma traducción. Es la *IV Heroida* en su primera mitad.

(2) En la pág. 395 de la *Colección de documentos inéditos del Archivo general*, tomo XIII (*Documentos literarios en antigua lengua catalana*. Siglos XIV y XV), Barcelona: 1867; se encuentra una traducción incompleta de Boecio. Es un códice del monasterio de Ripoll, titulado *Vida y milagros de Santos*, núm. 113, folio 141.—El colector la cree de mediados del siglo XIV. La versión de Boecio publicada en esta colección, es una de tantas reproducciones de la atribuída á Ginebreda, impresa más tarde con particular esmero en la correcta *Biblioteca catalana* que comenzó hace mucho tiempo D. Mariano Aguiló. El códice dado á luz por éste se conserva en la actual Biblioteca universitaria de Barcelona (antes de San Juan), y llevaba en el antiguo catálogo la numeración siguiente: Cod. 2-2-23-Boeci. Es del siglo XV, en papel á dos columnas. Fué obra de gran circulación en su época. De ella se sacó una traducción castellana, de que se hicieron reimpresiones en Barcelona (1493), Sevilla (1497), etc. La primera es de Tolosa de Francia (1488), por Enrique Mayer. De su autor trataremos más extensamente el día en que publiquemos nuestros *Apuntes bibliográficos sobre traductores clásicos catalanes*. En lo que no cabe duda es en que debió escribirse antes de 1375, fecha de la muerte de D. Jaime, infante de Aragón, hijo de don Jaime II, último rey de Mallorca, titulado rey de esta isla y príncipe de Acaya, pues le está dedicada.

(3) En la Biblioteca Nacional se guardaba antes de 1868 un códice fol. vitela (B-b-101) que contenía una versión catalana de los *Oficios* de Cicerón, hecha por Fr. Antonio Quils. Digo que se guardaba, porque según noticia comunicada por mi docto amigo D. Rodolfo Beer, dicho códice falta en ella desde antes de aquella fecha, en la cual fué advertida la sustracción por D. Cayetano Rossell. Gallardo, que da de él noticia, dice que es del siglo XIV. Torres Amat también se refiere exactamente á este códice. Villanueva (*Viaje lit.* etc., tom. XVIII, p. 270) habla de otro que se hallaba en el Archivo del Palau, y hace de él una detallada descripción. Por último, mi erudito amigo D. Gabriel Llabrés, en un proyecto de una *Nueva biblioteca clásica catalana*, se refiere á otro códice distinto, aunque no significa dónde lo ha visto, de la obra de Quils, dedicada al honorable ciudadano de Bar-

Séneca, de la que no hablaré aquí porque fué su autor Fr. Lucas ya citado antes de ahora; de las *Tragedias* del mismo escritor pagano, que por vez primera fueron revestidas en España en vulgar lenguaje, por el caballero valenciano Mosén Antonio Vilaragut (1), y por último, aunque no lo sean de obras verdaderamente clásicas, creo no deber omitir en este lugar la versión de la *Crónica troyana* de Columna, hecha en 1367 por el protonotario de Pedro IV, Jaime Co-

---

celona Francesch de Colominas. La versión de Quils gozó de muy buen predicamiento en su época y en tiempos posteriores, como claramente lo indica el elogio que de ella hizo otro traductor de Cicerón en lengua catalana, á saber. Micer Ferrando Valentí de Palma, de quien se ha de hacer particular mención en este trabajo.

(1) No he podido adquirir más noticias de este escritor fuera de las pocas que da D. Justo Pastor Fuster, en su *Biblioteca valenciana*. Vilaragut fué un caballero valenciano, á quien, al decir de Escolano, el rey D. Juan I de Aragón hizo su mayordomo y agració por sus servicios con la merced de la baronía de Dos Aguas, en privilegio dado en Monzón á 11 de septiembre de 1388.—Tradujo al catalán y dedicó á dicho rey las diez tragedias de Séneca, de las cuales sólo pudo ver Fuster la primera, que es *Hércules y Medea*, manuscrito en fol. de letra del siglo XIV. Este códice seguramente contenía las nueve restantes tragedias, porque además del argumento de la primera, que no tiene frontis, (*la primera tragedia conté lo gran furor de Ercules)*, siguen los argumentos de las restantes por el siguiente orden: la segunda, *Thiestes é Atreu;* la tercera, *Thebans*; la cuarta. *Ipolit*; la quinta, *Edipo*; la sexta, *Troas*; la séptima, *Medea*; la octava, *Agamenón*; la novena, *Ortonia* (sic); la décima, *Ercules Octheon, axi anomenat per la selva Otheu, en la cual mori.*

De esta versión de Vilaragut, que alcanzaría gran resonancia por el momento en que apareció, ya que ella fué el primer ensayo de aclimatacion del teatro clásico en lengua vulgar en España, se harían bastantes reproducciones, según lo indican los códices existentes. La Biblioteca Nacional de Madrid guarda uno (M. S.-25), que contiene íntegras la *Medea*, el *Thiestes* y las *Troyanas*, y sólo en extracto las demás (con alguna extensión el *Hipólito*). Llama á las escenas *capítols*. Tiene este códice 132 fol. Empieza así: *Seguexense los prohemis de les tragedies de Senecha e son dites tregedies per ço com contenen dictats plorosos de crueltats de reys he de grans princeps.* De esta debió tomarse la traducción castellana que está en el códice T.—131, de la misma Biblioteca, de la cual habla Gallardo. Este escritor cita otro códice del Escorial (marca 5. 11. 12), que es también reproducción castellana de la atribuída á Vilaragut.

Mi amigo D. Gabriel Llabrés, mallorquín entusiasta de nuestra lengua y literatura, vió ó guarda en su poder otro códice de la versión anterior de Séneca, de la cual tuvo la amabilidad de comunicarme los prólogos. El primero comienza así: «La primera tragedia conté lo gran furor de Ercules, lo qual pres en lo sacriffici que ffeu de Litus, qui perseguia sa muller Megera. E per ço que aquesta tragedia pus ffacilment sia entesa devem en loch de argument pressupondre que Ercules ffou fill de Almena, en altra manera dita Altimena muller del rey Anfitrion, de la qual segons ffenyen los poetas que Jupiter deu del cel ffou fill de Saturnus hach aquest fill ço es Ercules, lo qual Juno deessa germana e muller del dit Jupiter com hagués etc.....»

Después de escrito este trabajo, he tenido ocasión de leer el catálogo de *Manuscritos Catalanes de la Biblioteca de S. M.*, redactado por el erudito y joven bibliófilo Sr. Massó y Torrents, y en él he visto que se guarda en dicha Biblioteca otro códice de Vilaragut (2. Ll. I. Fol. papel; Siglo XIV) El fragmento de la primera tragedia que transcribe el señor Massó coincide completamente con el antes inserto, que me copió el Sr. Llabrés. Hállanse en la misma Biblioteca las *Regles de Amor y parlament de un hom y de una fembra fetes per M. Domingo Marco* (sic), etc. (Vid. lo que sobre esta obra y la dudosa *Tragedia, L'hom enamorat e la fembra satisfeta*, dice el Sr. D. Francisco Danvila, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tom. XIII.—Cuaderno VI. Dbre. 1888.)

Además Salvá tuvo á la venta en Londres (Catálogo 1826) un manuscrito con algunas de las tragedias de Vilaragut, que según parece posee el citado Sr. Danvila.

nesa (1), ni la de los famosos *Morales* y *Diálogos* de San Gregorio, debida al caballero Bernardo Oller de Gerona.

El poder real amparaba el humanismo y compartía el entusiasmo de los eruditos por las obras clásicas y las históricas, así como descendía hasta el palenque de las justas poéticas. En el rey D. Pedro del *Punyalet* comienza á dibujarse este doble carácter de Mecenas y escritor, como quiera que poeta era el mismo monarca y algunos de sus cortesanos, y en su tiempo se redactaron gran parte de los tratados que fueron códigos luego del arte de trovar. Mas suben de punto el entusiasmo por la Gaya Ciencia y por lo clásico é italiano, que se daban amigablemente la mano—así como más tarde, en el apogeo de la erudición latina, se oían con gusto los cantos de los trovadores y leíanse con verdadero frenesí las ficciones caballerescas—en el reinado de D. Juan I, á quien rodean los más famosos escritores de aquel tiempo. Así Bernat Metge fué su cortesano y secretario de la reina; Mosén Antonio Vilaragut, su mayordomo; Nicolao Pachs, su alguacil; Domingo Mascó, su vice canciller; Bernat Descoll, su lugarteniente de maestre racional; Pedro Dartes,—el primer protector palaciego de Eximenis, que después los halló también en los reyes,—su maestre racional, y bajo los auspicios de la reina D.ª Violante, la dedicaba Antonio Canals su *Libre de la confessió*.

Ocupaban por completo la atención de aquel rey galante y fastuoso, amador de toda gentileza y más dado á las artes de la paz que de la guerra, la poesía, los libros, la música y la caza (2), y le secundaba á maravilla la de Bar, su tercera esposa, que festejaba á músicos y juglares y sentía por los

(1) Se conocen muchos códices de esta versión catalana, de una obra que tan en boga estuvo en la Edad Media.

Citaré los siguientes: M. S Bibl. Nacional. E. c. 68.—Cód. de la antigua Biblioteca del duque de Osuna (V. Amador de los Ríos. *Hist. crítica de la lit. esp.*, t. IV, p. 349. nota).—D. José Ametller, de Gerona, posee otro cód. de letra, al parecer, del siglo XIV.—M. S. de D. Pablo Gil, y Gil de Zaragoza, citado por D. Manuel Milá, *Notes sur trois manuscrits*, nota p. 1.ª—El Sr. Llabrés anuncia en su prospecto de su *Nueva Biblioteca clásica*, la publicación de otro códice de la misma versión distinto de los anteriores.—En los inventarios de las Bibliotecas del rey D. Martín y del príncipe de Viana, se hallan citados M. S. de esta popular obra, y lo mismo en varios documentos del Archivo de la Corona de Aragón.

(2) Bernat Metge hablando en su *Somni* de la visión donde el mismo rey se le aparece, le representa rodeado de perros y llevando en la mano una *rota* (instrumento musical)

libros igual pasión. Si por un lado rescataba D. Juan por 25 florines de oro un Valerio Máximo (1), por otro manifestaba la reina vivas ansias de leer las *Crónicas troyanas* (2); y á los dos consortes interesaban más, por ejemplo, las obras de Vegecio, el *Flos sanctorum*, las profecías de Merlín, los tratados de nigromancia que, pensionado para ello, buscaba el judío Cresques por todas partes, los libros históricos ó los de árabes y judíos (3), que las guerras de Cerdeña ó los intereses de sus gobernados (4).

No hay duda que D. Juan es el Augusto de la civilización catalana; su reinado constituye la edad de oro de sus letras; su corte la más esplendorosa de los monarcas aragoneses; sus cortesanos son nuestros más eximios escritores. El día que el *Somni* de Bernat Metge, joya de la prosa catalana, salga de la injusta oscuridad en que ha vivido, (5) aparecerá la figura de aquel gran rey como una de las más simpáticas de nuestra historia, como el primer monarca que en nuestra patria sintió el espíritu del Renacimiento, y como el primer protector en ella de toda suerte de liberales disciplinas. No tenemos que envidiar á Italia sus Gonzaga, Médicis y Visconti, ni sus cortes de Nápoles, de Milán, de Florencia y de Roma, pues las tuvo también Barcelona, la reina del Mediterráneo y la más culta de sus ciudades, en la galante aca-

---

(1) Arch. Cor. Arag. Reg. 1952. fol. 52 vuelto, citado por D. Antonio de Bofarull, en la página 21 de su erudito y bien pensado discurso *La lengua catalana considerada históricamente*.

(2) Ibidem. Reg. 1956, fol. 62 vuelto, citado por D. Francisco de Bofarull en una curiosa colección de cartas ineditas de este reinado, publicadas en la *Revista histórica*. 1876.

(3) Vid. la colección de cartas á que se hace en la anterior nota referencia. *Revista histórica*. 1876, F. de Bofarull.—En lo *Somni* de Bernat Metge se supone al rey muy enterado en la filosofía árabe. «Encara resta dix ell (es decir. D. Juan I) quet diga que creen los Sarracens sobre la dita inmortalitat e los dits e autoritats que han.»—Bernat le recuerda que alguna vez le prestó el *Alcorán*. «Vos me prestás algunes de vegades lalcora. etc.»

(4) No he de repetir aquí que esta época es también la de la institución del consistorio del Gay Saber en Barcelona, para la cual promulgaba el rey D Juan un famoso privilegio de notable sabor escolástico. Pero no estará de más añadir que uno de los fundadores de aquella más brillante que sólida institución. de donde arranca el carácter academico de nuestra escuela poética. Luis de Aversó. el más independiente de sus preceptistas. se presenta influído ya por las retóricas clásicas, principalmente cuando habla de la invención, á pesar de seguir como todos las huellas de Ramón Vidal, y á veces las *Leys d' Amor*.

Marcelino Menéndez y Pelayo. *Historia de las ideas estéticas en España*. tomo I. p. 426.

(5) Después de escritas estas líneas hemos sabido que el inteligente catalanista balear, residente en París, Sr. Guardia, va á publicar dentro de poco esta interesantísima obra, uno de los tratados filosóficos más originales escritos en catalán, acompañada de la traducción francesa, de las notas necesarias y de una introducción general sobre la literatura catalana.

demia palatina del amador de toda gentileza, verdadera corte de amor, como las del mediodía de Francia en el siglo XIII ó la de Nápoles del rey Roberto en aquella misma época.

Muy grande debió de ser su doctrina, y con ella su fama, cuando aquel su íntimo familiar, Bernat Metge, le juzga digno de resolver un arduo problema filosófico, y le presenta lleno de profundo saber, conocedor de la antigüedad sagrada y profana, docto en la ciencia oriental, especialmente adornado de erudición clásica, versado en los escritores italianos y, al par de estas cualidades, dotado de un espíritu generoso y tolerante que recuerda la libertad intelectual del Renacimiento.

En este reinado y en el de D. Martín I, en que se continúa la tradición literaria con igual brillo, representan en toda su fuerza las nuevas tendencias, que se dejan sentir aquí mucho antes que en Castilla, los ya citados Bernat Metge y Fr. Antonio Canals, los dos verdaderos y primeros *renacientes* de la literatura catalana, si bien no con un carácter tan humanista como en Italia, pues ni hubo aquí en el siglo XIV verdaderos conocedores de los secretos de la lengua latina, hasta el punto de manejarla indistintamente con igual perfección que la vulgar, como Dante, Petrarca y Boccaccio, ni eruditos tan conspicuos como estos mismos escritores, ni siquiera como los que tuvo Francia en el benedictino Pedro Bercheure y en Nicolás Oresme.

Pero del espíritu del Renacimiento bien penetrados estaban los nuestros, y sobre todos ellos Bernat Metge. Modelaban nuestra lengua con una perfección y soltura que son hoy nuestra admiración, y á la vez motivo de desconsuelo, al considerar cómo hayamos podido perder hasta tal punto el secreto de aquella elegancia, de aquella sencillez, de aquella riqueza, Ni siquiera cuando traducían del latín se mostraban atados como los eruditos castellanos de la corte de D. Juan II ó los catalanes de medio siglo más tarde; pongo por caso, Alegre, Fenollet, Corella y otros.

La literatura que posee una obra tan acabada como el *Somni* del familiar del rey D. Juan, es digna de sentarse al lado de la italiana y de la castellana en su más afortunada edad de oro. Una vez leída aquélla, que me atreveré á calificar de

reina de los diálogos de nuestra lengua, adornada con atica ó ciceroniana elegancia, y la discreta y correcta versión de la sentida historia de Walter y Griselda, no habrá nadie que no proclame á Bernat Metge como muy excelente entre nuestros filósofos, como maestro entre nuestros hablistas y como uno de los que bebieron con más entusiasmo en las corrientes de renovación literaria; así como nadie habrá que no tenga ambas composiciones como dos joyas de nuestras letras, con las cuales se honrarán éstas mientras su vida se dilate, y en cuyas páginas irán á sorprender los venideros los recónditos y perdidos encantos de nuestra infortunada lengua, el día que Dios aplace, que vaya á dormir el sueño de la muerte y del olvido junto á su gloriosa madre.

En esta rápida excursión que hacemos por nuestra historia literaria, no caben más que abocetados cuadros y ligeras indicaciones. Con harto sentimiento, pues, me veré privado del gusto de discurrir largamente sobre aquella peregrina concepción, limitándome á señalar las influencias principales que en ella se notan. Trabajo árido y antipoético en una obra que se lee de punta á cabo con sin igual complacencia, que no se suelta de las manos sino á la fuerza, y que interesa, deleita, regocija y admira como pocas, sobre todo en aquel período en que las letras, por lo común, no habían encontrado todavía el secreto de la amenidad.

La huella clásica es lo que primero en el *Somni* se observa. No negaré por eso que mucha de su erudición sea de segunda mano. Aunque no los mencione siempre, se ve allí la sombra de las obras latinas de Boccaccio y de Petrarca y el fondo clásico popular de la época. En las citas de autores paganos hay, con todo, mayor novedad que en otros contemporáneos, y ya no se hallan allí recordadas las autoridades en larga retahila sin orden ni concierto, confusamente amalgamadas, y como sacadas de un fondo por todos explotado, como lo solían hacer nuestros eruditos, desde Serverí de Gerona hasta Nicolás Pachs y Eximenis. El mismo escritor, por boca de D. Juan I, hace alarde de sus conocimientos clásicos, cuando, después de probar la inmortalidad del alma, con citas entonces no muy comunes de filósofos griegos, como Zenón, Empédocles, Platón, Aristóteles y otros, dice que no quiere detenerse en Vir-

gilio, Séneca, Ovidio, Horacio, Lucano, Estacio, Juvenal y muchos otros, porque le son demasiado conocidos (1). El bello episódio de Eurídice y Orfeo denota que se había recreado en Virgilio y en las fábulas ovidianas, y de su entusiasmo por Ovidio, por todos los testimonios que citar pudiera, valdrá aquel pasaje de la carta-prólogo que escribió para D.ª Isabel de Guimerá, donde confiesa con amor aquel especial culto (2).

El hombre del Renacimiento está pintado de cuerpo entero, no sólo en estas alusiones y en su veneración por las antiguas letras, tantas veces declarado: revélanle, más que todo, la admiración que siente por aquellos tres ilustres italianos del siglo XIV, de cuyas huellas no sabe apartarse; revélanle asimismo sus propias costumbres, su espíritu y su atildado estilo de casta sencillez. Hasta el epicurismo que echa en cara el rey amador de la gentileza á su amado cortesano y el materialismo de que éste desembozadamente hace gala, recuerdan á Boccaccio, el gran epicúreo del Renacimiento, cuyas tres únicas divinidades fueron la sabiduría, la riqueza y el amor, y hacen presentir el desenfado casi herético de los futuros hombres del segundo Renacimiento italiano. Y para que la semejanza fuese más completa, Bernat Metge vivió también en la corte de D. Juan I, en íntima comunicación con él, como Boccaccio en la del rey Roberto de Nápoles.

Sus elogios de las heroínas de la antigüedad clásica se los sugirió, sin duda, el libro de *De claris mulieribus* y el de *Casibus virorum et feminarum ilustrium*, del autor del *Decamerone*, asi como en la pintura recargada, crudamente realista, de sabor satírico y de carácter en demasía libre de los

---

(1) «De Virgili, Senecha, Ovidi, Oraci, Lucha, Staci, Juvenal e molts altres poetes te dirie ço quen han scrit. Mas tu has aquells tant familiars que no seria als sino empenyer ab la ma la nau que ha bon vent.»—Para mi estudio. me he valido del códice, al parecer, del siglo XV, que se guarda en la *Biblioteca Universitaria*, bajo el tít. *M.s. s. varios catalanes de diversos*, y la antigua numeración, Arm. II.-III.-2. Este códice contiene, además, el *Rahonament fet entre Scipió affricà e Anibal*. de Canals; un tratado de la *Creació del hom e del anima;* otro titulado *Del retornament de la anima ó sprit de Guido de Corvo, qui era mort en laciutat de Bolunya e de les demandes que li foren fetes*, y la *Historia de Walter e de la pacient Griselda*. del mismo Bernat Metge.

(2) «Car diu lo mestre de amor Ovidi en les obres del qual en temps que yo amava me solia molt delitar.....» Vid. la magnífica edición de la *Historia de Walter e de la pacient Griselda*, publicada por mi docto amigo D. Mariano Aguiló en su *Biblioteca de obretes singulars del bon temps de nostra lengua materna*, Barcelona, Lib. de A. Verdaguer. 1883.

vicios, costumbres y malas artes de las mujeres, se transparentan al punto al despechado amante italiano y las desnudeces de su escandaloso *Corbaccio*.

Por otro lado, es dantesca la bella aparición del rey don Juan I, que tan aficionado había sido á la caza, á la música y á las artes ocultas de adivinación, teniendo á sus lados á Orfeo, con una *rota* ó lira en la mano, y á Tiresias, el ciego adivino tebano, y rodeado de «molts falcons e astors e cans de diverses natures que cridaven e udolaven fort lejamen»; así como dantesca es también la detallada descripción, á la manera clásica, de los tormentos de los condenados y del infierno, mezclada con las creencias cristianas, que pone en boca del mismo Orfeo en el libro III. Y para que nada se eche á menos en el *Somni,* de gusto italiano, y para que resulte expresión completa de su primer Renacimiento, acabada síntesis de su espíritu y de sus tendencias, se invoca también en él en su libro II, la autoridad del Petrarca en el tratado *De remediis utriusque fortunæ*, y se alude en el primero al *Africa* de aquel inmortal escritor, del cual hace además grandes elogios y se muestra particular admirador en su traducción de la historia de Walter y Griselda (1).

Petrarquista también, y asombrado por el triunfo inaudito que á mitad de este siglo alcanzara el *Africa* del cantor de Laura, poema latino que le valió una serie continua de ovaciones, desde París á Nápoles, los honores de una coronación solemne y semi-pagana, y la admiración, rayana en el delirio, de sus contemporáneos, Fr. Antonio Canals se apresuró á andar tras la estela luminosa de la gloria de aquel inspirado poeta, y pocos años después de la muerte de éste escribía el *Parlament de Scipió e de Anibal*, sacado del olvido por esta docta Academia (2), obra en la cual se entrelazan

---

(1) Vid. Ed. citada de D. Mariano Aguiló.

(2) Villanueva (op. cit., p. 241) dió cuenta de esta interesante obra de Canals, la cual dice haber hallado entre los M. S. de la Biblioteca del Carmen descalzo, de Barcelona. «En la letra núm. 311 (añade) se ve un volumen en 4.º que contiene el *Tractat dirigit al molt alt Senyor lo senyor don Alfonso, Duch de Gandia, reduit de latí en vulgar sobre lo rahonament fet entre Scipió africa e Anibal, e la batalla entre ells seguida*; obra inédita de Fr. Antonio Canals, de mi orden. Contiene, en once capítulos, lo que sobre esto escribió Francisco Petrarca.»—En el convento de San Agustín, dice el mismo Villanueva haber visto otro códice, vitela, fol., que comprende el anterior tratado de la *batalla de Scipió*.—La Real Academia de Buenas Letras, con muy buen acuerdo, dispuso la impresión de dicha obra en

influencias italianas y clásicas, reminiscencias del *Africa* y de la animada narración, no vulgar á la sazón, del historiador patavino.

No conocemos las obras originales que, sin duda, escribiría el docto dominico Fr. Antonio Canals; las conservadas son imitaciones, como el *Parlament* citado, ó traducciones, ya de Valerio Máximo, ya de la *Providentia* de Séneca (1), ya de San Bernardo, y únicamente tenemos noticia del *Libre de la confessió*, que dedicó á la reina Violante. Sensible es la pérdida ú ocultación de tanto tesoro de elocuencia como derramaría su fácil pluma; pero, por dicha nuestra, vive aún aquélla en las páginas de oro que todos los amantes de nuestras glorias literarias admiran, del prólogo á la traducción de la carta de San Bernardo á su hermana, dedicado al camarlengo del rey D. Martín, mosén Galcerán de Sentmenat. Leed, digo mal, recordad aquel soberbio y caluroso panegírico de la ciencia humana con que pretende inducir al noble prócer al amor á los libros, y allí veréis cómo Dios ha querido manifestar en ellos la sabiduría á los hombres, la cual es para el entendimiento celestial manjar y don divino de la liberalidad del padre de todas las luces, en comparación de quien son carbones las piedras preciosas, fango la plata y arena seca el oro, el sol y la luna tinieblas á la vista, y la miel y el maná sabroso amarga hiel para el gusto; sabiduría por la que muchos hombres consiguen soberanos grados de honores, y son hechos padres de la cosa pública y colaterales de príncipes, que sin ella fueran porqueros con el hijo disipador; porque en los libros Dios la ha encerrado como en precioso tabernáculo, y en ellos Dios, que es incomprensible, es contenido y por ellos los muertos renacen á vida, y se ven las cosas venideras

---

el tomo II de sus *Memorias* (p. 532 y sigs.), Barcelona, 1868, encargándola al Sr. D. Antonio de Bofarull.—En esta Biblioteca Universitaria se guarda un m s. de esta obra, en el mismo cód. que contiene el *Somni* de Bernat Metge.

(1) También Villanueva da noticia de esta versión de Séneca, dedicada á D. Ramón Boil, gobernador de Valencia. Sin expresar cuál códice tuvo á la vista, la Real Academia publicó también esta nueva obra de Canals, junto con otras inéditas de los siglos XIV y XV, en el tomo II de sus *Memorias* (año 1868), p 561 y sigs. En el proyecto de una *Nueva Biblioteca clásica catalana*, tantas veces citada, de mi docto amigo D. Gabriel Llabrés, se da cuenta de un nuevo códice de esta versión de Canals.—*Senecha*. «*De la Providencia divinal*, tret en romanç per ffrare Anthoni Canals, del orde de preycadors, mestre en la sancta Theologia, endresat al molt noble mossen Ramon Boil, Governador del Regne de Valencia.»

y se transparenta la naturaleza de las celestiales, terrestres é infernales, y se salva del olvido la gloria entera del mundo, y sobre ellos, en fin, los querubines tienden sus alas para que el entendimiento de quien los lea se suba á lo alto y mire puesto allí, desde una á otra parte del orbe, desde levante á poniente, desde el sud al mediodía. Y después de leído este y otros pasajes, que podría trasladaros del elocuentísimo Canals, decidme si recordáis en la prosa de aquella época, galanura y facilidad de estilo que pueda asemejársele, y un modo de decir más moderno, sin afectación ni hipérbaton violento, ni mayor fluidez de expresión, algo amplificada á veces, es cierto, pero siempre agradable y regalada.

Cerremos este hermoso período de la literatura catalana, que parece extinguirse con nuestra dinastía nacional, y que lo es de oro para aquélla, así como para nuestras libertades y nuestras glorias; cerrémosle, repito, con otra gran figura, la más colosal quizás de todas, y no se tome por retórico encarecimiento: la de Francisco Eximenis.

No es un hombre del Renacimiento en el más estricto sentido de la palabra. Sus obras miran más hacia la Edad Media, de la cual guardan las tradiciones, la confusa erudición, la crítica crédula y pueril y el sabor escolástico, que hacia Italia. Es contemporáneo de Canals y de Bernat Metge, y sin embargo no se les asemeja en el culto al arte italiano, ni en el afán de renovación literaria. Hasta en el mismo carácter enciclopédico de su más grandioso monumento, se muestra continuador en todo del espíritu de la Edad Media, que comienza con la inmensa labor sintética de las *Etimologías* isidorianas, se afirma con el mismo carácter en el *Speculum* de Vicente de Beauveais y en el *Tesoro* de Brunetto Latino, mapa intelectual de la ciencia del siglo XIII, y se cierra con el *Crestiá*, si no el último, por lo menos el más gigantesco de todos estos esfuerzos.

En un cuadro de la literatura catalana, empero, no debe faltar el nombre de Eximenis, pues él solo basta para caracterizarla y enaltecerla. Nuestra civilización y nuestra lengua resucitan enteras en su maravillosa enciclopedia cristiana, de la cual puede decirse, aun con más razón que de San Isidoro, aquello de *quærebam librum et inveni bibliothecam*. En ella

se encuentra completo el rico caudal, el tesoro inmenso del dominio filológico de nuestra hoy maltratada lengua, desconocido por muchos, negado por gran parte de sus hijos, y por ellos mismos, tanto como por fatales circunstancias históricas, dividido en cuatro informes jirones, en los cuales, á pesar de los falsos retazos de púrpura de ajenas culturas y lenguajes con que se han engalanado, se muestra todavía claramente la igualdad y labor maravillosa del antiguo y común tejido. Leyendo á Eximenis, muchas de las modernas cuestiones ortográficas, léxicas ó gramaticales semejan vanas disputas bizantinas; admirándole, se cree todavía en el porvenir y en la vida de nuestra lengua, amenazada de general descomposición, y pasma y parece cosa imposible é inexplicable cómo un idioma tan rico, tan formado, y que siguió tan de cerca al italiano en su elaboración completa, como que se adelantó en ella al castellano y al francés, no haya vigorizado su existencia, bruscamente interrumpida, con la savia vigorosa que brota de aquellas páginas tan castizas, tan amenas y tan sencillas.

La civilización genuínamente catalana iba á morir con la desaparición de la dinastía tantas veces secular de los condes-reyes. Su testamento fueron las obras inmortales del Tostado catalán, del fecundísimo obispo de Elna (1).

Bajo el aspecto clásico, el siglo décimoquinto pertenece entero á la erudición: es la época de ella y del esplendor del

(1) No puede afirmarse en absoluto que Eximenis fuera extraño al conocimiento de las obras de los que en Italia habían alzado la enseña del Renacimiento. Lo que sí hubo es que al manifestarse influído por alguna de ellas, fué para protestar contra su inmoral espíritu. El *Corvaccio*, escrito en 1355 y muy pronto traído al habla vulgar, se hizo tan popular, que sus feroces diatribas contra el sexo femenino corrían de boca en boca, y sin duda para prevenir sus funestos efectos, escribió el ilustrado prelado catalán su no menos famoso *Libre de les dones*. Boccacio, como si quisiera atenuar la impresión de su *Corvaccio*, compuso también, como ya se ha dicho, una obra t tulada: *De claris mulieribus*. De entrambas proceden las numerosas que en elogio ó vituperio de las mujeres se produjeron en las dos literaturas castellana y catalana, desde Eximenis y Bernat Metge, hasta el notario Valmanya, desde el Arcipreste de Talavera y las traducciones de López de Ayala, hasta el *Triunfo de las Donas* y su complemento la *Cadira del honor*, de Juan Rodríguez de la Cámara, que tanto recuerdan la disposición y las ideas del IV libro del *Somni* de Bernat Metge.

Por la misma época se tradujeron en catalán la *Fiametta*, el *Decamerone* y el *Corvaccio* de Boccacio.

Renacimiento en la esfera filológica y un tanto en la artística. La admiración no se reserva ya para la literatura latina, de día en día enriquecida con nuevos atractivos y más peregrinos tesoros; guárdase también para las letras griegas que los sabios bizantinos llevan á Italia, como los preciados penates de su civilización, cual Eneas aportara los de Troya á las playas del Lacio, para avivar en más propicio suelo los rescoldos del saber, en su cautiva patria aventados por la barbarie musulmana.

Todo indica en aquellos días un período de transición, el paso de la Edad Media á la Moderna: los grandes descubrimientos geográficos y científicos; la reacción contra el peripatetismo, representada por la creación de la Academia platónica de Cosme de Médicis; el estudio de las bellezas helénico-latinas en sus mismos raudales; la maravillosa invención de la imprenta, dando alas al pensamiento humano, multiplicando sus frutos, popularizándolos y para siempre conservándolos en indelebles caracteres; la libre fecundidad intelectual, que no se detiene en el campo cerrado del escolasticismo, antes se dilata por las nebulosidades de la teosofía y de la cábala, por los luminosos senderos de la crítica ó por las realidades de la experimentación; la vida artística rebosando por todas partes en nuevas formas; y sobre todo esto, y en medio de esa febril actividad y de esa innovación continua, una sed inextinguible de lo antiguo, una adoración de la *Sofía* clásica, supersticiosa y rayana en lo pagano, que hacía considerar como públicos y extraordinarios sucesos los hallazgos ó traducciones, cada día repetidos, de los Pontano, de los Aurispa, de los Verona, de los Ficino, de los Bruno de Arezzo, y por cima de todos, los del infatigable Poggio, que con sus solas fuerzas desenterró casi la literatura latina entera.

Príncipes y magnates de regia estirpe rivalizaban en recompensar liberalmente á los eruditos y poetas, ó en disputarles los lauros de la gloria y del trabajo, y á imitación de Salomón y de César, procuraban ilustrarse á la vez que con la pluma con la espada. Las brillantes cortes literarias de Cosme de Médicis, de Nicolás V, de Alfonso V de Aragón, de Juan II de Castilla y de Dom Duarte de Portugal casi fueron contemporáneas. Por los peldaños del saber subía principal-

mente al trono pontificio Eneas Silvio, ó escalaba la presidencia de la república Cándido Decembrio.

No se escapó á esas entusiastas corrientes de cultura y de renovación, á ese culto del arte, la nueva dinastía que se acababa de sentar en el trono aragonés, ni hizo más que continuar honrosas tradiciones, pues desde lejanos tiempos contemplaba ya el mundo sin asombro en el solio de los condes-reyes, entrelazados los atributos de la realeza con los laureles de Apolo. Trovadores habían sido Alfonso II, Pedro II y Pedro IV; protectores de las letras Borrell II y Ramón Berenguer IV; escritores en prosa Jaime I y el mismo rey ceremonioso; amador de toda amable ciencia Juan I; humanista y orador gentil Martín *el Humano*. ¿Qué mucho, pues, que cuando más viva ardía la llama del saber, la dinastía de Trastamara compitiera en esplendores literarios con las más cultas cortes de Italia, y fuera en ella el primer refugio de la ciencia de Bizancio y el más brillante foco del Renacimiento en el siglo XV, mientras que aquí se distinguían Fernando de Antequera, tal vez no sin miras políticas, por la restauración de la *ciencia gaya;* la grande D.ª María de Castilla, por su protección á las letras catalanas, y aquel infortunado Príncipe de Viana, amado por los catalanes hasta el delirio, á quien quizás más que á ningún otro de su regia estirpe las Gracias favorecieron?

No entra dentro de mi objeto enumerar uno á uno los poetas adornados con los despojos de la belleza antigua, de la académica escuela catalana, quizás superior á la provenzal en valor moral y hasta en sinceridad de sentimientos; pero ya que no en sus géneros superiores, en la muchedumbre inmensa de sus secuaces, consumados maestros en el arte de metrificar, más pensada que sentida, más rebuscada que espontánea, más escolástica que amorosa, más pedantesca que erudita.

Nuestra atención se ha de fijar principalmente en Ausias March y en algunos de sus pedísecuos y poetas á él posteriores, como quiera que las alusiones clásicas se manifiestan escasamente entre los anteriores á aquel eximio lírico, siendo tan sólo dignos de especial mención Bernat

Metge (1), el célebre traductor del Dante, Andreu Febrer, en algunas de sus más vigorosas poesías (2), y aquel Pau de Bellviure, de quien dijo el Petrarca valentino que *per amar sa dona torná foll.*

¿Quién no conoce á Ausias March, el metafísico, el psicólogo, el místico del amor, la gloria más grande de nuestra lírica, originalísimo entre los más originales poetas de los siglos, de característica é inolvidable fisonomía, grave y pensador como el Dante, pero sin su simbolismo y aun más que él reconcentrado; como el Petrarca, enamorado y embebido con tenacidad infatigable en una sola pasión y en una contemplación sola; mas sin regalados aromas, sin centelleo de estrellas, sin auras cariñosas, sin múltiples colores, sin imagen exterior que le distraiga; como Leopardi, cantor melancólico del Amor y de la Muerte, pero con sentido cristiano y eternas esperanzas; ni cómo hablar sin respetuoso temor de aquellos solemnes cantos tempestuosos, llenos de pasión y de encendido afecto, de soledades y de sombrías tristezas, de desdenes y tardíos arrepentimientos, donde el alma es un vasto desierto, agostado por los desengaños y por el helado soplo de la muerte; donde la persona amada se convierte en un como símbolo abstracto del amor, á quien se contempla sin los ojos de la carne, sin cuerpo, sin hermosura terrena y con el mismo respeto con que el creyente entra en el santuario, y donde el poeta despide gemidos de ascética tristeza, ó discurre con avidez escolástica, ó se recrea en platónicas reminiscencias, ó pinta las vanidades de la vida y sus tormentas con crudo realismo, que se ceba con singular complacencia en la expresión más seca, más áspera y prosaica, con tal de que sea la más sincera y exacta (3)? En poeta de tales condiciones, de tan notable originalidad y de verdad tan profunda, que se apartaba adrede del estilo de los trovadores, *qui per escalf traspassen veritat*, es en vano buscar imitación directa clásica, aunque

---

(1) *Passio amoris studens Ovidium.*—Cancionero Vega-Aguiló.—Milá y Fontanals, *Poetes lyriques catalans*, p. 35.

(2) *Sobrel pus naut alament de tots quatre*, etc.—Se citan en ella mujeres clásicas, y en otra que el Sr. Milá no indica, se alude á las aventuras de Jasón.—*Ibidem*.

(3) Segun Menendez Pelayo este amor metafísico y abstracto de Ausías March viene directamente de la *Vita Nuova* y del *Convito* del Dante, con algo del *Cancionero* de Petrarca. *Historia de las ideas estéticas*.—Tomo I. p. 394.

muestre erudición humanista y cite con frecuencia los filósofos antiguos (1), y las fábulas gentílicas (2), y hable del poeta Ovidio (3); pues nada más lejos de él que las desenvolturas de este maestro del amor, ni más apartado de su forma monótona y no cuidada que los primores de la factura homérica y virgiliana. Cuando la risueña concepción anacreóntica del amor, puesta en boga por Petrarca, se abre alguna vez paso en sus versos, desnudos de imágenes, y le sugiere alguna alegoría bien pensada, como la del canto LXXII, donde habla de la calidad y de los efectos distintos de las flechas de oro, de plata ó de plomo con que aquél hiere, contrasta inmediatamente con su musa romántica y desgreñada, invocando á las víctimas de aquella funesta pasión:

O vos mesquins qui sots terra jaeu
Dels colps d' amor ab lo cors sanguinent
Veniu plorant, ab cabells escampats,
Huberts los pits per mostrar vostre cor,
Com fonch plagat ab la sageta d' or
Ab que amor plaga 'ls enamorats.

---

(1) Se ve que los conocía á todos, inclusos los que él llama Escocians. Los cita principalmente en sus *Cants morals*. V. gr. *Cant moral* V, pág. 141 de la edición de Claudi Bornat, Barcelona, 1560: que es de la que me he servido para este estudio.

Hon es l' enginy d' Aristótil trobat
D' Origines, Séneca y Plató.....

Moral VII:

E d' aço Cató mostrá camí
e li mes nom us de la libertat.

De Mort. Cant VIII, pág. 202:

yo no recit ne coses *per mi lestes*
de Séneca é moltes altres gestes, etc.

Moral XI, págs. 156 y 157:

Do son poder Séneca ço defés
dient que 'n bens forans, es algun be.....
Picurus dix ell esser lo delit
aço es fals mes es per consegüent.....
Plató volch dir que bo no cominal
no es delit, etc.....

(2) Cant LXXIII..... mon esperit traspás de Lethe 'l flum.—El *Cant de Amor* LXVI es una larga alegoría clásica, la única de este poeta, si exceptuamos la de las flechas del amor, de que se habla en el texto, en la que discute acerca del poder de cada dios ó diosa, Venus. Baco, Ceres, Juno, Marte, Palas, Diana, etc., probando que Venus reina sobre todos los hombres y los dioses.

Lo temps dels Deus se vol ara mostrar
car dintre si un Deu cascú vol fer
e dels desigs hon corre lo voler
solemnes Deus á tots veig adorar, etc.

(3) Una sola vez. Cant XXVIII *de Amor*:

Ovidi 'l prous dix qu' Amor es crescut, etc.

A la mitología pide con frecuencia comparaciones para encarecer sus males, parecidos á las entrañas de Ixión (1), ó al suplicio de Tántalo (2), ó ejemplos de desafortunados amadores, como lo fueron Ariadna, Dido, Fedra, Píramo y Tisbe (3); á los moralistas latinos, máximas; á los poetas, pensamientos ó imágenes que podrían tomarse asimismo cual casuales coincidencias, como la imitación del tan conocido *imposible* de Virgilio, *Ante leves ergo pascentur in œquore cervi*,

> Menys que lo peix es en lo bosch trovat
> é los leons dins l'aygua han llur sejorn, etc.,
> (*Cant de amor* XXVI.)

ó como el de que ha perdido la juventud en el amor y no lo siente (4), idéntico al de los ancianos de Troya en el canto III de la *Iliada*, cuando contemplan á la hermosa Helena, y como alguna otra idea que pudiera antojársenos horaciana. Mas á estas pocas reminisœncias quedan reducidos todo el caudal de erudición y los dejos clásicos del más grande y no del menos ilustrado é influído por el espíritu, ya que no por la forma del Renacimiento, de los líricos de la escuela catalana (5):

---

(1) Cant XXV de *Amor*:

> Cel Tixión qu' il buytr' el menj' el fetge
> apres tostemps brota la carn de nou.....

(2) Cant *Moral* IV:

> Lir entre carts propi son comparat
> à Tantalus per continu desig.....

(3) Cant de *Amor* XXII:

> Hon es Jasón é sa desconaixença
> hon es Theseu qui detraç' Ariadna
> e Dido fonch d' esperança tan vana
> que la trahi Eneas en crehença.....

Cant de *Amor* XVII:

> Del foch d' amor Phedra no fonch estorta
> Requerre volch Ipolit son fillastre.....

Cant de *Amor* XLIV:

> Piramus volch morir passat d' un brant
> e per semblant mort Tisbe volch passar.....

(4) *Cant de Amor* LIX, pág. 66.

(5) Cortas son las alusiones clásicas de Ausias March, si se las compara con sus numerosas composiciones poéticas; pero no si se tiene en cuenta que es uno de los poetas que más huye de nombres propios y de todo aquello que pueda quebrar la red de sus sutilezas escolásticas. Sólo una vez cita al Dante, ninguna á Petrarca, y únicamente se salvan de su intencionado silencio Arnaldo Daniel, Pablo de Bellviure, San Pablo, San Francisco y algún otro. Pero ¡qué mucho si no se cita á sí propio más que en una ocasión, y en otra nada más escribe el nombre de su amada! Dados estos antecedentes, Ausias March se excedió á sí

Después de Ausias March todo parece de secundario valor en aquella legión de innumerables imitadores, que siguen sus fecundas sendas, á excepción de aquel poeta de tan cendrado sentimiento religioso y gusto artístico, de quien dijo Verdanxa con razón, *que 'l mateix Virgili d' aquell aprenguera;* del valenciano Juan Roig de Corella, cuya magnífica *oració*, sin rival en aquella época, acude sin duda ahora á vuestros labios. Es imposible, sin embargo, aun en tan rápida reseña de la influencia del clasicismo, olvidar los nombres de Mosén Leonart de Sors; del notario barcelonés Antonio Vallmanya, ni su famosa y nada reverente *Sort feta en lahor de les monges de Valldonzella*, donde compara cada monja á una mujer de la antigüedad, explicando sus hechos en eruditísimas anotaciones en que hace referencias al Dante, á los *Triunfos* de Petrarca, á la *Eneida* de Virgilio, y principalmente á las *Claras mujeres* de Boccaccio; de Miguel Stela, cuya *Comedia de la sagrada passió de Jesuchrist* encabeza enfática invocación, pidiendo el ausilio del *primer Apollo* (1), y finalmente, del barcelonés Romeu Lull, con el mismo Ausias March digno de compararse (2).

Ni la *Sort* de Vallmanya, ni el *Consistori* del último, pueden ponerse al lado de la dantesca *Gloria d' amor*, de Fr. Bernardo de Rocaberti, la imitación más directa, y no desacertada á las veces, de la sublime trilogia cristiana. Todo en ella respira la influencia del Renacimiento italiano. Por su concepción, por su forma métrica, por su erudición, por sus imágenes, por su estilo seco y sentencioso, pertenece de lleno á la escuela del cantor de Beatriz; el clasicismo es allí de segunda mano, como el de toda la poesía catalana: ni alcanza á las formas, ni pasa de un pedantesco alarde de erudición. Y esta erudición no reconoce otras fuentes que las de la ciencia clásica de aquellos tres padres del Renacimiento, tantas veces citados, á los cuales consagra el canto VI de su *Glo-*

---

mismo al prodigar, relativamente hablando, los nombres clásicos y mitológicos, y al repetir tanto los de Amor y de Venus en sus cantos de amor y morales.

(1) Foch divinal cremant del mes alt polo
Encés d' amor infus á poques musses
Auxili prech d' aquel primer Apollo, etc.

(2) *Lo Consistori de amor* es una alegoría de gusto clásico.

ria y sendos elogios. Si habla de Pirro, es porque el Dante le coloca en el círculo de los tiranos; recuerdo dantesco es igualmente la presencia de las tres Gracias en los jardines de Amor; la reina amazona Antíope como *roser acabat de florir,* está allí evocada de la *Theseida* de Boccaccio; los rasgos satíricos contra las mujeres del canto VI los tomó el autor del *Corbaccio,* y del *Filicopo* muchos personajes del penúltimo canto de este extraño poema.

En su peregrinación por los jardines donde el dios del Amor preside, el poeta halla todos los amantes célebres de la historia y de la mitología, desde los héroes de Homero á los contemporáneos, despertando de esta suerte un doble interés histórico y de circunstancias que indemniza al lector de las durezas y sequedades de su forma. En lugar de Beatriz, acompáñale una ninfa por Venus enviada, que le dice, que su nombre es *d' els amants conaxença,* y al final de su viaje, en vez de la gloria de los bienaventurados, le es dado contemplar cara á cara al dios de Amor, con toda la majestad de su poder y de su belleza.

No siéndome dable detenerme en más minucioso análisis, señalaré únicamente como dignos de atención bajo el particular punto de vista de este estudio, una tradición sobre Aquiles del canto V sugerida por el pseudo-Dares; el famoso episodio de Hero y Leandro, popularizado por una *Heroida* de Ovidio, con que termina el canto VII, y contemplado á través de una concepción dantesca según la cual el poeta, por un milagro de amor, ve con sus propios ojos Sestos, Abydos y el Helesponto, que atraviesa á pie enjuto con Leandro y su conductora; y el prólogo, escrito en pedantesca prosa, esmaltado de palabras latinizadas y de alusiones mitológicas, y dislocado por violentas transposiciones (1).

El predominio del Renacimiento no se ha de estudiar únicamente en estas alusiones eruditas ó pueriles en hartas ocasiones, de nuestra poesía, nunca con todo llevadas á tan

(1) Para este cortísimo estudio de la *Gloria de amor* me he valido del texto, ii correcto y no completo, publicado por el docto Camboliu, benemérito de las letras catalanas, en su *Essai sur l'histoire de la literature catalane,* deuxiçme edition, augmentée de la *Comedia d' amor* de fra Rocaberti, etc. París, 1858. La *Gloria de amor* ocupa las páginas 111 á 177.



vicioso extremo como en ciertos ingenios de los reinados de D. Juan II y de D. Enrique IV de Castilla, sino en las obras en prosa y principalmente en las traducciones ó imitaciones clásicas—ya que los géneros histórico y didáctico-moral, en general, siguieron la antigua tradición genuínamente nacional —y además en los esfuerzos de los humanistas catalanes para restaurar, al ejemplo de Italia, las lengua y prosodia latinas, restauración que fueron los primeros en llevar á cabo en España. Ya os he indicado anteriormente cómo desde mediados del siglo anterior había penetrado esta corriente clásica, procedente de aquella península, en el tronco de nuestra cultura, y aquí me cumple añadir únicamente que no se interrumpió jamás, antes bien experimentó recrudecimientos más ó menos sensibles, según fueran las dotes de los ilustres escritores que la encauzaban ó la promovían.

Un año después de la muerte de D. Fernando de Antequera un prócer de regia estirpe y de castellano origen, que de aquella corte fuera el más preciado ornamento y que desde Castilla había venido á restaurar las fiestas de la gaya ciencia, interrumpidas por las discordias que á la muerte de D. Martín se levantaron para la sucesión del reino, daba á luz en catalán, para verterlo luego á su idioma nativo, un extraño libro titulado, *De los doce trabajos de Hércules*. De verdadera novedad literaria califica el Sr. Amador de los Ríos (1) esta producción semi-clásica y semi-caballeresca, alegórica y didáctica á la par, y lo fué en efecto así para nuestras letras como para las castellanas. En ella aspiraba tanto á dar á conocer su erudición latina, mostrando que le eran familiares Virgilio y Lucano, Ovidio y Juvenal, César y Valerio, cuanto su dominio de la forma popularizada por el cantor de Beatriz, entrando por último en el campo de la filosofía moral bajo la guía de Platón y de Séneca, de Aristóteles y de Boecio, de San Agustín y de San Jerónimo.

Por testimonio del mismo eruditísimo D. Enrique de Villena, sabemos que en aquella época, y antes que en la literatura castellana, existió, aunque sólo *diminutivamente e men-*

(1) *Hist. crítica de la lit. española*, t. VI, p. 262.

guada, una versión ó compendio de la *Eneida* en lengua catalana; quizás parecida al libro italiano *Fati d' Enea,* la cual le serviría de acicate para emprender la suya completa, una de las más antiguas en romances neolatinos, que realizó á ruegos del infante D. Juan de Aragón, entonces ya rey de Navarra (1).

Por ignorar la época de su publicación y por no estar bien seguro de su procedencia, mencionaré tan sólo aquí algunas versiones catalanas, de las cuales la índole de este trabajo no me consiente hablar extensamente. Consta que existió una de Lucano y que de ella se sacó otra castellana, conservada con mejor fortuna que su matriz (2). También se escribió en este siglo una traducción de las *Epístolas á Lucilio* de Séneca; que se conserva en el fondo español de la Biblioteca Nacional de París (3). Esta última se hizo de otra francesa, como lo dice su lenguaje, á vueltas de oscuro, sembrado de galicismos, y

---

(1). En el grupo de obras que corresponden más bien al primer período del Renacimiento catalán que al segundo, nos parece debemos colocar una versión hecha por orden del infante D. Enrique, hijo de D. Fernando de Antequera, que con el título de *Libre de Isopet*, se hizo popularísima en nuestra literatura, versión que no nos atrevemos á llamar clásica, pues es sabido que con el nombre de Esopo se divulgaban multitud de fábulas de otras colecciones orientales o latino-eclesiásticas, que, como es natural, tienen con el mítico fabulador un parentesco muy lejano. Estrecha semejanza con esta obra didáctica guarda otra vulgarización de igual carácter del libro titulado *Disticha Catonis*, que tanta autoridad alcanzó en los siglos medios y que venía á ser una especie de catecismo moral, entreverado de máximas de Santos Padres y aun del Evangelio y de filósofos paganos, entre las cuales ocupaban lugar preferente las atribuídas al filósofo latino. Corrió esta obrita con gran aplauso en las escuelas para enseñanza de los niños, y una de sus versiones fué la de que ahora damos noticia, publicada ó escrita en 1462, la cual fué incluída en los *Documentos literarios en antigua lengua catalana,* coleccionados por D. Próspero de Bofarull, tomo XIII, p. 303.

(2) Amador de los Ríos, *Hist. crítica de la literatura española*, t. VI, p. 21, nota Los códices citados por este autor son: dos de la Biblioteca Nacional, uno de la Escurialense, y otro de la del Duque de Osuna.

(3) «Lo libre de Seneca de les epistoles que el trames á Lucill, transladades de lati en frances e puys de frances en cathala.» La francesa fué escrita á petición de «mesire Bartholomy, signilerfe de Naples, conte de Caserte et gran chambelenc du roiaume de Cezile», de la que se guarda un manuscrito en la Bib. Nac., fondo francés, núm. 2.235.—El traductor catalán sigue exactamente el original francés hasta la carta XCIII; después abrevia mucho.

Falta á lo menos una hoja al fin del ejemplar. El texto de la carta CXXIV está interrumpido abajo del fol. 157 vuelto, con estas palabras: «mas no es pas en lerba vert fins tant que es perfet e quel gra es assaonat.....»—Algunos fragmentos de esta versión de las cartas á Lucilio se hallan en el Museo Británico, m. s. Burney, núm. 252. Cód. Papel. 157 fol.—Clasificación de 1860, núm. 7.—(V. Morel Fatio: *Catalogne des Manuscrits espagnols de la Bibliothèque Nationale* de París. Sección III, núm. 82). Las epístolas traducidas son 124. En la Biblioteca de la reina doña María (*Colección de documentos históricos*, etc., 1872) se citan unas *Epistoles de Seneca abreujades* (núm. 21). Comienzan: *Seneca fou un hom molt savi.* Esta versión parece en todo la misma obra que se guarda en París. Lo indican claramente la circunstancia de ser ambas abreviadas y de comenzar del mismo modo. Menéndez Pelayo que tiene copiado el prólogo del M. S. catalán, de París, me dice que empieza así: Seneca fou hom savi, dexeble de altre savi hom que hac nom Photion de la secta dels stoycians...·

que presenta además la singularidad de coincidir su prólogo casi textualmente con el de la vulgarización de Fernán Pérez de Guzmán, que á su vez la mandó hacer de otra italiana; embrollos en la Edad Media muy frecuentes, pero no tan disculpables en una época en que la crítica y la investigación propia comenzaban á matar la credulidad y el plagio (1).

A pesar de estos cortos ensayos é imitaciones tan distantes,—bien que contemporáneos ó muy cercanos—del espíritu y de las tendencias de los ingenios que decoran las cortes de Italia, nos hallamos ya en Cataluña en plena edad de oro del Renacimiento, en aquella en que rige sus destinos un monarca conquistador, sabio y magnánimo, de tan alta gloria que sólo lograrán eclipsarla los vivos fulgores de la Academia de Lorenzo de Médicis, y los mayores aún que forman la aureola magnífica del solio pontificio de León X.

Los vencedores del Atica y de la Beocia acaban de enseñorearse de la Magna Grecia, tierra tan clásica como la patria de Homero y de Cicerón, donde todavía se oyen los ecos de la elegíaca musa de Catulo y de Ovidio, y de los dulces cantos de Virgilio, y donde parecen renacer la antigua mitología y la antigua historia; los temidos escollos de Scila y Caribdis, la gruta de la hechicera Circe, los sagrados oráculos de Cumas, las ruinas de Pompeya y de Herculano, y las figuras de Aníbal y de Espartaco. Acaba de abrir sus puertas al victorioso monarca aragonés la hermosa Parténope, y en majestuoso triunfo, que trae á la memoria el de los Césares romanos, precedido de apuestas doncellas con albas vestiduras, arrastrado su áureo carro por blanquísimos caballos, ceñidas sus sienes de laurel, recorre Alfonso V las calles de la helénica ciudad, escoltado por valerosos soldados catalanes y aragoneses, y ensalzado por los varoniles acentos de la musa catalana, que va á celebrar también su postrera apoteosis ante fastuoso séquito de ingenios griegos, latinos, castellanos, aragoneses é italianos.

Con la triunfal entrada de Nápoles en 1443, se abre aquel

---

(1) Por no conocerla más que por una corta referencia del Sr. Amador de los Ríos (op. cit., t. VII, p. 27, nota), me abstengo de mencionar en el texto la versión catalana de las *Morales de Seneca*, con el nombre de *Libre de virtuosas costumps*, hecha por Antonio Blay y conservada en un notable códice de la Bib. Escurialense, d. III, 2.



esplendoroso período literario que el mundo entero conoce con el nombre de Alfonso V. ¡Qué corte tuvo este monarca, grande á la vez que afortunado, qué poetas cantaron sus hechos, qué historiadores celebraron sus hazañas, qué cortesanos se disputaron sus favores, qué eruditos ambicionaron sus liberales recompensas! No bastaba una sola lengua, ni una sola literatura para ensalzar tanta gloria, jamás por monarca alguno antes alcanzada, y allí, rendidos á sus plantas, hallábanse el genio de la antigüedad, representado por los infatigables eruditos que desentrañaban sus riquezas, la vetusta y caduca lengua de Homero y de Pericles, fugitiva del alfanje de Mahometo, los sabios bizantinos cubiertos con el polvo de las ruinas de Constantinopla, la musa del Dante, la de Ausias March y la de Juan de Mena.

Ardit franco y donoso llamaba á aquel monarca el aragonés Pedro de Santa Fe; el Marqués de Santillana dudaba de compararle á Virgilio; Juan de Andújar celebraba en él la gran providencia de Augusto y de Trajano; Ausias March no temía que le venciera la adulación, él que tan parco fué de elogios, *loant aquell qui totes lengues loen;* Francisco Ferrer le incitaba á la reconquista de Constantinopla, y la cristiandad toda, ansiosa, esperaba de su brazo la restauración del solio de Bizancio. Inmortalizaban sus hechos y grandezas, en ciceroniana prosa, nada menos que un Panormita, un Bartolomé Fazzio y un futuro pontífice, Eneas Silvio. El elegantísimo Filelfo recibía de sus manos, por sus gallardos versos, la codiciada corona de laurel, las insignias de la caballería y la honra de blasonar su escudo con las barras catalanas; el infatigable Poggio traducía por su mandato la *Ciropedia;* el aristotélico Jorge de Trebizonda cifraba su mayor vanagloria en ser su bibliotecario, y el fastuoso rey no se hacía indigno de acometer aquella maravillosa obra del Renacimiento, traduciendo al castellano las *Epístolas* de Séneca, incitando al príncipe de Viana que vertiera á Aristóteles, respetando en sus conquistas, cual nuevo Alejandro, las ciudades de Sulmona, Sirmiona y Mantua, por haber nacido en ellas Ovidio, Cátulo y Virgilio (1), suspendiendo una batalla y tratando de paz por

(1) Víctor Balaguer.—*Alfonso V de Aragón y su corte literaria.* Tomo VII de la colec-

el solo presente de un códice de Tito Livio, y hasta según cuentan peregrinas tradiciones, haciendo callar regalada música para saborear la lectura de un autor clásico, buscando su salud más en las páginas de Quinto Curcio y del patavino historiador, que en los cuidados y en la ciencia de los médicos, y exigiendo que su gentil Lucrecia tuviera que añadir á sus encantos, para complacerle, el ornato de la lengua latina (1).

Qué sentimientos de entusiasmo y qué impulsos de noble emulación produciría aquel espectáculo en el ánimo de los eruditos catalanes que desde su patria ó en el mismo suelo de Italia seguían la marcha del Renacimiento y los triunfos de su soberano á ella enlazados, lo dirán los nombres de Luciano Colomer, de Juan Llobet, de Jerónimo Pau, de Ramón Ferrer, de Jaime Ripoll y Fernando Valentí, discípulos, émulos ó amigos de los Fazzio, Valla, Filelfo, Poggio y Beccadelli.

Fué el rosellonés Luciano Colomer apasionado cultivador de la poesía antigua, y en su *Gramática* en versos latinos se adelantó en el intento á Antonio de Lebrija, ya que no en la fortuna de sus resultados. El luliano catalán Juan de Llobet, con sus dos libros *De jure et regimine*, acreditó sus estudios clásicos, y en su obra de *Lógica y Metafísica* su entusiasmo por el doctor iluminado. La ciencia jurídica de Jaime Pau y su amor á las humanidades llegaban á noticia de los ingenios de Italia, quienes admiraban la elegancia de sus oraciones, la concisión de su estilo y teníanle por oráculo del derecho romano y maestro en las letras latinas.

---

ción de sus obras, pág. 269. En este interesante estudio dice haber recogido estos datos en el primer viaje que hizo á Italia, y que hablan del hecho los *guías* de las respectivas poblaciones con referencia á sus propios archivos.

(1) Entre otros documentos por extremo importantes, que prueban el empeño que puso Alfonso en la adquisición de libros clásicos, copiaremos el que sobre el particular se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón (Reg. núm. general 2697, fol. 1510). Dice así: «E vol lo dit Senyor (Rey) que lo dit Claver, quan sia en Venecia, l' entremeta, si allí ó en en altra part vehina se trobasen, los libres devall scrits, los quals lo dit Senyor vol per la sua librería, que sian ben scrits ó vertaders...é aquels comprará e li trametrá per aquella pus segura via que porá, no sperant haverlos tots, mas axi com ne haurá comprat un ó dos ó mes, axi los trametrá no sperant los altres. E son los libres ques seguexen:—Ovidius, *Methamorphoseos;*—Ovidius, *De fastis;*—*Epistole*, Ovidii;—Ovidius, *De Remedio amoris;*—Stacius, *De Bello thebano;*—*Achiley*, de Stacii;—*Argonauticon*, Valerii Flacii;—*Odœ*, Oratii;—*Sermones*, Oratii;—*Epistolœ*, Oratii;—*Poetica*. Oratii;—Claudianus, *De laudibus Stiliconis*;—Claudianus, *De raptu Proserpinœ;*—Lucretius, *De natura rerum*;—Silius Italicus, *De Bello Punico*;—*Elegiœ*, Propertii;—*Elegiœ*, Tibulli;—Valerius, Catullus Veronen;—Persicus;—*Epigrammata*, Valerii Martialis;—Servius;—Donatus, *Super Terentium*, etc.—Castelonouo, Neapolis, die XXXI Maii, anno millessimo CCCCLIII.

(Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*, pág. 392. tomo VI, nota.)

Mayor gloria que estos ilustres catalanes granjeábase Juan Ramón Ferrer, filósofo y poeta, jurisconsulto y médico, á quien unía estrecha correspondencia con Fazzio, Valla, el Panormita y otros. De su elocuencia alardeó en su libro *De laudibus scientiarum;* de su numen poético en dos poemas latinos religiosos; de sus conocimientos jurídicos en sus *Semita juris canonici,* y de su amor á la ciencia médica, sometida á la autoridad clásica, en su traducción en verso latino de los *Aforismos de Hipócrates* y en sus comentarios métricos á las doctrinas de Galeno, mientras que en prosa y en verso también cultivaba su materna lengua catalana.

Pero sobre todos descolló en época algo posterior (1465) el famoso helenista, tal vez primero entre los peninsulares, Jerónimo Pau, hijo del docto Jaime Pau, consejero de don Juan II, educado en la escuela del Panormita y en la de Bolonia por tantos catalanes frecuentada, y que, joven todavía, seguía las huellas de Boccaccio en su aplaudido tratado *De fluminibus et montibus utriusque Hispaniæ*, haciendo más tarde ostentación en sus epigramas, en sus cartas, en sus versos, en sus elegías y en sus epitafios de su inmensa erudición, de su copiosa lectura de los clásicos, ó empleando, como su amigo Teseo Valentí y como el padre de éste, Fernando, reminiscencias gentílicas que de lejos recuerdan las herejías paganas de Ficino, de Besarion y de Pomponio Leto. Dan testimonio del cendrado humanismo de este conspicuo *renaciente* catalán, entre otras obras suyas, su *Epigramma morale,* el dirigido á las armas de Aragón y de Sicilia, su *Triumphus de Cupidine,* y el notable epitafio en que se duele, como buen patriota, de la muerte del príncipe de Viana.

De esta suerte, y por medio de sus eruditos, diremos con un elocuentísimo tribuno español, la lituratura catalana en el siglo XV establece la relación más estrecha entre Italia y España, de igual manera que la política catalana en la Edad Media había establecido la relación más estrecha entre España y Europa (1).

Mas no exageremos los hechos, ni la absoluta transmisión

---

(1) Emilio Castelar.—Contestación al discurso de D. Víctor Balaguer en su recepción en la Academia Española.

del humanismo en Castilla por las letras catalanas, ni tampoco el impulso que en ésta obró, con ser grande, el brillo de la corte alfonsina. En cada nación venían preparando el Renacimiento las universidades y monasterios, que eran otros tantos centros donde se conservaba viva la tradición clásica. Ni era necesario tampoco de todo punto la existencia de aquella academia cosmopolita del rey aragonés, para que se aproximara la ciencia clásica del Oriente á la occidental y se pusieran en contacto los ingenios españoles y de otras naciones con los italianos, pues que en gran parte ya lo habían logrado el preclaro cardenal Carrillo de Albornoz, fundando en Bolonia en 1365 el famoso colegio de San Clemente para estudio de españoles, y más que todo, aquellas fastuosas y esplendidísimas asambleas de Lyón, de Constanza, de Florencia ó de Basilea, convocadas en nombre de la paz de la cristiandad ó de la unión de las dos Iglesias, las cuales pusieron en comunicación á los sabios todos y coincidieron además con los portentosos trabajos de los Verona, Poggio, Aurispa y Gasparino. El griego Crysolaras, anticipándose á los bizantinos fugitivos de Constantinopla, formó entonces un admirador entusiasta en el Poggio, y un discípulo ferviente en el famoso Leonardo de Arezzo, y éste á su turno transmitía algo de su saber y de su pasión por la antigüedad á los eruditos de Cataluña y de Castilla, á Fernando Valentí, y Alonso de Cartagena, entre otros, antes de que éstos conocieran los esplendores de Nápoles (1).

En Basilea se encontraron también dos eminentes sabios españoles: el prelado castellano cuya fama y ciencia hacía exclamar á Eugenio IV: «Si el obispo de Burgos en nuestra corte viene, con gran vergüenza, nos asentaremos en la silla de San Pedro», y el esclarecido catalán Juan de Palomar, canónigo de Barcelona, que presidió por encargo del Papa

(1) El Sr. Amador de los Ríos arraigó con su autoridad, siempre respetable, el error de que Valentí ó Fernando de Valencia, como le llama, debió toda su ciencia á los ingenios de la corte de Alfonso V, y que fué la primera figura de nuestro Renacimiento. Mi docto amigo D. Gabriel Llabrés ha puesto fuera de duda, en sus eruditas investigaciones acerca de Fernando Valentí, que éste se retiró á Mallorca, su patria, en 1438, es decir, seis años antes de la muerte de Arezzo y cinco de la entrada triunfal de D. Alfonso en Nápoles, que se realizó en 1443. Léase el curioso artículo *Micer Ferrando Valentí*, publicado en el *Museo Balear*. Segunda época. Tomo I, págs. 51-65.

aquella cismática asamblea, y fué enviado por los Padres del Concilio á reformar las universidades de Viena y de Bohemia (1).

Lo que sí no podemos negar es que la mejor y mayor parte del Renacimiento nos vino de Italia, y que, entre los eruditos italianos, quedaron grabadas principalmente en nuestro suelo las huellas luminosas del Aretino, del Panormita, que formó en Jerónimo Pau un verdadero helenista, del fecundísimo Pedro Cándido Decembrio ó Dezimbre, en quién aprendió Luis de Fenollet á traducir á Quinto Curcio, y de Bartolome Fazzio, cuyo tratado *De viris illustribus*, á últimos de este siglo, imitaba Miguel Carbonell, el cronista, en su *De viris illustribus catalanis suæ tempestatis*, obra á la cual debemos el conocimiento completo del movimiento clásico de la corte de Alfonso V, y que ha sido aprovechada por cuantos han querido enterarse de él (2).

Mas ninguno de los autores italianos antes citados dejó tan profundo surco en Cataluña y Castilla como Leonardo Bruno de Arezzo. Valentí confiesa deberle toda su ciencia; el príncipe de Viana calcaba servilmente en su celebrada versión de Aristóteles la de las *Eticas*, y en su biblioteca guardaba dos de sus preciosas obras latinas (3); Martín de Viciana traducía de Arezzo más que de Aristóteles, en su materna lengua catalana las *Económicas;* Juan Ferrer, al publi-

---

(1) Torres Amat, *Diccionario de escritores catalanes*, p. 467.

(2) Se muestra en ella un profundo latinista, así como en sus cartas, entre las cuales, la que escribió el día anterior á las calendas de noviembre de 1493 á Miguel Pérez Almazán, secretario de D. Fernando *el Católico*, sobre la toma de Granada y otros tracedentales sucesos, es quizá la más inspirada de sus páginas latinas y la más convincente prueba de que en su juventud había leído y estudiado á conciencia las obras de los grandes maestros de antigüedad. Así lo dice el docto D. Manuel de Bofarull, dignísimo sucesor de aquel archivero, en el juicio que forma de sus obras, por él con tanta diligencia estudiadas y sacadas del olvido. Vid. su magistral trabajo *Opúsculos inéditos del cronista catalán Pedro Miguel Carbonell, ilustrados y precedidos de su biografía documentada*. Tomo I, *Historia* págs. 119 á 135.—Barcelona, 1865. (Colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón. Tomo XXVIII.) Acerca de los restantes opúsculos históricos latinos y de su correspondencia literaria en la misma lengua, en la que se le ve en relación con los hombres más ilustrados de su época, y en particular con su sabio pariente D. Jerónimo Pau, remitimos al lector á la misma fuente, pues el corto espacio de un discurso académico no nos consiente extendernos en la descripcion de la interesante figura literaria de Carbonell, pacientísimo investigador enamorado de nuestra historia y de nuestras glorias. Su sagacidad crítica, empero, no corrió siempre parejas con su laboriosidad. Respecto á la obra que le colocaría de lleno en nuestra rápida reseña del Renacimiento, debemos advertir que no es original suya. El primer pensamiento de ella lo tuvo Jerónimo Pau. Carbonell se sirvió de sus apuntes y los completó.

(3) Las tituladas *Commentarium rerum græcarum* y *De vita tirannica*.

car los comentarios de Santo Tomás á la *Etica* y á la *Política* del Estagirita, corregía el texto, arreglándole conforme la autorizada redacción del humanista italiano; sobre ella sostenía discreta y larga controversia Alonso de Cartagena, honrándose de ser *especial amigo* de aquel *discrepto orador;* el aragonés mosén Pero de la Panda regresaba satisfecho de Florencia, por llevar entre otros preciosos libros, el de la *Caballería*, que ponía en lengua castellana y dedicaba al conde de Paredes; vanagloriábase con sus celebradas *Epístolas* el rey D. Juan II de Castilla, que le enviaba frecuentes embajadas y ricos presentes, y por último muchas otras de sus obras pasaban también por aquel tiempo á la lengua castellana (1).

Nadie ha parado mientes, que yo sepa, con la atención que se merece, en el movimiento humanista de las Baleares en este segundo siglo del Renacimiento. Las activas y continuas relaciones literarias y mercantiles que sostenía Mallorca con Italia, llevaron allá, si no antes, al menos al mismo tiempo que á Barcelona, sus semillas, y como éstas hallaron el terreno fecundado por los esfuerzos continuos del incansable propagandista de la ciencia, Ramón Lull, que, aunque de un orden distinto, contribuyeron á la general cultura, produjeron muy luego entusiastas y fervorosos admiradores de aquella renovación en un Miguel Verí (2), en un Juan Galens, en un Fernando Valentí, en un Arnaldo Descós y en tantos otros que, ora en lengua catalana, ora en la del Lacio, siguieron el general impulso.

Entre todos los humanistas baleares lleva la palma, por su reputación, Fernando Valentí, conocido generalmente por

---

(1) *De temporibus suis*, *de caballería*, *de bello gothico*, la *isagoge*, las mismas *Epístolas* al rey D. Juan II, de las que existía un códice en la librería de D.ª Isabel, etc. Sería objeto de una curiosa monografía el determinar todas las obras y todos los efectos literarios de la influencia de Arezzo en las literaturas peninsulares.—Además Torres Amat da noticia de una traducción catalana anónima de este autor, confundiéndola con el *Tesoro* de Bruneto Latino; *Ethiques de Aristotil á Nicomacho arromansades per mestre Brunet Lati*, etc.

(2) Miguel Verí, poeta latino elegantísimo, de espíritu renaciente, pero cristiano, y que pertenece de lleno á la escuela de los Vida, Sannazaro y Policiano, fué natural de Menorca. Tal vez las exageraciones paganas del crudo Renacimiento del siglo XV,—llevado á mayor vicioso extremo en el siguiente,—que conocería en su estancia en Roma, le hicieran aplicar, á modo de protesta, la forma clásica á asuntos morales tomados del *Eclessiastes*, de la *Sabiduría* y de otros libros de la Biblia, dándole pie para sus celebrados dísticos latinos, que más de una vez divulgaron las prensas faventinas. Murió este precoz ingenio, casi niño, á la edad de dieciocho años, y el dulce Angelo Policiano cantó su virginal muerte en un lindo epitafio que le ha dado á conocer tanto como sus cristianas obras. Torres Amat, op. cit., págs. 648 y sigs.

Fernando de Valencia, sin duda porque se creyó latinizado su apellido catalán y considerado por igual razón como hijo de la ciudad del Turia. Las preciosas investigaciones de un docto mallorquín (1) han dejado fuera de duda su procedencia, fijándola en Felanitx, de Mallorca, y el curioso descubrimiento de su versión catalana de las *Paradojas* de Cicerón, ha venido á aumentar la confusión que acerca de él ya existía, poniendo en tela de juicio su extraordinario saber y los retóricos encarecimientos de nuestro diligentísimo Amador de los Ríos, que le coloca por cima de todos los humanistas peninsulares. A juzgar por el extraño cuanto interesante prólogo de las *Paradojas*, llenaban por igual el ánimo de Valentí el amor á su lengua nativa, á la cual las tradujo, como á la latina, en la que se declara no bastante adoctrinado, y según parece el culto que le tributara no pasó de admiración más fervorosa que sólida y discreta. Allí nos cuenta, con igual franqueza, que sus discípulos la ignoraban por completo, no sin que por ello deje de traslucir el prestigio, ya rayano en lo vicioso, del Renacimiento, cuando invoca la disculpa (reproducida luego hartas veces por los príncipes de la prosa castellana), para cohonestar su vulgar versión, de que Ramón Lull, Bernat Metge, Nicolás Quils y otros tales, y aun muchos sabios extranjeros, vistieron en lenguas romances sus más altos pensamientos.

El prólogo de Fernando Valentí y su traducción ciceroniana todavía inédita, se resienten del defecto de una imitación de las formas clásicas sobrado ciega y supersticiosa, la cual le hace sacrificar la construcción catalana á la latina, sin un acabado conocimiento de una y otra, y sujetar los períodos á violentas dilaceraciones, huyendo de toda manera de expresión natural, atropellando la antigua gentil llaneza de nuestra lengua y castigando de sobra la frase, como su maestro el Aretino, que por ventura adoctrinó con exceso á su discípulo en este defecto. Valentí adoraba en la ciencia de aquel humanista y le llamaba *ornament he claredat de la lengua latina he grega y gloria he honor de la toscana,* y sin duda en su escuela aprendió aquellos clásicos

---

(1) El ya citado D. Gabriel Llabrés.

desafueros que le llevan al extremo de apellidar á la madre del Señor Santísima Sibila, y de anteponer en su propio hijo el nombre de Teseo al de su padre Beneto (1).

La influencia de Fernando Valentí, tenidos en cuenta los datos actuales, no trascendió más allá de su patria, y no alcanzó, cual pretende Amador de los Ríos, hasta arrastrar tras de sí la lucida pléyade de ingenios catalanes de la corte de Alfonso V. Quizás fuera Luciano Colomer el único de ellos que se acogiera á su amparo, cuando se trasladó á Palma á acabar los últimos años de su vida. Mas en cambio halló digno continuador en su hijo Teseo, famoso jurista y compilador, quien colmó las esperanzas de su padre, no sólo en Nápoles, sino en Bolonia. Aquí le unió estrecho lazo de amistad á Jerónimo Pau, conquistándose fama y admiración entre sus compatricios (2).

Mientras que en los placeres de Nápoles y entre las lisonjas y los literarios discreteos de su Academia palatina, y los halagos de la hermosa Lucrecia de Alanyó, olvidaba Alfonso V sus deberes para con su esposa y los catalanes, y se hacía sordo á las amorosas quejas de la primera y á las amargas reconvenciones de los últimos, la ilustre D.ª María de Castilla, hija de un suelo fecundo en grandes reinas, procuraba suavizar las asperezas entre el monarca y sus vasallos, atender con solicitud extrema á los menores deseos de su ingrato consorte, remover todos los obstáculos que el desamor de sus súbditos oponía á sus lejanas y brillantes, más que fructuosas, empresas, é identificarse sobre todo con aquella lengua y aquella cultura para ella extrañas, pero que consideró como propias desde el momento en que la Providencia la llamó á regir, más bien que á su marido, los destinos de este pueblo ilustre. Ella presidió con varonil firmeza y prudencia consumada las cortes todas celebradas en ausencia de Alfonso V, á quien apenas conocieron los catalanes; ella alentó muchos trabajos literarios que en su época se publicaron, y acopió

(1) Así como en Italia recibían otros muchos los nombres de Héctor, Aquiles, Hércules, etc., así en Mallorca contaminaba aquel delirio *renaciente* á la familia Valentí, y á otras, y entre ellas la de Villalonga, que tuvo un Horacio y toda una dinastía de Príamos.

(2) Nuestro Carbonell hace además grandes elogios de la erudición latina y griega de los mallorquines Gabriel Clapés y Ferrer Barardo.—Vid. Amador de los Ríos, op. cit., VI, página 407, nota.

rica colección de obras catalanas, elocuentísimo testimonio de que llegó á poseer con perfección aquel idioma, no aprendido en la cuna (1).

Imposible se hace seguir en todas las obras de este siglo el predominio del clasicismo, sin incurrir en insufrible monotonía, pues bien puede decirse que no hay género literario que de él acierte á librarse, ni orden alguno de la intelectual actividad que no ceda á la general corriente. Y no empece á aquél que estos géneros sean por su índole ó por su objeto campos cerrados á todo viento extraño, como la novela caballeresca, donde parece que reinar debía sólo el espíritu gótico que le infundiera aliento de vida; como la historia nacional, árbol sagrado alimentado por la savia del sentimiento patriótico, con exclusión de cualquier otro, ó como la oratoria política inflamada al calor de los intereses de la tierra catalana. Los mismos libros de caballería, única creación medio-eval que resistió la tiranía *renaciente*, y que se desarrolló lozana á su propia sombra, preséntannos curiosos testimonios en nuestra literatura, de un maridaje extraño, de una mezcla singular de goticismo y clasicismo, que tiñe las páginas donde se narran los amores de *Curial* y *Guelfa* y colora fuertemente la reina y maestra de nuestras obras de imaginación, el incomparable *Tirant lo Blanch*.

---

(1) Que D.ª María veló con igual solicitud por los intereses políticos que por la cultura de su pueblo, y que no fué indigna por su ilustración de su sabio esposo, lo demuestran claramente su correspondencia, de la cual se conservan en este Archivo algunas cartas (V. Torres Amat. op. cit. p. 627), y su particular biblioteca rica en obras ascéticas, místicas y morales. Notable es sin duda, y digna de tenerse en cuenta para poner fuera de tela de juicio el espíritu catalán de aquella egregia soberana, y el ascendiente de la civilización catalana que daba tono y carácter á la confederación, aun bajo una dinastía considerada como extranjera, la circunstancia que de los 71 libros que figuran en aquella colección curiosa, parecen escritos en nuestra materna lengua casi todos, y sólo cuatro en castellano. Representan el elemento clásico que no podía ser abundante tratándose de una dama, unas *Epístolas* de Séneca, un tratado de San Jerónimo, acerca de este filósofo pagano, y dos Boecios, uno de los cuales parece ser el de Ginebreda. Entre los autores catalanes cuyos nombres se citan, aparecen solo Bernat, Oliver, Eximenis, Tomich y Canals. Los que hicieron el catálogo no cuidaron de otra cosa que de continuar, en general, los nombres de las obras. Vid. *Inventari dels libres de la senyora donna María, reina de les Sicilies e de Aragó*. Madrid, 1872. Colección de documentos históricos publicados en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. El inventario se hizo en los días 14, 15, 16 y 28 de septiembre de 1458, año y mes de la muerte de la reina.

Abrid por cualquier lado ese libro de oro, que con ser de pura fantasía lleva impreso el severo y poco idealista carácter de nuestros escritores en prosa, y como único resplandor romancesco el brillo real de nuestras glorias de Oriente, de quienes aspira á ser poético reflejo; ese libro, del cual dijo Cervantes que era tesoro de contento y mina de pasatiempo, y por su estilo el mejor del mundo, en el que los caballeros comen y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte—elogio peregrino de la tendencia realista de nuestra raza,—y os convenceréis de cuán acertada y exacta es mi afirmación. Porque desde el prólogo, en que se habla ya de Homero, de Tito Livio y de Virgilio, de Alejandro, de Escipión y de Aníbal, y de cuantos, para perpetuarlas, han escrito las hazañas de los héroes, ó las han ejecutado dignas de ser escritas, hasta la afectada lamentación que el emperador hace por la muerte del valeroso *Tirant*, y en la que se duele de que no sea el mismo Ovidio quien de su adorado caudillo *dignissims versos esmalte*, continuamente se tropieza con nombres mitológicos, con dichos de filósofos paganos, con héroes de la antigüedad, con hazañas de la historia griega y romana; y las mismas doncellas y princesas hacen alarde de pedantesca erudición y de ciencia escolástica, y saben como la hermosa Carmesina presentar y defender, con copiosas citas de sabios y poetas, sutiles cuestiones — que ya los trovadores hicieron propias,— sobre cuál sea mayor bien, si valor ó sabiduría; ó como *Plaerdemavida*, palaciega celestina, echar largas y enfadosísimas réplicas y respuestas, empedradas con textos de Aristóteles, Séneca, Virgilio, Salomón y San Juan Crisóstomo, sin más objeto que el de implorar la misericordia del caudillo afortunado para los habitantes de una ciudad imaginaria. Y con todo, y sin detenerme á encarecer lo cervantesco de su estilo esmaltado de multitud de palabras latinas felizmente acaudaladas por la restauración clásica, y enriquecido con giros de belleza incomparable, pocas obras conozco de sabor más real, de más sincero naturalismo, de espíritu más catalán, y de la cual más curiosas noticias puedan sacarse de la vida de una época determinada; pues por ella se conocen, indumentaria, arte militar, navegación, prácticas cortesanas, costumbres, aire de familia,

los más recónditos detalles domésticos y, en suma, cuanto constituyó el ser de aquella sociedad catalana, á pesar del barniz oriental con que quiere presentársela. Sus cuadros llenos de movimiento y colorido, se nos antojan hermosos tapices góticos de delicada labor, donde, al través de candorosos anacronismos, cobran existencia y vigoroso realce personajes y hechos de pasados tiempos.

El carácter escolástico-moral de la oratoria política en los últimos años de la dinastía catalana, que da á los dicursos de los reyes el tono magistral de los sermones religiosos, con su erudición bíblica y citas de Santos Padres, fué haciéndose de día en día más clásico, ya desde el reinado de D. Martín, que en su notable panegírico de los catalanes quiso lucir extemporánea erudición, y en las Cortes de 1413 leemos sin sorpresa que la contestación al discurso de la Corona no fué otra cosa que un presuntuoso y pesado sermón latino, en el cual se veían confundidos Platón y San Agustín, Séneca y San Isidoro de Sevilla, el Libro de los Reyes y el de *Officiis* de Cicerón (1).

Es verdad que la Historia tardó en ingresar en las vías del Renacimiento, y que en algún modo se libró de la imitación de las formas por éste introducidas, cuantas veces se valió del lenguaje patrio, conservando siempre aquel no aprendido aire familiar y candoroso que hermana todos nuestros historiadores de la Edad Media, desde Muntaner hasta Tomich ó Boades. Pero no es menos cierto que el espíritu crítico de aquella revolución literaria invadió también, como no podía menos, un género en que por ventura más que en otro alguno era indispensable. A principios de este siglo el clero catalán cultivaba eficazmente, como preliminares de la Historia, no sólo las lenguas latina y griega, sino la ciencia de los diplomas, de las lápidas y de las medallas, y en una palabra, estaba en pleno Renacimiento (2), y quien de ello nos ofrece un claro testimonio es cabalmente el simpático Bernat Boades. El cual á pesar de su erudición y de ser el primer investigador de profesión, de nuestros cronistas, que cita escrupulosa-

(1) *Las Cortes catalanas*, por D. José Coroleu y D. José Pella. p. 225.
(2) P. Fidel Fita, *El Gerundense y la España primitiva*, p. 16.

mente las fuentes que consulta para la averiguación de los orígenes, ó sea los autores griegos y latinos que se ocuparon en la España primitiva, y que escudriña diligente archivos y bibliotecas, no abandona jamás las sencillas formas de Muntaner, ni aquel tono narrativo popular ya tradicional en nuestros historiadores, salpicando sus sabrosas páginas de alusiones á los hechos presentes, de consideraciones atinadas sobre los pasados, de oportunas pinceladas que diestramente caracterizan una situación ó un personaje y de un cendrado espíritu catalán que no daña nunca á su honrado empeño de imparcialidad y de justicia (1).

Otras veces la historia catalana, como en Turell sucede, á juzgar por el elegante elogio de Alfonso V de Aragón, único fragmento importante que transcriben de sus *Antiquitats de Catalunya, Espanya y Fransa* los eruditos que han logrado verlas (2), toma formas cultas y afectadas, en que se ven trazados los vestigios de la restauración acá traída por Italia. Otras, por último, y ya á fines de este siglo, el genio de la Historia produce un hombre excepcional, que si no se adelanta en el intento á Rodrigo Sánchez de Arévalo, que pretendió dar forma clásica á su *Historia hispánica*, le vence, sin embargo, en sagacidad, en amplitud de miras y en alteza de crítica. Refiérome al famoso obispo de Elna y de Gerona, y cardenal más tarde, D. Juan de Margarit, diplomático insigne, varón de extraordinaria influencia en los destinos de su patria, preclarísimo entre nuestros oradores parlamenta-

---

(1) *Libre dels feyts darmes de Catalunya*. Edición Aguiló. Nuestro Boades fué quizás el primer epigrafista y numismático español, y lo prueban sus mismas palabras en el cap. II, p 17. «Daquest March Cató n' he vist molts recorts scrits en pedres marbres, que en lo dia de vuy sen troben en alguns llochs de Catalunya; *e daquestes e de moltes daltres n' he pensament de ferne un granlibre hon anirá la declaració de aquelles escriptures, ó de les infinides monedes quen tench aplegades de aquell temps* e perço non dich aqui res e no fas mes que tocarho.»—Su erudición y diligencia, y su afán de acudir á las mismas fuentes auténticas, lo indican varios pasajes, y entre ellos el siguiente, que no deja de ser muy curioso, cap. IV, p. 31: «Per tant en la ciutat de Emerita varen faer morir negats en una gran laguna daygua als benaventurats sancts Hermogen e Donat, segons ho he trobat recitat en liçons antigues e en algunes altres scriptures de gran antiquitat, de les quals he bons treslats en la mia libreria, *quen es prou bona e men costa de pecunia molta*, mercés e gracias á mossenyer molt reverent e molt noble e molt virtuós en Dalmau de Mur, bisbe de Gerona, qui, veyent *la mia molt gran affecció en cercar antiquitats*, per unes bandes e altres, men ha molt be socorregut e men socorre per haver libres, car jo sol no hi poria bastar.»

(2) Torres Amat, op. cit.

rios, y entre nuestros historiadores en lengua latina el primero.

Ni en ciencia ni en erudición sagrada y profana, como ni en solidez y profundidad de ingenio, imaginación brillante y belleza de estilo, tuvo el autor quien se le aventajase entre los españoles é italianos de aquellos tiempos, dice de él un eminente polígrafo conterráneo nuestro (1), hablando de su *Templum Domini* (2), memorial valiente que presentó al rey sobre los disturbios de Cataluña después de la muerte del príncipe de Viana, en los que tomó parte asaz activa y con espíritu poco favorable para la causa que los catalanes defendían, años después de haber pronunciado en las Cortes de 1454 el más elocuente panegírico, y á la vez fúnebre nenia que de nuestras glorias y de nuestra pasada grandeza haya sonado en Parlamentos catalanes.

La obra que, entre otras de menor importancia, con más razón dá derecho á Juan de Margarit á sentarse entre los más eminentes escritores de la escuela histórica moderna, es aquella tan maltratada por los críticos de los síglos XVII y XVIII, el *Paralipómenon,* dedicado á los Reyes Católicos. En pocas resplandece con más vivo fulgor la antorcha del Renacimiento. Su espíritu fecundo vive y palpita en todos sus poros; en el modo de abarcar con mirada poderosa y serena la marcha política de los sucesos; en el sentimiento de unidad española que la anima, hermosamente expresado en aquellas frases dirigidas á los Reyes Católicos: «subiendo al trono de vuestros padres y progenitores habéis devuelto con vuestro lazo matrimonial á las Españas citerior y ulterior aquella unidad que desde el tiempo de romanos y visigodos habían perdido, y no lograron recobrar en medio de su agitación incesante»; en la misma concepción sintética de una verdadera historia general; en la manera de dilucidar y plantear las más difíciles cuestiones de la moderna Arqueología, y de servirse como de instrumentos preciosos de investigación de la Geo-

---

(1) P. Fidel Fita, *El Gerundense y la España primitiva.* Discurso leído ante la Real Academia de la Historia.—Ed. segunda, 1879, p. 33.

(2) El ilustrado presbítero Sr. Gou ha publicado una traducción castellana del *Templum Domini* en la *Revista literaria de Gerona.*

grafía, de la Lingüística, de la Epigrafía y de casi todas las modernas ciencias auxiliares de la Historia; en su desprecio por la Edad Media, un tanto desdeñoso y soberbio, y, para decirlo todo de una vez, en su espíritu crítico y clásica expresión. El abrió, añade su ilustre biógrafo citado, la marcha que siguieron Antonio de Lebrija, Mariana, Vaseo, Morales y tantos otros escritores de nuestro siglo de oro, que supieron colorear su estilo al resplandor de la edad *Augústea*, si bien no le aventajaron ni alcanzaron en el citar fidelisimamente los textos originales como sostén de la crítica, ni en el sondear las puras y caudalosas fuentes del repertorio griego, ni mucho menos en su examen comparativo con las del Lacio (1).

En estos últimos días de nuestro despertamiento clásico, hallamos algunas apreciables traducciones é imitaciones catalanas de obras latinas, que la imprenta, recientemente descubierta, contribuyó á fomentar y á popularizar. Tales son, entre otras que se habrán escapado á nuestra diligencia, la de las *Antigüedades*, de Josefo, hecha directamente del latín y publicada en 1482, sin nombre de autor (2); la de Quinto Curcio del valenciano Luis de Fenollet (3), impresa en Barcelona; la del catalán Francisco Alegre, y las imitaciones ovidianas de Corella, figura literaria de notable relieve, digna de cerrar el período de la influencia clásica, con tanta gloria iniciado por Canals y Bernat Metge.

Bien merecen algunos pálidos elogios las muchas obras poéticas y prosaicas del fecundo valenciano Joan Roig de Corella, única estrella que en el cielo de nuestra poesía despide ráfagas de luz tan viva como las del que es en él el as-

---

(1) P. Fidel Fita, op. cit., p. 43.

(2) Torres Amat describe extensamente esta traducción con referencia á Méndez.—Vid. *Tipografía española*, tom. I. p. 98. El P. Caresmar dió la noticia á este erudito, de la existencia de esta obra, que como se indica en el texto es traducción de las *Antigüedades* y no de la *Historia de Josefo*.

(3) Salvá y Gallardo citan con prolijidad esta edición. El autor declara haber tomado algo de Plutarco para suplir los libros perdidos de la historia de Quinto Curcio. También confiesa haberse valido de la traducción italiana de Pedro Cándido Decimbre, y aun de otras auxiliares. Indícalo en la inscripción final: «La present elegantíssima é molt ornada obra de la hystoria de Alexandre per Quinto curcio ruffo hystorial fou de grec en lati e per Petro candido de lati en toscá, per Luis de Fenollet en la present *lengua valenciana*, transferida e ara ab lo dit lati, toscá e encara castellá e altres lengues diligentment corregida, emprentada en la noble ciutat de Barcelona per nosaltres Pere Posa, prebere catalá e Pere Bru savoyench companyons á setze del mes de Juliol del any mil quatrecents vintanta hu feelment. Deo gratias amen »

tro-rey, único también que penetró en los secretos de la armonía rítmica con arte hasta entonces no igualado. Quien haya leído una vez siquiera los versos dirigidos á la Virgen Madre, teniendo en sus brazos á su hijo Jesús, ó los abrasados encarecimientos y terribles maldiciones que su pasión por Caldesa le sugiere, ni olvidará aquellas regaladas estancias llenas de unción y sentimientos, ni sus ardientes quejas, ni la respuesta encendida que un amor más ó menos sincero pudo hacer brotar de labios de una mujer mundana. Como que no presenta nuestra poesía endecasílabos como aquellos, ni son frecuentes en aquel tiempo en ningun otra. Lastimosamente no está á la misma altura la sobrado acicalada y florida prosa de sus obras místicas y de sus numerosas imitaciones clásicas, las más de ellas ovidianas, convertidas muchas veces en animadas narraciones de carácter gótico clásico (1). Lejos de mi ánimo negarle fluidez y conocimiento de la lengua, y más lejos aún ocultar sus esfuerzos no infructuosos para enriquecerla y hacer de ella un tejido de primores de dicción, de libertades en los giros y de licencias no todas inaceptables. Sin embargo, hemos de reconocer que llevó sus deseos más allá de los límites debidos; que la violentó extremadamente en el lecho de Procusto de la construcción latina, y que por querer ser demasiado artístico degeneró en amanerado y hasta en de fatigosa lectura. Comienza á sentirse en él una especie de gongorismo clásico, síntoma fatal de decadencia y más fatal todavía para nuestra lengua, á quien no esperaban más anchos horizontes donde espaciarse ni nuevas auras regenadoras.

Igual gongorismo se observa en el valenciano Luis de Fenolletly, aunque en menor grado, en el catalán Francisco Alegre en las versiones antes citadas. Florecen los dos á fines del siglo XV, cuando los humanistas latinos de la corte de Alfon-

(1) Sus imitaciones, ya de las *Metamórfosis*, ya de las *Heroidas*, muestran que fué muy dado al estudio de los clásicos, no siéndole extraños los asuntos mitológicos. En ellas altera con libertad suma detalles, descripciones y diálogos, ciñéndose á las líneas generales de la fábu'a. Citaremos *Lo rahonament de Telamó é de Ulises sobre les armes de Achiles* (lib. XIII *Metamorfosis*). *La Istoria de Leander* (Heroida ovidiana XVIII y XIX), *La lamentació de Mirra filla de Cinara* (*Metam. X*), *La faula de Narciso* (Id. III), *La faula de Jeson y Medea* (Id. VII). *La faula de Orfeu* (Id. X y XI), *La faula de Silla filla del Rey Niso* (Id. VIII), etc., etc.



so V habían sorprendido la riqueza de las formas clásicas en sus mismas fuentes, cuando el espíritu de la crítica había producido un talento como Margarit, cuando el idioma catalán acababa de llegar á la meta de su perfección, y sin embargo señalan un visible retroceso, así en el conocimiento de los escritores augústeos, como en el dominio de la forma.

Al quedar bruscamente interrumpida la marcha de nuestras letras por los senderos del Renacimiento, aun no habían abandonado á su maestro y guía el genio de Italia. Luis de Fenollet en su afectadísima versión, tuvo más presente la italiana de Pedro Cándido Decembrio ó Dezimbre que los textos originales de Quinto Curcio; Francisco Alegre en sus alegorías ó morales exposiciones á cada una de las transformaciones que de Ovidio traslada, presenta á Juan Boccaccio guiando y presidiendo el diálogo sostenido por veinte doctores antiguos que la Virgen le envía. En los brazos de Italia le alcanzó, pues, á nuestra literatura, el golpe de muerte, que la privó de gustar todos los frutos del Renacimiento. Desposeída con la unidad española,—una de las consecuencias de aquel mismo Renacimiento que la diera vida—de su propia corte; privada del favor de los monarcas; reducida á estrechos límites, su decadencia no pudo ser más espantosa y rápida, extinguiéndose de súbito como brillante fuego de artificio, cabalmente cuando la imprenta, á la cual se abrazó anhelosa, antes que la castellana, como á tabla de salvación, corría en su auxilio para ampararla y fortalecerla.

Más cerca que su hermana de las fuentes de la renovación literaria, se adelantó á ella en fecundar con su riego sus amenos campos. Y sin embargo, esta venturosa anticipación fué tan efímera y estéril, como la de las grandes glorias políticas de nuestra raza, quizás también por demasiado prematura.

Es que no había llegado todavía la hora de la verdadera erudición, ni se habían desprendido las letras catalanas de todas las ligaduras de la Edad Media.

Los esfuerzos de los Villenas y de los Cartagenas, de los Madrigales, de los Guzmanes y Mendozas, inferiores por lo común, á los de los Valentí, Margarit, Jerónimo Pau y Ramón Ferrer, vencieron á la postre á éstos, por el arraigo y predominio incontestable que da á un idioma la protección

real ú oficial, principalmente en aquella época en que los reyes iban á serlo todo. En los últimos años del siglo xv se traducen al castellano más obras clásicas que en todo él, y eso que fué fecundo, en lengua catalana; y no quiero pasar más adelante, ni contemplar los progresos de los estudios de humanidades y de los orientales, valioso resultado del favor del gran Cisneros, ni entrar en pleno siglo xvi, la edad de oro del Renacimiento español, época crítica y artística por excelencia, ni evocar los augustos nombres de los Luis Vives, Fox Morcille, Ginés de Sepúlveda, Francisco Sánchez y Melchor Cano, ni los de toda aquella serie de poetas émulos de Vida, de Sannazaro y de Policiano, ni por fin los de aquella legión de filólogos y preceptistas que *nihil intentatum liquere*, porque la comparación para nuestras letras sería desventajosa, y desigual sobre todo en altísimo grado.

¿Significará esto por ventura que los países donde se hablaba la lengua catalana dejaran de tomar parte en las glorias de este movimiento, quizás el más notable después del de Italia? Replicarán por mí elocuentemente el genio audaz y sintético del valenciano Luis Vives, la fecundidad asombrosa de Vicente Mariner, hijo también de la ciudad del Turia, la dulce afluencia del alicantino Perpiñá, el saber profundo del catalán Hortolá, lumbrera de Trento, la fama del retórico balear Antonio Lull, la erudición griega del barcelonés Vileta, y algo más tarde la ciencia extraordinaria de aquel portento, milagro de su sexo, de Juliana de Morell, por Lope de Vega tan hiperbólicamente ensalzada. No trato de seguir por este camino, como quiera que no he venido á hablar aquí del humanismo en general, sino de su influencia en la literatura catalana. El Renacimiento clásico podemos darle por terminado en los reinados de Alfonso V y de don Juan II, y bastante en él me he detenido para que por más tiempo abuse de vuestra benevolencia.

No temáis ahora, Señores, que sea muy prolijo en las breves consideraciones acerca del carácter general que el Rena-

cimiento reviste en nuestra patria, con que voy á terminar este abocetado ensayo.

Ante todo conviene dejar indicado, y este le tengo como hecho casi incontrovertible, interpretando la denominación asaz compleja de Renacimiento, por el conocimiento total de las dos literaturas clásicas antiguas, en lo cual me parece hemos de hallarnos todos conformes, que nuestros escritores de la época de oro sólo pudieron contemplar, y aun no en toda su hermosura, una de las caras de su doble faz, la de la cultura latina; sin que nada ó, mejor, muy poca parte les alcanzase de la influencia helénica, la cual, desarrollada en su mayor fuerza en el siglo xvi, llegó tarde á nuestra patria y en ocasión en que la lengua de Muntaner había descendido del solio de los monarcas y del pedestal de su grandeza. Del despertamiento general del siglo décimosexto, de la verdadera restauración clásica, de aquella que dominó las materias y mucho más las formas, de la maravillosa resurrección de una civilización entera, antes casi por completo sepultada en el fondo de los archivos y monasterios ó bajo la tinta de carcomidos palimsestos, y ahora volando con las alas de la imprenta por mundos y regiones para aquélla ignorados, algo pudo entrever, es cierto, pero muy poco saborear la ya entonces decadente literatura catalana.

Mas si tan poco fruto recabó de aquella renovación de la filosofía, de la poesía y de la historia greco-latina, ni de la vida artística rejuvenecida en todas sus formas por el soplo de la antigua sabiduría, que en su pristina belleza contemplaba el mundo absorto; si aquel poderoso hálito de inspiración no la libró de postración tan triste cuanto inevitable; si única entre todas las neo-latinas, no alcanzó la dicha de templar y acrecentar sus fuerzas, como ellas, en las nítidas corrientes del numen horaciano, por quien la moderna poesía volvió á ser reina del arte y lenguaje de los dioses; si de aquel rayo luminoso de la antigüedad y de aquel beso fecundo no sacó más rico color para la frase, más fijeza y dulzura para la forma, y el aire de aristocrática elegancia que tomaron luego sus hermanas; en cambio bien puede envanecerse de la gloria de haberse adelantado en todo á la literatura castellana, de haber sentido antes que

ella la necesidad del culto de las formas y vislumbrado tanto venero de inagotable riqueza, guiada por el genio de Italia, mereciendo que unida á él, en estrecho abrazo, paseara en majestuoso triunfo y con la pompa de los antiguos vencedores el suelo de la Magna Grecia.

Queda con esto indicado que la época de nuestro verdadero renacimiento no pasó de los siglos XIV y XV, y la influencia que sintió más directamente la del genio latino, y ésta no en todas sus manifestaciones ni de un modo serio y profundo. La poesía, como queda dicho, nada conoció de los primores de la factura horaciana, ni puede darse cosa más apartada de la soberbia concisión y del secreto de la armonía que más que nadie adivinó el lírico venusino, que las sequedades, durezas y la rústica aspereza que hacen, por lo común, la nuestra tan desabrida.

Nuestro renacimiento, es más italiano que clásico, y nuestra literatura la que sufrió la influencia de la península vecina en proporción tal vez mayor que todas las europeas. Toda la erudición mitológica de nuestros poetas y de nuestros prosadores brota á raudales en gran parte, y en Bernat Metge y en Rocabertí tuve ocasión de demostrarlo, no de los autores latinos, sino de las obras de los tres grandes escritores italianos del siglo XIV, Dante, Petrarca y Boccaccio. Junto á estos verdaderos soberanos de nuestras letras, que lo llenan todo, asoman algunos eruditos de la misma nación, que imprimen huella en muchos autores catalanes, tales como Guido Colonna, Cándido Decembrio, Bruno de Arezzo, el Panormita y Bartolomé Fazzio, por no citar otros aquí no tan conocidos, inspiradores y maestros de Conesa, de Fenollet, de Valentí, de Jerónimo Pau, de Ramón Ferrer y de Carbonell. Las formas, tanto rítmicas como no métricas, en aquella época adoptadas, son también principalmente italianas; el endecasílabo libre y encadenado, el movimiento más yámbico que toman algunos de ellos, sobre todo en Corella, la soltura de la prosa, y hasta aquella hipérbaton graciosa y menos afectada que la de la lengua castellana.

De Francia es muy escasa la derivación clásica que se infunde en nuestro organismo literario, y casi toda ella debemos buscarla en plena Edad Media, ó por lo menos antes del

primer renacimiento italiano, y aun reducida á los asuntos épicos antiguos, con formas trovadorescas, de Roma, Troya, Tebas y Alejandro, á groseras imitaciones de Ovidio, á una que otra traducción de Séneca, y de algunos pocos autores más que tal vez yo no conozca. Castilla, por su parte, no influyó en la marcha y progreso de nuestra erudición antigua, sino que por el contrario, más bien por nosotros conociéronse allá muchas obras de la civilización pagana. Apenas en las bibliotecas del rey D. Martín, de D.ª María y del príncipe de Viana se encuentran versiones clásicas castellanas, á excepción de en la del condestable de Portugal D. Pedro, que ya por su padre ó por sí mismo tuvo ocasión de apreciar de cerca la cultura humanista de la corte de D. Juan II; en cambio, en la primera mitad del siglo XV y á fines del anterior, son bastante frecuentes las vulgarizaciones castellanas de autores latinos, tomadas del catalán (1).

Sin que apoquen nuestro ánimo los jansenístas escrúpulos del famoso abate Gaume, ni de sus ardorosos secuaces, que en el Renacimiento ven la causa de todos los males que afligieron á la Iglesia primero y á la sociedad más tarde, desde la pseudoreforma de Lutero hasta la volteriana y cruenta revolución francesa; desde el carácter anticristiano de la moderna filosofía hasta el paganismo del arte, no podemos menos de reconocer, á fuer de católicos y de imparciales, que aquel movimiento de admiración exagerado, mal dirigido y peor entendido, produjo execrables frutos de inmoralidad é impías aberraciones, y en el orden literario, un espíritu de intolerancia contrario á la libertad del arte, que había de matar en germen muchas originales aspiraciones y de desfigurar el carácter espontáneo de la eflorescencia poética de algunos pueblos. Por fortuna, no pueden echarse crudamente en rostro estos cargos al renacimiento catalán, quizás porque se vió contrariado en su desarrollo por circunstancias históricas y literarias desfavorables; tal vez, y es lo más probable, por el temple grave y sesudo de nuestra raza, que opuso obs-

(1) Podemos citar, entre otras, una del Valerio Máximo de Canals (vid. Bib. escurialense cod. h, j, 10-h. j. 12; Bib. Nac., B. b. 30, etc..); otra de Lucano (Bib. esc. ant. Bib. Osuna, etc.); del Boecio, atribuída á Ginebreda, impresa en Tolosa, 1488; de las tragedias de Séneca, de Vilaregut (Bib. Nac., cod., t. 131); del *Isopet* catalán, etc.

táculo invencible á tales extravíos. Aquí no rayaron, además, á tan alto punto como en Italia las exageraciones paganas, porque no las exacerbaba el melancólico y patriótico recuerdo de pasadas grandezas. Aquí, al contrario de lo que sucedía en aquella península, presa siempre de dominaciones extranjeras, la prosperidad política de la patria corría parejas con su apogeo intelectual, si es que no le superaba, y no echábamos á menos la gloria de los romanos ni los esplendores de la Italia antigua, que no eran nuestros esplendores ni nuestras glorias. Por eso no fué aquí posible el sacrílego fervor de Ficino, dando culto á Platón; y hubiera sido tenido por loco Pomponio Leto, que al arrodillarse diariamente ante el altar de Rómulo, adoraba la majestad de la cesárea Roma; y no hallara imitadores el ejemplo de aquel Sannazaro, que suprimía siempre el nombre de Jesús, por no juzgarle asaz latino. Los paganos encarecimientos de Valentí, de Jerónimo Pau y otros, eran más bien elegancias de dicción que expresión de ciego fanatismo ó verdaderas herejías. El más fervoroso de los renacientes catalanes, Corella, es el más sublime de nuestros poetas religiosos, y el angelical Verí no empleó su musa sino en asuntos cristianos.

Con ser tan fuertes los cargos que se dirigen á la restauración pagana, en el orden literario, como en las esferas moral y religiosa, todavía alguna exención alcanza á nuestra literatura, que nunca dejó llevarse por fanáticos impulsos reñidos con la templanza del buen sentido. No encerraron al arte en formas muertas nuestros innovadores, porque la verdad es que su exclusivismo no les llevó al punto de despreciar la lengua vulgar, cual aconteciera en la época de mayor fervor *renaciente* con la castellana. De la cual puede decirse que, poco antes de que pasara por gentileza hablarla en las demás naciones, parece como que se corrieran de usarla, ó la emplearan con encogimiento sus más conspicuos eruditos, y hasta el príncipe de ellos, el meritísimo Nebrija, se adelantaba á acusarla de pobre de palabras, *que por ventura no podrían representar todo lo que el artificio latino contenía.* Muy de otra manera procedían nuestros escritores y poetas, en quienes no engendró nunca soberbio desprecio del romance, que Muntaner llamara *lo pus bell catalanesch*

del mon, tanta magnificencia como decoraba el arte clásico. Valentí escribió en catalán y en latín indistintamente; otro tanto pudiera decirse de Jerónimo Pau, de Ramón Ferrer y de Carbonell; Margarit empleaba las formas clásicas en la historia, y con inusitada elegancia su materna lengua en los políticos Parlamentos. ¿Ni cómo pudieran jamás los catalanes despreciar su idioma, hasta para encarnar en él las más altas concepciones de la mente, cuando su mayor filósofo Ramón Lull, como con singular acierto ha observado Menéndez Pelayo, fué el primero en honrarle elevándole á lengua de la filosofía, anulando el divorcio entre la ciencia y el lenguaje vulgar consumado por los eruditos, ya desde los primeros días de la Edad Media, y cuando en él no se desdeñaron nuestros reyes de dirigirse, así á sus pueblos, como á los pontífices y á los príncipes más poderosos de la tierra?

Que nuestra lengua, como las demás, abusó en aquella sazón, sobre todo en los escritores de mediados y últimos del siglo XV, no tan naturales y sencillos como los del postrer tercio del XIV, de la manía de la imitación latina, y se dejó deslumbrar en ocasiones por una erudición tan pueril como indigesta; que no escaseó las transposiciones violentas, los paréntesis intolerables, la afectada y perenne colocación final del verbo en la frase; que se nota á veces en ella, ora cierta sequedad de estilo, ora una concisión ú oscuridad viciosas, ya una abundancia atropellada y tumultuosa, cuándo violentas dislocaciones de miembros, cuándo la falta de espontaneidad ó el exceso de neologismos, todo es muy cierto; mas ¿qué son estos defectos que no desnaturalizaron nuestra construcción, la más latina sin duda de todas, comparados con otras positivas ventajas entonces obtenidas, tales como la mayor soltura y variedad en los giros, la mayor libertad en el hipérbaton, la copia de palabras y noble elegancia y la armonía y facilidad que caracterizan principalmente los mejores autores del siglo de oro de nuestras letras?

Y sin embargo, esa evolución natural, más prematura y bien entendida que en ninguna otra literatura ibérica, pero lastimosamente detenida en su marcha progresiva, se realizó sin grande esfuerzo, gracias á encontrarse el catalán más formado y gracias á las letras italianas, que dulcificaban las

asperezas de una transición sobrado repentina, y que mejor preparadas por una más refinada cultura y por un mayor conocimiento de los modelos que trataban de imitar, servían como de intermediarias y adoctrinadoras en esa labor complicada, adiestrando á nuestros ingenios á vencer las dificultades.

De esta suerte, las formas eruditas y los neologismos introducidos con pretensión culta, no ahogan entre nosotros, con una sobrada rápida eflorescencia, las formas más populares, ni se da el caso, como acontece en Portugal en el siglo xv, de que se creara otra lengua literaria convencional, á quien el rey Dom Duarte distinguía con el significativo nombre de *lingua ladinha*, y ante la cual la vulgar pareció tan arcaica, que fué preciso traducir á ella los documentos oficiales á fines de aquel mismo siglo.

De estos neologismos abundan nuestros escritores, y sobre todo los que florecen cerca ó en la segunda mitad del siglo xv, como Martorell,Rocaberti, Corella, Ausias March, etc., y aun de algunos de ellos, introducidos en la Edad Media por el escolasticismo y las sutilezas propias de él, nos presentan ejemplos autores tan arcaicos como Ramón Lull. Tomábanlos los eruditos principalmente de fuente latina, ó procedían por lo común de escritores italianos, y su misma abundancia, no tan dañosa como los giros archilatinizados de ciertos autores castellanos y portugueses, es testimonio evidente de que no echó en olvido nuestro nativo idioma la conocida sentencia de Horacio:

> Licuit semperque licebit
> Sygnatum præsente nota procudere nomen.

Y ahora, antes de concluir, no me parece ocioso preguntar: ¿fué desgracia para nuestras letras que recibieran mortal golpe en su existencia—del cual Dios quiera acierten á curarle los esfuerzos de todos,—con la privación de nuestra nacionalidad política, antes de que la obra del Renacimiento hubiera producido todos sus frutos? Tengo para mí que sí lo fué, y si no incurable, cuando menos de dificilísimo remedio. No cabe duda que el bautismo *renaciente* vino á ser como la

patente de nacionalidad literaria que Roma, desde su tumba, concedió á sus hijas en cuanto las vió mayores de edad y dispuestas á emprender el vuelo á nuevos mundos ó á prepararse á más altos destinos. Tal vez hoy sería un hecho la anhelada unión ibérica, si la anexión de Portugal, en lugar de realizarse en los tiempos de Felipe II, es decir, cuando ya la lengua y la literatura lusitanas se habían fortificado en las corrientes del Tiber y del Cefiso, hubiera ocurrido al tiempo que el desposorio de Isabel y de Fernando. Porque Renacimiento no significa sólo resurrección literaria, sino renovación completa en todas las esferas de la vida, y encierra en su complejo sentido tan extraordinarios sucesos, como el casi total conocimiento de nuestro planeta, la invención de la imprenta, la independencia filosófica, la muerte de las libertades medioevales, la difusión de las antiguas lenguas á nuevos continentes y la realización de los ensueños de unidad cesárea; y el pueblo que se halló entonces libre del todo en su constitución política é íntegro en sus fronteras y dueño de su lenguaje, recibió para siempre en su espíritu los gérmenes renovadores de tantas influencias y en su organismo la savia regeneradora de tantas corrientes de vida, y en una palabra, cambió el traje medio-eval por el moderno de otra civilización, pasando definitivamente de prolongada infancia á mayor y duradera edad viril. Mas el que, cual el catalán, experimentó todas estas modificaciones como de rechazo y formando parte de otro organismo más fuerte, más viviente, y con mayor cohesión constituído, asimiló entonces su vida á otra vida superior, y se privó en adelante de existencia propia, robusta y estable.

Además, se ha de tener en cuenta que nuestra raza no se hallaba unificada como la castellana y la portuguesa; porque al extenderse por Mallorca y por Valencia, hubo de confederar—obligada por su especial modo de ser político—estos países, en lugar de asimilárselos, como hicieron Castilla y Portugal con todas sus conquistas. Y lo peor de todo es que, al partir en tres fracciones semi-autónomas su nacionalidad, destruyó, ó por mejor decir, amenazó seriamente la futura unidad de la lengua, con este forzoso *regionalismo*, como diríamos hoy; y no porque nunca, felizmente, haya dejado de ser una

la catalana que hablan mallorquines y valencianos, y hablamos nosotros, sino porque había de halagar más que no lo fuera á aquellas regiones que, no teniendo idioma propio, sino importado, les dolía bautizarle con el nombre de una comarca á quien no consideraban como cabeza y madre, sino como hermana. ¿Cómo explicar de otra suerte la existencia de estas fantásticas lenguas lemosina y valenciana, que no se encuentran en ningún mapa filológico y que no reconocen más origen que una pueril vanidad ó una inconcebible ignorancia por parte de muchos escritores?

Agregad á todos esos males, que explican nuestra desaparición del número de las naciones europeas, que esa misma raza, no unificada en España, tuviera un pié en Francia y otro en Italia, y os convenceréis de que la nación catalana, compuesta de elementos tan heterogéneos, bautizada con un nombre artificial, adherido á un pueblo para ella extraño, que no se preocupaba más que de sus fueros y la miraba con recelo, constituída por tres reinos y otros estados ultramarinos, en que se hablaban tres lenguas distintas, y privada por su situación especial en el Mediterráneo, al igual que las repúblicas italianas, de extender su idioma genuínamente nacional,—cual el mismo Portugal pudo hacerlo—á nuevos continentes, había de quedarse forzosamente sin propios destinos y sin literatura, en aquella era de la creación de las grandes nacionalidades políticas y literarias.

Bien podemos dolernos de tan triste suerte, aunque acatemos soberanos decretos providenciales, tal vez irrevocables, sin que se tomen á mala parte nuestras lamentaciones. Bien podemos mirar con filiales ojos de amarga compasión á la más desdichada de las lenguas neo-latinas, que se sentó un día en el solio de los reyes, y en lás cátedras de los sabios, y en los sitiales de los más libres parlamentos del mundo, y bajo el dosel de todas las cortes meridionales, y á la sombra del Partenón y de la Cadmea, al contemplarla hoy con la túnica de esclava, arrimada junto al hogar doméstico, desceñida su condal corona y su régio manto, huyendo de los salones y de la luz de las plazas y calles donde en otro tiempo tan vigorosa tronara. Bien podemos compadecerla, repito, y acariciar legítimas esperanzas de restauración y de desagra-

vio, y hacerla reina y señora de nuestros corazones, sin desgarrar por eso un solo pliegue de la gloriosa bandera que nos cobija: que no hay nada más doloroso y repugnante, Señores académicos, para la dignidad humana y para libres inteligencias, que asistir á esas ejecuciones lentas de los idiomas, á que el cesarismo centralizador nos tiene por desgracia acostumbrados, privando, como dice Ticknor (1), al mundo de una parte de su pensamiento y á nosotros mismos de nuestra herencia intelectual, á la que tenemos tanto derecho como aquellos que la destruyen.

Mas recordemos que la postración actual de nuestro idioma no se remedia con llorosas elegías, y con ciega y estéril admiración de nuestras pasadas glorias, evocando á todas horas y convirtiendo en lugares comunes y retóricos nombres respetables que se achican y acanallan á fuerza de manosearlos. Sepamos, ante todo, multiplicar nuestra actividad y fortificar nuestra constancia, para ahondar más y más en los secretos de nuestra historia política y literaria, para remover de continuo el campo donde enterrados yacen tantos tesoros lingüísticos, para sacarlos á la luz y á la admiración de los contemporáneos, para prestarnos mutuamente sincero y desinteresado apoyo con fraternal amor y catalana llaneza. Cuidémonos también de alzar el pedestal de nuestra literatura, más que el de nuestra propia personalidad, que no tiene más valer ni más brillo que el que le prestan los grandes ideales á quienes sirve; desarraiguemos de nuestro campo las facciones que le empequeñecen, y trabajemos por el arte con abnegación y entusiasmo inagotables, llevando en nuestro ánimo el convencimiento de que todas las lenguas y todas las literaturas caben en el grandioso templo de la belleza, porque no hay para ella lenguas parias ni literaturas desheredadas; y sobre todo, Señores académicos, apliquemos de una vez la hoz horaciana á las malezas del artificial jardín de nuestra poesía contemporánea, ahogado por una vegetación mal sana y por cuidados indiscretos que tienden atropelladamente á producir

(1) *Historia de la Literatura española* tomo I, p. 363. Trad. castellana de Gayangos y Vedia, 1851.

mucho, más que á producir bien, y que los límpidos raudales de la pureza y de la sencillez clásicas, que no se agotarán nunca, porque derivan de la misma inexhausta fuente de la belleza y son celeste rocío del ideal que acariciará siempre el arte humano, vivifiquen la inspiración de nuestros ingenios que, como los antiguos escolásticos, languidecen en las vanas luchas de los poéticos certámenes.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

Cayetano

SR. VIDAL DE VALENCIANO

Señores Académicos:

Días son de júbilo, para los que vamos descendiendo la pendiente de la vida, aquellos en que la Academia abre sus puertas á los que, por sus méritos singulares y por sus aficiones nunca desmentidas, ha juzgado dignos de ocupar sitio preferente, entre los que consagran sus vigilias al estudio de las materias que son objeto de nuestro Instituto. Hay en ello algo del regocijo legítimo y de la satisfacción placentera con que el padre de familia amante y previsor ve penetrar en el hogar doméstico, ceñida la frente con los laureles conquistados en las aulas universitarias, al mozo imberbe que, traspuestos apenas los linderos de la juventud, garantía ofrece, por su cordura y sensatez, de que sabrá conservar, y acrecentar también la pingüe herencia acumulada en el transcurso de los tiempos por sus padres y progenitores.

Y si esto acontece todos los días y á cada momento, ¡qué será cuando el que pisa estos umbrales llega á ellos por derecho propio, más bien que en virtud de elección hecha libremente por la Academia! De mí sé deciros que han sido menester todo el rigor de los preceptos reglamentarios y todo el poder de los dulces lazos del afecto y del compañerismo que me unen con el Académico electo, para que me determinara á aceptar el cargo honrosísimo, pero en igual grado espinoso—y juzgo no estimaréis impropio, por exagerado, el

calificativo—de llevar la voz de nuestra Corporación en el momento solemne en que se trata de dar plácemes al recién venido, y de darnos, al par, la enhorabuena, por contar entre los individuos de número de esta Real Academia al señor don Antonio Rubió y Lluch.

Y para comprender que es fundada la desconfianza que me embarga el ánimo, respecto á que ha de ser punto menos que imposible hacerme eco, en la presente coyuntura, de los sentimientos de la Academia, bastará con recordar que no son frutos primerizos del ingenio, como tales entecos y poco sazonados, los que han traído á nuestro seno al nuevo Académico. No; el señor Rubió y Lluch, muy joven aún, casi niño, ponía el sello á los estudios correspondientes á la Facultad de Filosofía y Letras, haciendo sujeto de su tesis doctoral al cantor de Baco y de Afrodita; á aquel para quien la vida habría sido páramo tristísimo sin los encantos y atractivos del vino y la amistad, el amor y los placeres; al tierno Anacreonte, en una palabra, cuyos afectos y sentimientos suenan como ecos mal apagados en las liras de Villegas y Meléndez, Iglesias y Cadalso. Y al llenar este requisito, mero cumplimiento de una disposición reglamentaria, no se contentó con desflorar el asunto y tocarlo como de paso, antes inspirándose en el provechoso ejemplo de su predilecto amigo y condiscípulo el eximio Menéndez y Pelayo, que con sus *Solaces literarios* agotó la materia en lo que se refiere á *Horacio en España*, no se dió por satisfecho en tanto no logró disipar cuantas dudas existían respecto de la vida y de las obras del lírico de Teos, y haciendo hincapié en las investigaciones de la Crítica; en los descubrimientos llevados á cabo por la Bibliografía; y en las lucubraciones hijas de su propia experiencia, en situación favorable se halló para exponer cuanto hoy se sabe respecto del fundador del género anacreóntico: de la suerte que sus obras han corrido: ediciones que de ellas se han hecho: influencia que en las literaturas modernas han llegado á ejercer: caracteres distintivos de las mismas, y traductores é imitadores que han tenido en las tres regiones en que, bajo el punto de vista literario, y teniendo en cuenta el distinto idioma de que se valen sus respectivos moradores, puede dividirse y se divide la península Ibérica.

Poco más de un año había transcurrido desde que diera á luz tan completa y magistral monografía. Nuestra Academia, ganosa de asociarse al testimonio de admiración y entusiasmo con que la nación entera se disponía á conmemorar el segundo centenario del fallecimiento del más profundo é inspirado de los dramáticos españoles, ofrecía galardonar, en la medida de sus fuerzas, á aquel que en público certamen con más acierto discurriera sobre el tema «El sentimiento del honor en el teatro de Calderón»; y al terminar el breve plazo previamente señalado, gozábase concediendo el premio ofrecido, y con él la consideración y honores de Académico de la de Buenas Letras de Barcelona, al señor Rubió y Lluch—que lo era ya de otras corporaciones extrangeras—por su trabajo, que todos conoceis, y del cual ha dicho el celebérrimo autor de la *Historia de las ideas estéticas en España;* que ofrece muestras aventajadas de investigación y de crítica, penetración y firmeza en el juzgar, sentido verdadero y personal de la belleza artística, cultura intelectual de la que no es frecuente en nuestra patria, fácil y ameno estilo, y cierto reposo y elevación moral que cuadran perfectamente con la escuela de que el autor procede.

Por lo mismo que de entonces acá ha vivido entre nosotros, juzgo ocioso detallaros los méritos que tiene contraídos á vuestra consideración y los servicios que ha prestado á la Historia y á las Letras patrias. Entre aquéllos se cuenta el haber ganado en reñida oposición la plaza que había de darle derecho á la cátedra de Literatura general y española que actualmente desempeña en nuestra Universidad: son elocuente testimonio de los segundos el *Bosquejo histórico del gran senescal de Cataluña don Guillermo Ramón de Moncada,* escrito con motivo de la colocación de su retrato en la galería de catalanes ilustres que está formando el Municipio barcelonés en las Casas Consistoriales, y las monografías tituladas: *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente* y *Los navarros en Grecia y el ducado catalan de Atenas en la época de su invasión,* de las cuales nada debo deciros, por lo mismo que no sólo las juzgasteis dignas de alabanza, sino también merecedoras de que vieran la luz formando parte de la colección de *Memorias* que publica

nuestra Academia. Juzgo, sin embargo, deber mío añadir que la crítica extrangera ha sancionado vuestra opinión, y que el Gobierno de Grecia se ha hecho un deber en galardonar al autor con una recompensa á muy pocos concedida: la cruz de caballero de la Orden del Salvador, única existente en la antigua patria de Temístocles y Milcíades.

Hoy se presenta ante vosotros á hacer profesión pública de consagrarse con alma y vida al estudio de los asuntos, y al esclarecimiento de los problemas que son objeto de nuestras tareas, y, para más obligaros, despliega ante vuestros ojos el cuadro grandioso de las influencias clásicas en la literatura catalana, y en particular la del Renacimiento. Y pues habéis podido apreciar el cúmulo de datos y la exquisita erudición que avaloran este trabajo; y aquilatar lo atinado de las consideraciones y lo profundo de los juicios que sugieren al nuevo Académico, así las figuras que, artísticamente agrupadas, campean en los distintos términos del inmenso lienzo, como las obras en virtud de las cuales han sido expuestas á vuestra atención, empeño vano sería en mí, y además ocioso é inoportuno, hacer de este trabajo análisis detenida, ya que, por más que otra cosa me propusiera, había por fuerza de resultar desmedrada y fría paráfrasis.

Séame lícito, con todo—siquiera para corresponder al cargo de confianza que la Academia me ha conferido—aventurar algunas consideraciones respecto del asunto que aquí se ha tratado, por lo mismo que, ó mucho me engaño, encierra un problema de grandísima importancia para la historia de las Letras catalanas. Dicho problema puede plantearse en los siguientes términos: ¿Existió en Cataluña el RENACIMIENTO? Mejor aún: Las varias influencias que, singularmente en los siglos décimo sexto y décimo septimo, informan las distíntas manifestaciones del espíritu en otros lugares de nuestra Península, y determinan la evolución que con el nombre de «Renacimiento clásico» se conoce, ¿se encuentran en la tierra catalana?

Yo no debo recordaros, señores, que la patria de los Berengueres, los Jaimes, los Pedros y los Alfonsos había dejado de existir como nación y Estado independiente, en el punto y hora en que podían haber producido en ella los fru-

tos más ópimos y sazonados las nuevas corrientes que, no bien finidos los revueltos siglos de la Edad Media, íbanse difundiendo por todos los ámbitos de la Europa culta. Yo no debo recordaros aquella serie inmensa de trascendentalísimos acontecimientos que, realizándose poco menos que simultáneamente en los diferentes Estados del mundo antiguo, determinan un cambio completo en el modo de ser de los pueblos y de los individuos. Un obrero de noble estirpe lleva á cabo, en Alemania, un descubrimiento maravilloso, que ha de contribuir poderosamente á que se disipen las nieblas de la ignorancia, y, terminados los calamitosos tiempos de la lucha material, germinen y fructifiquen las semillas del saber, cuidadosamente conservadas, como tesoro de inestimable valor, por los que, huyendo el fragor de los combates y los desapacibles sones de todo mundanal ruido, acogiéronse á la paz de los cenobios y al silencio de los cláustros.—El segundo Mahometo, penetrando triunfante en la antigua Bizancio, destruye el Imperio fundado en Oriente por los últimos representantes de aquel pueblo que llevó sus armas vencedoras hasta los confines más remotos del mundo conocido; aventa y dispersa los gérmenes de una civilización que en cierta manera se había visto libre del espíritu y tendencias que son rasgo característico de los tiempos medio-evales, y siembra el espanto y el terror en los pueblos cristianos, que temen ver debelados sus campos; entregadas á las llamas sus villas y ciudades, y convertidos en pesebres para los corceles de los sectarios del Islam, los templos levantados por la fe á mayor honra y gloria del Señor de cielo y tierra.—Isabel de Castilla y Fernando de Aragón se postran de hinojos ante el argentado lábaro que, herido por los rayos del sol, fulgura con deslumbrante resplandor sobre el adarve de la morisca Alhambra, baluarte postrero de los que hacía ocho siglos habían penetrado en nuestro suelo tremolando el estandarte del Profeta.—Un humilde navegante, prestando obediencia á aquella voz interior que en las circunstancias más difíciles de su existencia aviva en su espíritu los incendios de la fé, con intento de allegar los tesoros que juzga indispensables para rescatar del infiel la tumba del Salvador, descubre un Nuevo Mundo, que entrega gozoso á los que han de enriquecerlo difundiendo en él

los fraternales preceptos de la doctrina evangélica.—A la autonomía de los Municipios; á aquellos fueros, privilegios, inmunidades y prerrogativas, alcanzados unas veces como justa recompensa de servicios generosamente prestados; conseguidos en otras ocasiones al término de continuada porfía y tras la realización de sacrificios inmensos; á aquellas Cortes siempre dispuestas á la defensa del derecho vulnerado, de la razón menospreciada, de la debilidad oprimida, se sobrepone la autoridad absoluta de los reyes, que no cejan en su propósito en tanto no han logrado anonadar á los que de auxilio poderoso les sirvieron en la empresa de someter á su voluntad á los representantes de aquella aristocracia ambiciosa, desatentada y tornadiza, pronta siempre á hacer armas contra el soberano y á desplegar al viento el estandarte de la rebelión.—La predicación de las indulgencias concedidas por León X á los que le auxiliaron en la obra de erigir en la antigua Roma el mayor templo de la Cristiandad, y las añejas rivalidades existentes entre dos comunidades religiosas, encienden en el ánimo de Martín Lutero el espíritu de desobediencia que, ofreciéndose en sus comienzos como mera protesta y hallando terreno perfectamente acomodado para su desenvolvimiento en las potestades temporales ganosas de emanciparse de toda jurisdicción espiritual, conviértese, transcurrido breve espacio, en aquella formidable *Reforma* que, después de sumir á los pueblos «en los horrores de las guerras de religión, en las tinieblas del fatalismo, en los absurdos de la interpretación privada y en los abismos de la tiranía, de la barbarie, del fanatismo y de la impiedad», había de dejar establecidas premisas mil, intrincadas y pavorosas, cuyas legítimas y fatales consecuencias sólo podrían deducirse mediante el transcurso de siglos.

Tal es, señores Académicos, y lo sabéis perfectamente, el cuadro que se ofrece á las miradas del historiador cuando fija su atención en los hechos que se realizan en los últimos tiempos de la Edad Media, y en los primeros de la Moderna, y tales los factores que, por lo menos, para lo que á nuestra patria dice relación, integra el problema del llamado *Renacimiento*.

Si recordáis ahora que las dos fuentes que en el concepto

literario lo determinaron en Europa, brotaron, casi al par, de dos sitios, punto menos que diametralmente opuestos— del centro de Alemania, merced á la peregrina invención de Gutenberg; del interior de Constantinopla, por medio de Italia, á consecuencia de aquel suceso tremebundo á que hace poco me refería;—si recordáis, por un lado, el hervor resultante de la fermentación tumultuosa á que se hallaban sometidos los principios del derecho público antiguo que se pretendía aniquilar, y que desacreditaba despiadadamente la acomodaticia diplomacia de la época por cuantos medios tenía á su alcance, y por otro las bases sobre las cuales se trabajaba en erigir la gobernación de los Estados, diametralmente opuestas en su espíritu y tendencias á las que hasta entonces habían regido; si consideráis, finalmente, que de esta lucha de direcciones opuestas y de fuerzas encontradas había de resultar, dadas las especiales condiciones de la apasionada naturaleza humana, que se extremaran por ambas partes las referidas tendencias, ya no os sorprenderá que, llevándose hasta la exageración el empeño, llegara un día en que se confundieran y arrojaran al olvido los sentimientos que informan ó deben informar por lo menos, las Letras y las Artes de la antigüedad clásica, y las Artes y las Letras de los tiempos modernos, y con la ceguedad de la exaltación por su amor al *Renacimiento*, aceptaran unos hasta el cieno del paganismo, y por el entusiasmo que la *Reforma* les inspiraba, abominaran los otros hasta de las bellezas de mayor precio, sólo por lo que de «romanas» tenían, y por más que de ellas se desprendieran aromas de la fragancia más exquisita.

Por fortuna, y no se si diga por desgracia, este día no llegó para la patria catalana. Las causas que en ello influyeron son harto notorias para que me ocupe en recordarlas.

Y al expresarme en estos términos, no se crea en manera alguna que me separe del común sentir respecto de la marcha que siguieron nuestras Letras, ni que desconozca las evoluciones por las mismas realizadas, hasta llegar á aquella época en que brillaron con resplandor más vivo. Si así fuera, habríame sacado del error y conducido de nuevo al camino de la verdad, el concienzudo trabajo que acabamos de escuchar.

No; lo que quise decir es que el *Renacimiento* llevado á

cabo en el siglo XVI, no influyó ni pudo influir en las Letras catalanas, por la razón sencillísima de que éstas quedaron reducidas á la triste condición de sombra ó mera apariencia de lo que en los dos anteriores habían sido, desde el punto y hora en que se fundieran en uno, para constituir la nacionalidad española, los antiguos reinos de Castilla y Aragón.

Y sin embargo, se dirá, no cabe desconocer que el estudio de las letras clásicas influyó poderosamente en el progreso y desarrollo de nuestra literatura. ¿Qué duda tiene? ¿Pues no acabamos de oirlo? ¿No hemos visto desfilar ante nuestros ojos esa larga serie de escritores—y no se olvide que el nuevo Académico, teniendo en cuenta las especiales condiciones que son rasgo característico de nuestros líricos principalmente, sólo en los prosistas se ha ocupado—que, comenzando en Ramón Lull y Arnaldo de Vilanova, y pasando por Bernat Metge y Antonio Canals, terminan en Bernart Boades, Joan de Margarit y Francesch Alegre, los cuales brillaron en los siglos XIV y XV, es decir, cuando, suponiendo que se hubiesen echado los cimientos, no se había levantado aún el edificio del *Renacimiento*? De manera que, lejos de influir en nuestras Letras los nuevos cánones por él mismo establecidos, la perfección á que las mismas habían llegado, merced al continuado estudio de las obras de la antigüedad clásica, griega y latina, y hasta el conocimiento de las lenguas orientales, influyó poderosamente en los escritores del siglo XVI, como antes los poetas de nuestro suelo, amamantados en las escuelas provenzal é italiana, habían influído en los de la corte literaria del segundo de los Juanes de Castilla.

Y se comprende: y son obvias, por todo extremo, las razones que puede alegar la Crítica para la explicación de semejante fenómeno. Cataluña,—y al decir Cataluña, me refiero á los diferentes pueblos que constituyeron un día la monarquía aragonesa—Cataluña, por causas y motivos que os son de sobra conocidos, llevó, y creo que lleva aún, más, mucho más, de un siglo de ventaja á otras regiones que debían concurrir más tarde á la formación de la nacionalidad española.

Los castellanos, y con ellos los naturales de los diferentes reinos que en las regiones septentrionales de la Península se formaran en los primeros tiempos de la Reconquista, y que al

cabo, y en fuerza de acontecimientos que no tengo por qué recordar, con Castilla y sólo con Castilla se fundieron, desinteresadamente auxiliados por los aragoneses, pugnaban aún en los últimos años del siglo XV, para lanzar del suelo andaluz los postreros representantes de aquellos que, ocho siglos antes, habían invadido las comarcas de la antigua Hispania cual torrente asolador, y entretanto Cataluña, formando desde mediados del siglo XII, con el reino de Aragón, un solo Estado libre é independiente, da por terminada la formidable empresa de reivindicar la tierra patria del poder del invasor, el día en que el primero de los Jaimes engarza en su regia diadema los preciados florones de Mallorca y Valencia, acontecimientos que, como bien sabéis, se realizan antes de mediar el siglo XIII, y, á la vuelta de breve período, llega á formar una potencia formidable y de las de primer orden, especialmente en lo que al comercio y á la marina dice relación. Para que Castilla se decida á salir del estado de semiaislamiento en que vivió durante el dilatado período de la Edad Media, convirtiéndose al par en pueblo conquistador, cuando á los intereses de la nación importaba mucho más que se hubiese reducido al menos deslumbrante, pero sin duda alguna más glorioso y más trascendente, de colonizador, fué menester que tuvieran efecto las guerras de Nápoles y de Navarra, en tiempo de Fernando *el Católico*; que Colón descubriera el Nuevo Mundo, y que el hijo de la desventurada Juana *la Loca*, no como rey de España, sino en su calidad de emperador de Alemania, sostuviera con las armas sus pretensiones en los diferentes Estados de Italia, en los campos de Alemania, en los Países Bajos, en Francia, en las regiones todas de Europa y Africa, que algo pesaban entonces en los destinos del mundo; y el reino de Aragón, que rebosaba vida y actividad desde el punto y hora en que se vió definitivamente constituído, ceñía á sus sienes la corona de Sicilia en la persona de Pedro III; trabajaba desde fines del siglo XIII en la atrevida empresa de dilatar sus dominios con las islas de Córcega y Cerdeña, que al caba fueron aragonesas; aceptando en los comienzos del XIV la invitación de Andrónico Palelogo II, penetraba en el Imperio griego, vencía á los turcos, que lo disputaban ya por suyo, se hacía dueño de los ducados de Ate-

nas y Neopatria, que durante setenta años conservó en su poder, y más adelante, después de haber llevado á cabo la conquista de Nápoles, hacía sentir su influencia en otros puntos de Italia, preparando nuevas conquistas que debían llevarse á efecto á la vuelta de algunos años. Covadonga, Calatañazor, Toledo, Las Navas, Sevilla, Córdoba, Málaga y Granada son las piedras miliarias levantadas por Castilla en el camino de la Reconquista, epopeya gloriosísima que se desenvuelve durante el período de ochocientos años, y entre tanto los catalanes y aragoneses, unidos en estrecho lazo, fundidas sus leyes y sus costumbres en una sola y elevada aspiración, en las guerras que sostienen con Venecia, con Génova, con Pisa, con Castilla, con Francia y con Navarra, al par que de su valor y militar pericia, dan prueba patente de su sagacidad diplomática, merced á lo cual burlan y destruyen los planes mejor combinados de sus adversarios y enemigos, y enarbolado en los mástiles de sus galeras, pasean el glorioso estandarte de las barras por todos los puertos del Mediterráneo. ¿Qué más? Entrado era ya, y muy entrado, el siglo XVI, al ser vencidos en las llanuras de Villalar los que en Castilla se levantaron en defensa de sus fueros é inmunidades torpemente hollados y escarnecidos por los que acompañaron al primer Felipe en su venida á España, y más adelante á su hijo Carlos de Gante, y sólo mediaba el XIV cuando Pedro *el Ceremonioso* vencía en Epila á los aragoneses que en defensa de sus derechos peleaban, y rasgaba luego con su propio puñal el célebre privilegio llamado de la Unión.

En suma, Señores Académicos—pues bastan los hechos que preceden, entre los muchos que podría citar, para hacer buena la proposición que dejo establecida—el antiguo reino aragonés, como sabéis perfectamente, recorre todas las etapas y pasa por todas las vicisitudes que, por punto general, siguen y experimentan los pueblos y Estados desde su origen y comienzos hasta su completo desarrollo, y desde que han llegado á la cumbre de su esplendor, hasta que caen postrados, después de prolongada decadencia, en el período histórico, relativamente breve, comprendido entre el año 1151, en que se verifica el casamiento del conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, con la inocente Petronila de Aragón, y el de 1469,

en el cual el que había de ser segundo Fernando de Aragón se enlaza con la virtuosa princesa que se llamará Isabel primera de Castilla.

Ahora bien; si es cierto, como lo es, que «siempre la lengua fué compañera del Imperio, é de tal manera le siguió, que juntamente comenzaron, crecieron é florecieron, é después junta fué la caída de entrambos», según sienta en su *Tratado de Grammática* el docto maestro de la reina *Católica;* si, según sentir de muy entendidos filólogos, «las lenguas no pueden considerarse fijadas en tanto no tienen una literatura propia, rica y completa», ya que la nuestra lo fué, y lo ha hecho bueno el Académico á quien en vuestro nombre contesto, hemos de convenir en que disponíamos de un idioma perfectamente apropiado para la expresión de todas las manifestaciones del espíritu, en los diferentes géneros literarios que en aquellos siglos se cultivaban, y que dicho idioma, siguiendo la opinión del Nebrisense, debió eclipsarse al perder su personalidad autonómica el antiguo reino aragonés.

De lo primero dan razón satisfactoria la corte poética que tan esplendorosamente brilla durante los reinados del *Amador de toda gentileza* y de su inmediato sucesor Martín *el Humano*, y la corte literaria de aquel Alfonso que conoce la Historia con los dictados de *el Sabio* y *el Magnánimo*. Prueba manifiesta de lo segundo es la escasez de nombres de verdadera valía que podemos citar con posterioridad al comienzo del siglo décimosexto.

Recordémoslo si no; recordemos, siquiera sea de pasada, y ya que el nuevo Acádemico ha hecho, intencionadamente, hincapié en los escritores en prosa, aquella pléyade de poetas en que brillan como estrellas de primera magnitud Pere March, de quien dijo Santillana «que fizo asaz fermosas cosas, entre las quales escribió proverbios de gran moralidat»: Domingo Mascó, el primero acaso que cultivó entre nosotros el género dramático, si es cierto que hizo representar en el palacio Real de Valencia la tragedia titulada *L' hom enamorat y la fembra satisfeta:* Bernat Metge, que con gran primor y sencillez trajo á nuestra lengua la ejemplarísima leyenda de Francesco Petrarca, *Walter y Griselda,* de la cual podemos disfrutar al presente los aficionados á las le-

tras patrias, merced al entusiasmo de aquel de nosotros que la ha publicado, por vez primera, en la *Biblioteca d' obretes singulars del bon temps de nostra lengua materna;* Mossén Jordi de Sent Jordi, singularmente conocido por sù célebre canción de opósitos, que transcurrido un siglo imitaba, por no decir parafraseaba, el autor de la *Propaladia* en aquella canción en la cual, entre otros muchos que podríamos transcribir, se encuentran los siguientes contrastes:

«Tristeza me sobra, publico alegría
. . . .
Con carga pesada me hallo ligero
. . . .
No salgo del cielo y estoy en la tierra
. . . .
Prométenme paz, yo pido la guerra»,

y otros muchos que, como éstos, están tomados casi á la letra de los que escribió el discreto poeta valenciano, de quien decía en su famoso proemio al Condestable de Portugal; el ingenioso autor de las *serranas y vaqueyras* «que ciertamente compuso asaz fermosas cosas, las cuales el mismo asonaba, ca fué músico excelente»: Pere Serradell, ó como se llamase el autor del célebre *Testamento*, que, encerrando en uno el elemento satírico y el moral, ofrece sus lejos y vislumbres de aquellos *Sueños* con que debía regocijar á los contemporáneos de los Felipes III y IV D. Francisco de Quevedo, y desempeña papel importantísimo en el ciclo de aquellas obras que, en nuestra literatura, tienen por fin principal el concepto del *mundo invisible:* el renombrado Alguacil de Alfonso V, aquel Andreu Febrer, que, además de haber escrito varias poesías, alguna de ellas notable por su inspiración y entonación épica, contenidas hoy en diversos *Cancioneros,* trasladó el primero del toscano al catalán el poema sublime en que pusieron mano cielo y tierra, y que por lo mismo que, al hacerlo, «no menguó punto en el orden de metrificar é consonar», según consigna el señor de Hita y Buitrago, ha podido servir su fidelísima versión, como elocuentemente demostró el conspicuo Fanfani, para restablecer el texto original, viciado en no escasos pasajes, en el transcurso del tiempo, por descuido, desidia, é ignorancia también, de copistas y

editores: Hugo de Rocaberti, ferviente admirador de la *Commedia* é imitador feliz del vate florentino, en su *Poema de la Gloria d'Amor:* el picaresco é intencionado Jacme Roig: Fogassot, autor de una verdadera elegía á la muerte del malogrado príncipe de Viana: Torruella; Masdovelles; Valmanyá; Fenollar; Roiç de Corella; Cavaller; Vinyoles y otros y otros que fuera prolijo enumerar, y entre todos y sobre todos el gran Ausias March; el inspirado cantor de aquella dama que, viva, juzgó siempre «lirio entre cardos», y, muerta, arrancó de su lira sones ardientes, apasionados, desgarradores, y del cual sería pálido cuanto yo dijera, después de la acabada caracterización que del poeta acabáis de oir, y de lo que de él dejaron consignado, Milá en su *Ressenya histórica y crítica dels antichs poetas catalans*, en su laureada monografía, nuestro, actual presidente el señor Rubió y Ors.

¿Y después? Reminiscencias de la perdida grandeza: ecos mal extinguidos de aquel pasado glorioso: chispazos refulgentes de aquel rescoldo que yacía bajo un montón de yertas cenizas, que, reavivándose á veces, despedía destellos deslumbrantes, siquiera pasajeros, y que al cabo de muy cerca de cuatro siglos había de encenderse nuevamente, para producir la asombrosa restauración en que todos tenemos parte.

Y en las obras de los poetas á quienes hace un momento me refería, lo mismo que en las de los prosistas que escribieron en aquellos siglos de gloria para la monarquía catalano-aragonesa, podréis apreciar, sin el menor esfuerzo, el estudio que tenían hecho de los grandes maestros de la antigüedad clásica, en general, y más especialmente de Sócrates y de Aristóteles, de Séneca, Virgilio y Ovidio. Así, y para no multiplicar ejemplos, nos encontramos con que Jaime I, al redactar el *Libre de la saviesa*, inspirándose, acaso, en el ejemplo, ó coincidiendo con el intento de su contemporáneo el décimo Alfonso de Castilla, acude á las fuentes de la antigüedad griega y romana, sin olvidar las doctrinas de Salomón, la ciencia de los Santos Padres y el saber de los pueblos de Oriente: que Giralt de Cabrera y Cerverí de Girona aluden frecuentamente en sus obras á la guerra de Troya, á Príamo y á Alejandro: que el obispo auxinense, Fr. Lucas, del orden de predicadores, vertía y comentaba todas las obras

de Séneca, inclusas las tragedias: que Antonio Valmanyá, en su ingeniosa poesía en alabanza de las monjas de Valldoncella, va comparando las esposas de Jesucristo con las ilustres mujeres de la gentilidad, ilustrando su trabajo con anotaciones de exquisita erudición, que revelan profundo conocimiento de las obras del autor de las *Geórgicas* y de la *Eneida*, entre los antiguos, de Dante, Petrarca y Bocaccio, entre los modernos: que Francesch Alegre traduce y dedica á la desventurada doña Juana, hija de Fernando II de Aragón, las *Metamorfosis* de Ovidio, cuya *Ars amandi* era poco menos que de patrimonio común entre la gente docta de la época; y que la personalidad de Virgilio figuraba en primera línea entre los elementos de nuestra literatura semi-erudita, semipopular.

Bien se me alcanza, y lo contrario sería cerrar los ojos á la evidencia, que la causa de hallarse nuestros escritores tan familiarizados con las obras escritas en la lengua del Lacio, debe verse en la circunstancia de constituir entonces las letras latinas, así las de la época de la gentilidad, como las debidas á la pluma de los Santos Padres, la base y fundamento de los estudios sagrados y profanos. Tampoco es posible desconocer la influencia poderosa que en el desarrollo de la cultura catalana ejerció la vida de relación que estos naturales sostuvieron con la Provenza, en sus comienzos; más adelante con las regiones centrales de Francia; por último, y finalmente, por las razones que antes se han apuntado, con las del mediodía de Italia. Mas creo también, y presumo que no he de ser único en discurrir de esta suerte, que mucha parte tenía en ello lo que en cierto modo podríamos llamar esencia y vida de nuestro suelo.

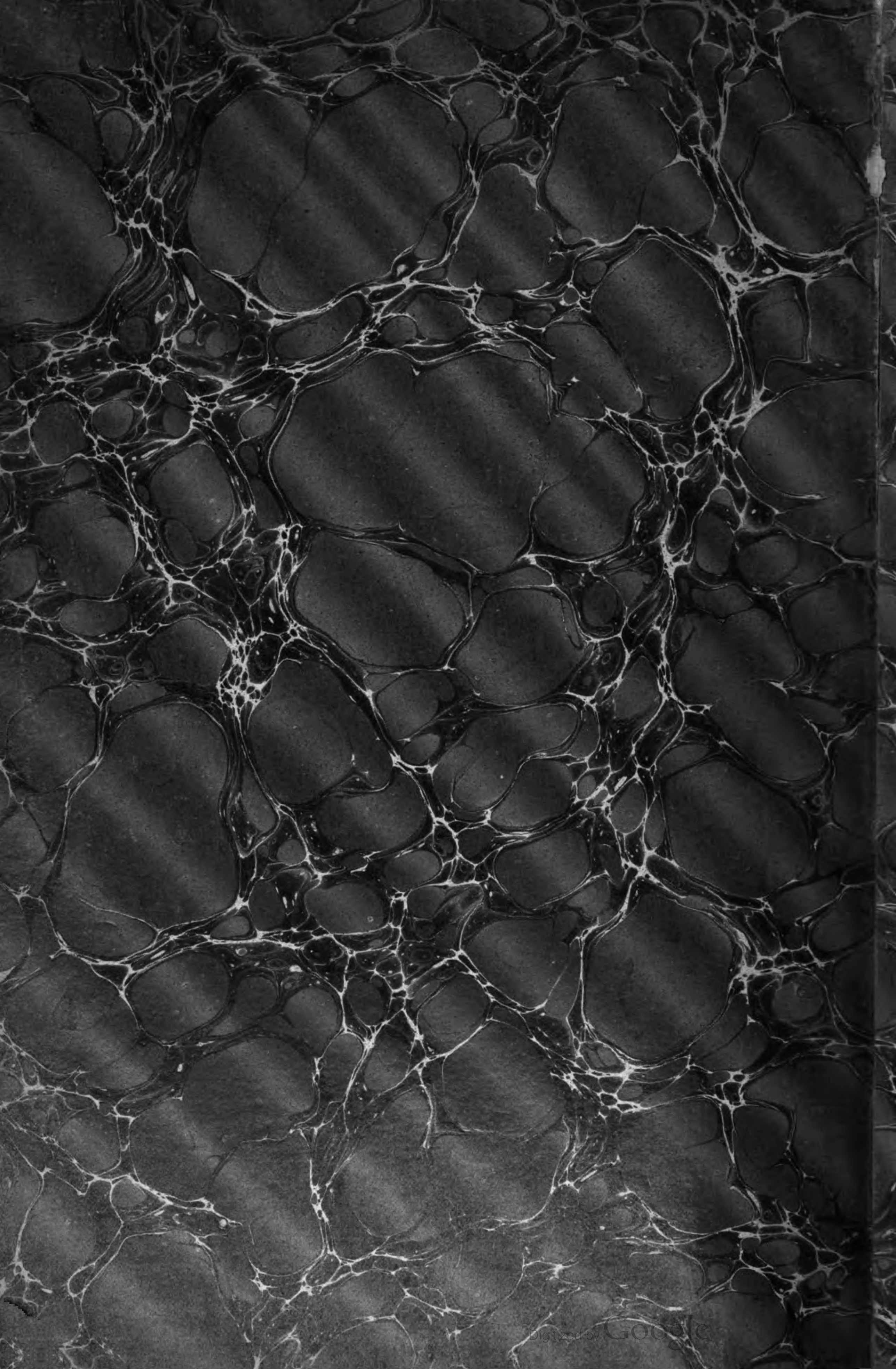
Mejor que yo sabéis que, entre las manifestaciones del espíritu humano y de la civilización de los pueblos, ninguna más íntima, más inmediata y más propia que el lenguaje: que las palabras, los giros, los modismos, las frases de cada idioma vienen á ser algo como cifra y compendio, así de los usos y costumbres, de los sentimientos y creencias del pueblo que lo habla, como de las relaciones más ó menos íntimas y duraderas que con otros ha sostenido: que al paso que los rasgos fisonómicos, y los elementos internos, se modifi-

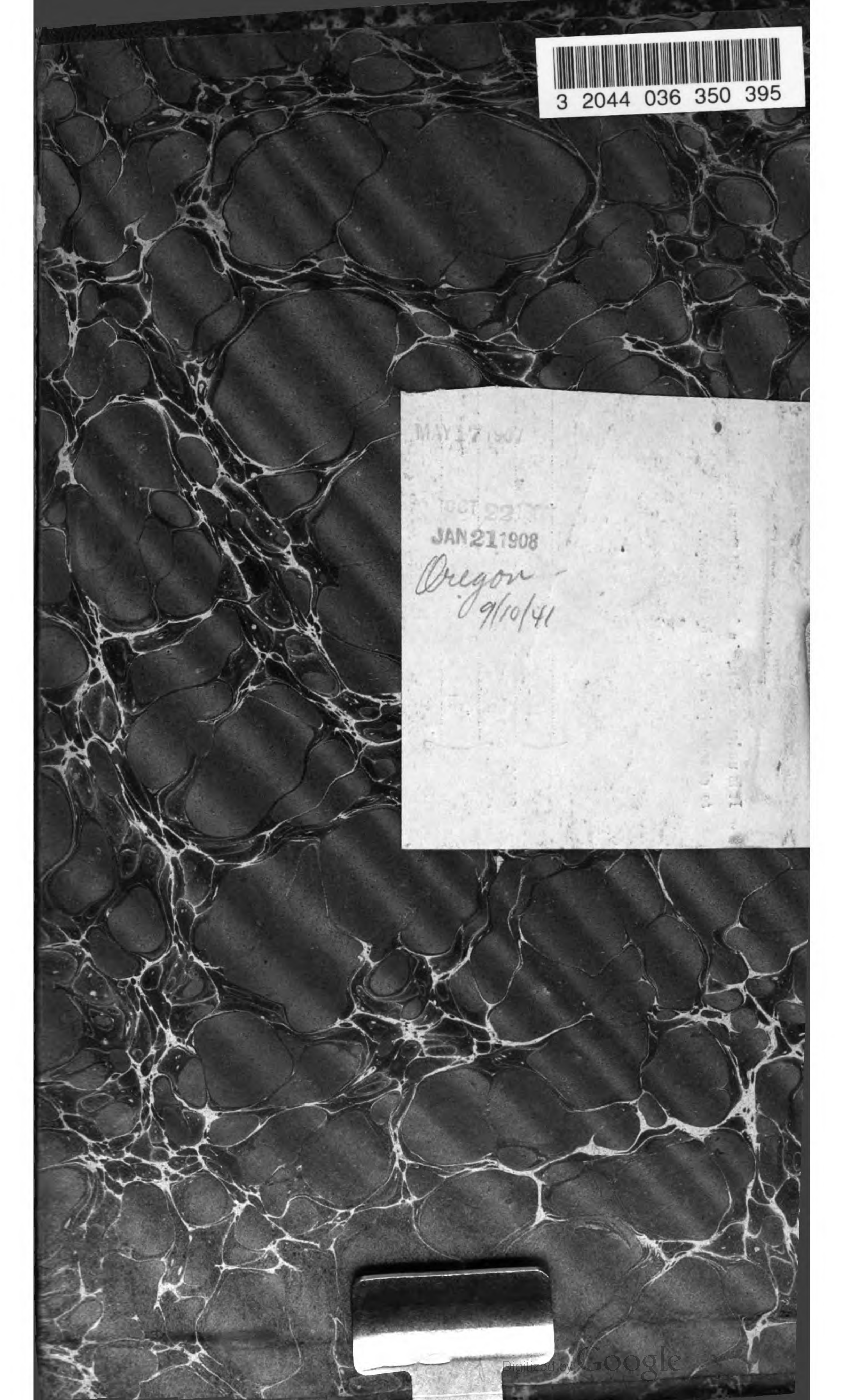
can, alteran y desaparecen mediante el transcurso del tiempo y merced al cambio de las condiciones climatológicas; de las invasiones y conquistas; de la mezcla y confusión de pueblos y de razas, nacidas al calor de las nuevas necesidades que unos y otros experimentan al recorrer el camino de la civilización,—el lenguaje es permanente en medio de su extraordinaria movilidad, sin que el tiempo, ni la distancia, ni otras influencias, naturales ó extrañas, sean bastantes á borrar sus elementos constitutivos, pudiendo decirse, en consecuencia, ser el el rasgo más saliente, determinado é indeleble entre los que sirven para distinguirlos y caracterizarlos Pues bien; no se olvide que nuestras risueñas playas, besadas por las juguetonas aguas del Mediterráneo, desde Rosas y Ampurias, hasta la antigua Zacintum; y desde el templo de la Venus pirenaica, hasta el promontorio de Diana, fueron las primeras que en nuestra Península escucharon los armoniosos acentos de las lenguas en que se expresaron Homero y Virgilio. Que hija primogénita de la latina, la lengua catalana conservaba más puras las facciones y lineamientos de la madre, hallándose por lo mismo en mejores condiciones para suplir, mediante el auxilio de ésta, lo que, en los primeros tiempos de su existencia, acaso, por sí sola, no habría podido alcanzar, empeñada como estaba en dictar códigos, narrar historias, y establecer cánones para toda humana disciplina. Que el ambiente que respiraba Cataluña, lo mismo cuando sus huestes peleaban en Mallorca, en Valencia, en Córcega, en Cerdeña, en Sicilia, en Nápoles y en Grecia; que cuando sus naves, henchidas de las ricas manufacturas que en abundancia prodigiosa brotaban de los modestos talleres de sus honrados y emprendedores menestrales, echaban el ancla en los puertos de Marsella, de Génova, de Pisa, de Roma, de Venecia y de Alejandría, estaba hasta tal punto saturado de los recuerdos de la antigüedad, que miraba como propios los venerandos monumentos de aquellas pasadas civilizaciones, comprendiéndose, por tanto, siquiera cause admiración y sorpresa, que el monarca *Ceremonioso*, en un arranque de legítimo entusiasmo, dijera ser el Parthenon, torpemente profanado por los que en este nuestro siglo hanse arrogado el título de representantes de la cultura europea, «la pus richa

joya que al mon sia, é tal que entre tots los reys de cristians en vida la porien fer semblant».

Mas observo, señores, que, dejándome llevar de la costumbre en la enseñanza adquirida, va tomando todo el sesgo de conferencia pronunciada *ex cátedra*, lo que debía encerrarse dentro de los límites de mero discurso de contestación. Perdonadme por ello; y pues á tiempo heme acordado que me salía de la acostumbrada senda, y como he podido, mas no como hubiese querido, he procurado cumplir el encargo que me conferisteis, aprovéchome de la advertencia, é imaginando que no ha de faltar quien desde la puerta me diga «Señor doctor, es la hora», pongo término á mi tarea manifestando al que dentro de un instante ha de recibir la insignia de Académico, que nuestra Academia le recibe batiendo palmas y dándose el parabién por contarle de hoy más entre sus individuos de número, ya que, á los muchos títulos que de ello le han hecho merecedor, debe agregarse la erudita y concienzuda monografía que para este acto ha escrito, capítulo importantísimo de una historia de la Literatura catalana, por lo mismo que merced á él queda fuera de duda que el estudio constante de las letras clásicas hecho por los escritores catalanes, les puso en condición por demás ventajosa para aprovecharse de las primeras manifestaciones del *Renacimiento* é influir en su posterior y completo desarrollo.

HE DICHO.




3 2044 036 350 395
MAY 17 1907
OCT 22
JAN 21 1908
Oregon
9/10/41
Digitized by Google

